



Las Novias
Ruborizadas
1

*Un
Conde
para
Ellen*

CATHERINE BILSON



Un Conde para Ellen

Las Novias Ruborizadas Libro 1

Catherine Bilson

Copyright en inglés 2017

Copyright en español 2024

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos, entre otros, fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita expresamente la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos.

Las historias, los nombres, los personajes y los eventos representados en esta publicación son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es pura coincidencia y no intencional.

Tabla de contenido

1. Prólogo
2. Capítulo Uno
3. Capítulo Dos
4. Capítulo Tres
5. Capítulo Cuatro
6. Capítulo Cinco
7. Capítulo Seis
8. Capítulo Siete
9. Capítulo Ocho
10. Capítulo Nueve
11. Capítulo Diez
12. Capítulo Once
13. Capítulo Doce
14. Capítulo Trece
15. Capítulo Catorce
16. Capítulo Quince
17. Capítulo Dieciséis
18. Capítulo Diecisiete
19. Capítulo Dieciocho

20. Un Marqués para Marianne - Capítulo de muestra

Otros libros de la autora Catherine Bilson



Prólogo

Diciembre de 1817

—LO SIENTO, SEÑORITA BENTLEY —EL ADMINISTRADOR DE LA propiedad retorció su sombrero entre las manos, con una expresión de genuina angustia en su rostro curtido—. El puesto ya ha sido otorgado y el nuevo vicario llegará pronto para tomar posesión. Tiene dos semanas para desalojar la vicaría.

Ellen Bentley se aferró al marco de la puerta, esperando que la mantuviera en pie mientras sus rodillas amenazaban con ceder.

—A mi padre lo enterraron esta misma mañana, señor Ellis, y por ser mujer ni siquiera se me permitió estar junto a su tumba para ofrecerle una despedida apropiada. Tenía la esperanza de solicitar una audiencia con el conde esta semana —un primo lejano, el conde de Havers no reconocía su parentesco, pero ella solo planeaba pedirle una carta de recomendación para un empleo, quizás ayuda para encontrar un puesto como institutriz o dama de compañía. Sin embargo, era evidente que el conde no tenía intención de permitirle aprovechar su conexión familiar ni siquiera para eso. El señor Ellis claramente actuaba siguiendo las órdenes de su empleador.

Me están echando del único hogar que he conocido, era todo lo que podía pensar.

—Lo lamento mucho, señorita Bentley —el administrador volvió a retorcer su sombrero. En su estado de conmoción, Ellen notó detalles minúsculos: el surco de preocupación entre las cejas pobladas del hombre, la neblina que flotaba en el aire por su respiración agitada en el frío matutino, la forma en que sus manos retorcidas estaban dañando el ala de fieltro del sombrero.

—Lo entiendo, señor Ellis —dijo ella finalmente en voz baja, y observó cómo él le hacía una leve reverencia antes de girar sobre sus talones y retirarse por el sendero del jardín.

La campana de la iglesia repicó, clara en el gélido aire de diciembre, y las lágrimas que Ellen había estado conteniendo desde la muerte de su padre por la influenza tres días antes, apenas dos

semanas después de que su madre fuera enterrada en la fría tierra, finalmente fluyeron.
Se desplomó de rodillas allí, en el umbral de su hogar, y lloró como una niña.
¿Qué demonios iba a hacer ahora?



Capítulo Uno

Ocho meses después

ELLEN ESTABA RECOGIENDO TOMATES DE LAS PLANTAS EN el jardín cuando escuchó el trote de un caballo por el sendero, los cascos regulares puntuados por el silbido de un hombre entonando una melodía. Sonaba alegre, feliz en la brillante tarde de verano, y ella se encontró sonriendo, pensando que era agradable oír a alguien tan despreocupado.

El hombre apareció entonces, o más bien la parte superior de su cuerpo, mientras cabalgaba por el sendero que pasaba junto a la casa. Al verla sobre el seto, tiró de las riendas de su caballo.

—Buenas tardes, señorita. ¿Podría decirme si estoy en el camino correcto hacia Haverford Hall?

—Me temo que acaba de pasar el desvío, señor —dijo Ellen educadamente—. Está a unos cuatrocientos metros hacia atrás, a su izquierda.

—¡Muy agradecido, señorita! —Se quitó el sombrero con otra sonrisa y ella notó lo apuesto que era, aunque su caballo parecía destartado y su ropa gastada. Ella sonrió con una leve inclinación de cabeza, pero no dijo nada más, y él dio la vuelta a su caballo para seguir su camino.



Bonita chica, pensó Thomas, pero no estaba allí para mirar chicas bonitas. Cabalgando por la larga avenida flanqueada por alerces que conducía a Haverford Hall, se detuvo un momento para contemplar maravillado el edificio. Su abuelo se lo había descrito muchas veces, con amoroso detalle, pero Thomas honestamente pensaba que el anciano había estado exagerando, que su memoria no era tan buena como antes.

Ahora que veía la mansión por primera vez en persona, Thomas se dio cuenta de que había estado subestimando la memoria de su abuelo, porque la casa era tan magnífica como siempre le

habían dicho. Construida con la piedra local color miel de Cotswold, resplandecía dorada bajo el sol de la tarde, con ventanas a lo largo de la fachada del edificio brillando con la luz. Intentó contarlas y se rindió al llegar a cincuenta; por los relatos de su abuelo, recordaba que la casa tenía también dos grandes alas que se extendían hacia atrás, así que tratar de adivinar el número de habitaciones contando solo las ventanas de la fachada principal subestimaría enormemente su número.

Todo esto para una sola familia, pensó, sacudiendo la cabeza y riendo suavemente. Él deambulaba como un guisante solitario en una vaina en la hermosa casa que su abuelo había construido en Nueva York, pero Haverford Hall debía ser diez veces más grande, y por lo que sabía, solo era el hogar de dos mujeres. Y de todo un séquito de sirvientes, sin duda.

Todos los cuales eran ahora su responsabilidad.

Thomas suspiró y presionó a su cansado caballo para que avanzara de nuevo; el jamelgo relinchó y movió las orejas. —Vamos, bestia inútil —murmuró, pero no tuvo corazón para darle una patada. El caballo probablemente tenía casi tantos años como él, pero era el único que había podido conseguir cuando el magnífico semental que había comprado en Bristol se lastimó un casco y quedó cojo a diez millas de Haverford. Goliat había tropezado gravemente, asustando a Thomas, que cabalgaba como en trance, y para su vergüenza, se había caído.

Poniéndose de pie cubierto de polvo, gimió al ver a Goliat parado con un casco levantado del suelo y su noble cabeza gacha. —No es tu culpa, mi buen amigo —murmuró al semental, buscando en sus bolsillos una herramienta para quitar la piedra. Goliat estaba demasiado cojo para montarlo, así que Thomas lo condujo hasta el siguiente pueblo, donde el herrero se alegró de atenderlo pero solo pudo proporcionarle esta vieja yegua derrengada para llevar a Thomas a su destino.

Debió si desmontar y llevar el caballo de las riendas; ya estaba llegando en un estado bastante lamentable. Tendría suerte si no lo rechazaban en la puerta principal como un impostor. Caminar junto a su caballo probablemente no haría mucha diferencia a estas alturas. Tuvo que dejarla al pie de los imponentes escalones que conducían a la puerta principal, pero estaba bastante seguro de que de todos modos no tenía energía para huir mientras él subía los escalones para llamar a las enormes puertas dobles.

La puerta fue abierta por un mayordomo de aspecto muy austero e imponente, que lo miró por encima de una nariz que Thomas consideró mucho más aristocrática que la suya propia y dijo:

—Buenas tardes, milord. Lo estábamos esperando.

Thomas abrió la boca para identificarse y la cerró de golpe, parpadeando. —Yo... ¿perdón?

—Usted es Lord Havers, ¿no es así?

—Eh... ¿sí? —No podía entender cómo podían estar esperándolo hoy. Había dejado el barco inmediatamente al atracar y se había dirigido directamente aquí sin detenerse a enviar un mensaje por adelantado, y no es como si pudieran haber sabido que estaría a bordo de ese barco en particular de todos modos.

El mayordomo inclinó la cabeza regamente. —Bienvenido a casa, milord. Soy Allsopp. —Tenía las manos firmemente sujetas detrás de la espalda, y Thomas tuvo la clara sospecha de que dar la mano a los sirvientes no era en absoluto lo apropiado, así que simplemente asintió.

—¿Podría pedirle a alguien que se ocupe de mi caballo, por favor, Allsopp... oh —miró alrededor para ver que la yegua ya estaba siendo llevada por un mozo de cuadra—. En realidad no es mía, tuve que dejar mi caballo en la herrería de Alvescot cuando se quedó cojo.

—Se lo haré saber a Jenkins en los establos, milord —entonó Allsopp, apartándose de la puerta en una obvia señal para que Thomas entrara.

—Veo que mi memoria tendrá dificultades para recordar todos sus nombres —murmuró Thomas, entrando en la casa y tratando de no quedarse boquiabierto ante el enorme vestíbulo, revestido de roble oscuro, con tapices más altos que un hombre colgando de las paredes.

—La Condesa y Lady Louisa están en el salón azul, señor. ¿Puedo conducirlo allí?

Mirando su ropa polvorienta, Thomas dijo: —Creo que sería mejor que me refrescara primero, ¿no cree, Allsopp?

El hombre no esbozó una sonrisa, solo inclinó ligeramente la cabeza y dijo: —Como desee, señor. Por aquí, por favor.

—Por favor, dígame que no me está llevando a las habitaciones que ocupaba el último Conde —se le ocurrió decir a Thomas mientras subían por la imponente escalera que conducía a un lado del vestíbulo.

—Por supuesto que sí, señor —dijo Allsopp plácidamente.

—Preferiría... que no. No todavía. —Ya se sentía como si estuviera poniéndose los zapatos de un hombre muerto, aunque parecía que no tenía mucha elección en el asunto. Había crecido escuchando los relatos del abuelo sobre el condado. Y el abuelo había adoctrinado a Thomas en la creencia de que el Conde era responsable de su gente, tanto como lo habría sido si hubiera asistido a Eton con los hijos de otros aristócratas.

—Como desee, mi señor —dijo Allsopp tras un breve silencio—. Varias suites para invitados se mantienen siempre en estado de preparación, por supuesto. ¿Quizás una de ellas sea suficiente?

—Perfecto —dijo Thomas agradecido, y Allsopp reanudó su ascenso por las escaleras.

—La Suite Cromwell, creo, mi señor. Pasaremos por la Galería Larga en el camino.

Iba a necesitar un recorrido guiado completo, Thomas podía verlo, o estaría constantemente perdido. Allsopp lo condujo a una habitación que parecía casi tan grande como el gran salón de abajo, y la mandíbula de Thomas se cayó.

—Ahora entiendo por qué estabas tan seguro de mi identidad —murmuró, mirando hacia arriba a su propio parecido, repetido una y otra vez.

Retratos cubrían las paredes, y un buen número de los caballeros en las pinturas estaban obviamente relacionados con él. Cabello castaño oscuro, un mentón fuerte y ojos de un tono entre azul y gris eran aparentemente rasgos de los Havers que se mantenían fuertes a través de generaciones.

Allsopp inclinó la cabeza de nuevo.

—En efecto, señor —pareció dudar antes de señalar una de las pinturas, hecha en el estilo de medio siglo antes—. Ese es su abuelo, Lord Matthew, creo. El niño más pequeño, en el regazo de su madre.

Sorprendido, Thomas se acercó para inspeccionar la pintura. Había tres niños representados con su madre elegantemente vestida; un niño de unos diez años que sería Michael, el hermano mayor de Matthew, y una niña de unos siete años, lo que haría que Matthew tuviera cuatro en la pintura. Los niños se veían felices en la pintura, el niño mayor de pie detrás de la silla de su madre con un libro abierto en la mano, Matthew en su regazo con un soldado de juguete en cada mano y su hermana sentada en un taburete con un gato naranja dormido en su regazo.

—¿Es esa Lady Eleanor? —Matthew a menudo hablaba de su hermana. Se había casado por debajo de su posición, con un clérigo local, pero ambos hermanos la querían demasiado como para tratar de negárselo cuando ella deseaba seguir su corazón.

—¿La niña pequeña con el gato? Creo que sí, mi señor. La Condesa o Lady Louisa podrían contarle más sobre ellos.

Con eso parecía que tendría que contentarse, al menos por ahora. Allsopp reanudó su paso majestuoso y Thomas lo siguió, observado en cada paso por los ojos pintados de sus antepasados.

La Suite Cromwell era bastante más lujosa de lo que el nombre implicaba, y Thomas miró con aprobación mientras Allsopp lo mostraba, tomando nota de la cama con dosel y colchón grueso, los muebles de nogal elegantemente hechos, las pesadas cortinas de terciopelo en las ventanas.

—Muy adecuada, gracias.

—Haré que alguien traiga agua caliente inmediatamente, señor. Su equipaje...?

—Mis baúles deberían llegar de Bristol mañana —sonrió un poco culpable—. Me temo que estaba demasiado ansioso por ver Haverford Hall y conocer a mi familia. Tengo una camisa y pantalones limpios en mis alforjas.

—Muy bien, mi señor —y Allsopp se retiró, dejándolo solo.

Al acercarse a la ventana para mirar afuera, Thomas descubrió que estaba en la parte trasera de la casa, o al menos en el lado opuesto a donde había entrado. Estaba mirando hacia un patio resguardado, entre las dos alas traseras de la casa, jardines inmaculadamente cuidados separados por caminos de grava. Un jardinero estaba podando cuidadosamente las rosas.

Todo parecía muy *ordenado*, pensó Thomas. Había escuchado historias de estadounidenses en situaciones similares a la suya que regresaban a Inglaterra para encontrar sus propiedades ancestrales en ruinas, teniendo que poner en práctica sus habilidades empresariales para rescatar las fortunas familiares, pero Haverford Hall estaba lejos de estar en ruinas. ¿Qué haría él incluso aquí? Presumiblemente, los asuntos de la propiedad eran manejados por un administrador, y uno muy eficiente por lo que Thomas podía ver.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un golpe en la puerta.

—Adelante —llamó, y sonrió cuando un joven que Thomas estimó unos años menor que él entró y se puso de pie con las manos a los lados para ofrecer una reverencia—. Hola.

—Mi señor. Soy Allsopp, mi señor, era el ayuda de cámara de su primo Oliver.

—¿Otro Allsopp? ¿Tu padre...?

—Mi tío —este Allsopp era capaz de sonreír, al parecer, una pequeña sonrisa levantando las comisuras de su boca.

—Esto va a confundirme terriblemente; ¿cuál es tu nombre de pila?

—Eh, Kenneth, mi señor, pero realmente...

—Sin peros. Te llamaré Kenneth y tú me llamarás Thomas, porque ya estoy harto de que me llamen *mi señor* y solo he estado en suelo inglés desde esta mañana.

Kenneth lo miró boquiabierto.

—¡Eso sería más de lo que vale mi trabajo, mi señor!

—Dado que ahora soy tu empleador, me permito discrepar —Thomas le sonrió—. Vamos, es un nombre fácil. Thomas.

—... ¿Señor? —Kenneth ofreció un compromiso con una expresión ligeramente asustada.

—Supongo que eso servirá por ahora —Claramente tendría que trabajar en ello. Kenneth podría relajarse un poco cuando se sintiera más cómodo con Thomas: esperaba sinceramente que el joven Allsopp no fuera tan rígido como su tío.

Otro golpe en la puerta anunció la llegada de dos robustos lacayos con jarras de agua humeante, y otro entró detrás de ellos llevando sus alforjas. Preguntándose ociosamente cuántos sirvientes mantenía realmente Haverford Hall, Thomas se quitó su abrigo polvoriento y permitió que Kenneth lo tomara. Había un espejo colgado sobre el tocador en la pared; una mirada en él hizo que Thomas se estremeciera y se sintiera aliviado de haber tomado la decisión de lavarse antes de conocer a la condesa y su hija. Se veía aún peor de lo que había pensado después de su caída del caballo. Era una suerte que la sangre de los Havers aparentemente corriera fuerte en sus venas, o Allsopp sin duda lo habría rechazado en la puerta como el vagabundo que parecía.

Media hora después, recién lavado, con las botas pulidas y casi todo el polvo cepillado de su abrigo, Thomas le pidió a Kenneth que lo llevara al salón azul, y recibió su primera lección sobre qué trabajos pertenecían a quién en la jerarquía de Haverford. Kenneth estaba positivamente conmocionado.

—¡Mi tío me despellejaría, señor! Si desea ir a algún lugar de la casa, llamaré a uno de los lacayos para que lo conduzca hasta que encuentre su camino, pero para ser presentado a la Condesa y Lady Louisa, esa es la prerrogativa de mi tío —envió a uno de los lacayos que había regresado para recoger el agua usada corriendo con instrucciones de buscar a Allsopp de inmediato.

—Voy a cometer muchos errores de este tipo —dijo Thomas con desaliento mientras esperaba—. ¿Crees que todos lo atribuirán simplemente a que soy un estadounidense inculto?

—Estoy seguro de que no usarán la palabra *inculto*, señor —dijo Kenneth, con los labios temblando ligeramente, y Thomas decidió que su ayuda de cámara sí tenía sentido del humor, por mucho que intentara ocultarlo.

—No a mi cara, al menos.

—Uno espera que no digan nada tan grosero a sus espaldas tampoco, mi señor —dijo Allsopp detrás de él, y Thomas casi saltó de su piel.

—¡Dios mío, haga ruido, hombre!

—Me esforzaré por recordar hacerlo en el futuro, mi señor.

—¿Sonríe *alguna vez*? —Thomas articuló con los labios a Kenneth mientras salía de la habitación en el imperioso despertar de Allsopp, suspirando cuando el ayuda de cámara negó con la cabeza en respuesta.

Allsopp lo condujo de nuevo por la Galería Larga, pero giró en la dirección opuesta cuando llegaron a la parte superior de las escaleras, guiándolo hacia lo que Thomas estaba bastante seguro que era el ala este de la casa. Pasaron por varias puertas cerradas antes de que Allsopp se

detuviera y llamara a una puerta. Thomas admiró la pintura de un hermoso caballo bayo colgada en la pared frente a la puerta, tomando nota mental de ella como un punto de referencia.

No oyó nada detrás de la puerta, pero aparentemente Allsopp sí, porque abrió la puerta y entró, anunciando formalmente:

—El Conde de Havers.

Ese soy yo, pensó Thomas con una sensación de irrealidad apoderándose de él. Al entrar en la habitación, se detuvo en seco, con la mandíbula caída, al encontrarse cara a cara con la chica más hermosa que jamás había visto.

—Lady Havers, la Condesa de Havers, y Lady Louisa Havers —declaró Allsopp, sobresaltando a Thomas y haciéndole cerrar la boca de golpe. Apenas pudo apartar los ojos de la visión de belleza que tenía que ser Lady Louisa el tiempo suficiente para hacer una reverencia a la condesa.

—Es un placer conocerlo por fin, milord —dijo la condesa formalmente, y Lady Louisa la hizo eco con una voz suave y musical.

Fue un esfuerzo mantener los ojos en la mujer mayor mientras Thomas decía:

—Por favor, milady, aunque nunca nos hayamos conocido, ustedes son la única familia que tengo y me enorgullece reclamarlas como tal. Me sentiría honrado si me llamara Thomas.

La condesa era una mujer hermosa en la mediana edad avanzada; Thomas pensó que alguna vez había sido una belleza que rivalizaba con su hija, aunque la edad había difuminado un poco la naturaleza impresionante de su buen aspecto. Vestida con un vestido de aspecto caro de seda gris perla adornado con cintas de color lavanda, su cabello rubio recogido bajo una cofia de encaje, hizo una reverencia, el gesto de alguna manera regio y no deferente en absoluto.

—Eso es muy amable de su parte, Thomas. ¿Quizás le gustaría llamarme tía Clarice?

—Estaría encantado. —Hizo otra reverencia, empezando a sentirse un poco tonto con tanto subir y bajar, pero al menos ahora podía volverse hacia Louisa.

—Me gustaría que me llamaras Louisa —dijo ella con esa voz suavemente musical, sonriéndole.

—Estoy tan feliz de conocerlas a ambas por fin —dijo con sinceridad, mirando fijamente a Louisa. Ella se sonrojó graciosamente bajo su escrutinio y siguió el ejemplo de su madre al tomar asiento; la condesa hizo un gesto hacia una silla y Thomas también se sentó, sintiéndose torpe y desmañado al lado de su gracia cultivada y estudiada.

Realmente necesitaba dejar de mirar fijamente, pero Louisa era más que hermosa, era gloriosa, con gruesos rizos dorados enmarcando un rostro pálido y de finos rasgos, labios suaves y rosados y ojos azul profundo que le daban una belleza casi de muñeca. Sin embargo, no era una fría

figurilla de porcelana, no con esa figura exuberante que parecía haber sido vertida en un vestido de seda color lavanda, con una banda de encaje en el escote como única cosa que preservaba su modestia.

Si los vestidos como ese eran la moda de Londres, entonces Thomas estaba totalmente a favor. Trató de recordar la edad de Louisa; las cartas de su tío habían sido breves y esporádicas en el mejor de los casos, y habían cesado por completo después de que el abuelo muriera hace cinco años. Seguramente ella tenía edad suficiente para estar en sociedad. Se preguntó por qué no estaba casada; pero quizás estaba a punto de comenzar una temporada en Londres cuando su padre murió. Recordando su deber, dijo:

—Debo ofrecer mis más sinceras condolencias por la pérdida del Conde y Lord Oliver. Me apenó profundamente enterarme de sus muertes; espero que crean que estaba perfectamente contento con mi vida en América y que nunca por un momento codicié el condado.

La condesa inclinó la cabeza.

—Gracias, Thomas. Es amable de su parte decirlo. Debo decir que se parece mucho a un Havers; Allsopp mencionó que vio la Galería Larga, ¿no es así?

—Sí, tía Clarice, lo hice, y espero que usted o mi prima tengan tiempo para contarme quiénes eran todos esos apuestos caballeros y hermosas damas, un día de estos.

Ambas sonrieron ante eso.

—Tendrá que hacerse retratar —dijo Louisa.

—Supongo que sí. —Ni siquiera se le había ocurrido.

—Sir Thomas Lawrence es un pintor excelente; recientemente completó un retrato de Louisa que ahora cuelga en la sala de música —ofreció la condesa—. Quizás podría encargarle que haga su retrato.

—Tal vez, pero después de pintar a Louisa, seguramente todos los demás simples mortales debemos parecer tan feos como mulas a sus ojos —dijo Thomas.

Louisa se sonrojó de nuevo y bajó la mirada hacia su regazo. Ocupado mirándola fijamente, Thomas no notó la sonrisa satisfecha de la condesa.



Capítulo Dos

—CREO QUE TENGO NOTICIAS QUE PODRÍAN INTERESARTE, querida —anunció el señor Bledsloe durante la cena, dos noches después de que Ellen hubiera visto al desconocido cabalgando por el sendero.

—¡Vamos, no nos tengas en suspenso! —exclamó su esposa Demelza, dejando el tenedor—. ¡Cuéntanoslo todo, señor Bledsloe, y rápido, por favor!

Sonrió a Ellen, invitándola a regocijarse con el jugoso chisme que sin duda estaba a punto de ser compartido. Ellen sonrió débilmente en respuesta, sin querer ofender, pero su madre había aborrecido los chismes y le había transmitido ese disgusto. Como esposa de un párroco, la señora Bentley había conocido una buena cantidad de secretos, pero siempre decía que las palabras tenían el poder de ser dañinas.

—Los palos y las piedras pueden romper tus huesos, pero las palabras ciertamente tienen el poder de herir también —le había dicho mamá a Ellen—. La gente confía en mí sus secretos, y no traicionaré esa confianza.

El señor Bledsloe hizo una pausa importante y luego declaró:

—El Conde de Havers ha llegado a Haverford Hall.

Ellen se relajó; seguramente ese no era un secreto que pudiera dañar a nadie. Todo el pueblo había estado en vilo durante meses, preguntándose cuándo o incluso si el primo americano vendría a reclamar su título. Tan ansiosa como Demelza por información, hizo callar a su amiga, que chillaba de emoción y se abanicaba.

—¿Cuándo llegó, señor Bledsloe? ¿Lo ha visto usted?

—Aparentemente, llegó a la mansión anteayer. El aprendiz del carnicero está saliendo con una de las doncellas de abajo en la mansión y la vio en su medio día libre ayer; ella dijo que todos los sirvientes de la mansión están alborotados por ello.

—Oh —dijo Ellen, sorprendida—, creo que quizás lo vi cabalgando por el sendero. Pidió indicaciones para llegar a Haverford Hall.

—¡Entonces *hablaste* con él, no lo *viste*, tonta! ¿Era guapo? —Demelza se inclinó ansiosa.

Ellen se sonrojó, pensando que, en efecto, le había impresionado el atractivo del hombre que le había pedido indicaciones.

—Estoy segura de que no podría decirlo —dijo con modestia—. Solo lo vi brevemente, montando su caballo. Me habló por encima del seto del jardín. Ni siquiera sé si era el Conde; podría haber sido un sirviente, quizás, que vino con él. Montaba un viejo caballo destartalado, y su abrigo no parecía tan caro como los que solían llevar el viejo Conde o Lord Oliver.

—Iré a la mansión y buscaré una audiencia con él mañana —dijo el señor Bledsloe con importancia—. Tengo algunos papeles que el viejo Conde me confió. Te mencionaré entonces, Ellen.

Ella no dijo nada, simplemente continuó comiendo su cena en silencio. Ella no era nada para el nuevo Conde; una prima lejana y sin dinero. Él no estaba obligado a hacer nada en absoluto por ella y, considerando la actitud de cada miembro de la aristocracia que había conocido, probablemente la consideraría de tanta importancia como la suciedad en su zapato... es decir, de absolutamente ninguna importancia y para ser raspada a la primera oportunidad.

Una vez que el señor Bledsloe confirmara que el Conde no tenía ningún interés en ella, comenzaría mañana a buscar más seriamente un trabajo remunerado. Le pediría al señor Bledsloe sus periódicos y comenzaría a escribir cartas solicitando puestos como institutriz o dama de compañía. Era hora de ganarse el sustento. Demelza era una querida amiga que había acudido al rescate de Ellen en aquellos terribles días después del funeral de su padre cuando no tenía a dónde ir, insistiendo en que Ellen debía venir a quedarse con los Bledsloe por el tiempo que quisiera, pero Ellen era consciente de que vivía de la caridad de su amiga. La situación no podía continuar para siempre.



Comiendo su desayuno y logrando perder su boca con el tenedor más a menudo que no porque no podía dejar de mirar a Lady Louisa, que mordisqueaba discretamente un bollo con mantequilla, Thomas se sobresaltó cuando el mayordomo anunció que tenía una visita.

—¿Quién es? —preguntó Thomas, descartando su servilleta y levantándose, casi aliviado por tener una excusa para dejar de hacer el ridículo. Ya se había manchado la barbilla con mermelada

dos veces.

—El abogado local, el señor Bledsloe —entonó Allsopp formalmente.

—No puede tener ningún asunto contigo, querido Thomas —dijo la condesa con desdén—. Mi esposo llevaba todos sus asuntos legales a través de nuestros abogados de Londres, por supuesto. Despídelo, Allsopp.

—No, lo veré, tía Clarice. Es un vecino, después de todo.

Lady Havers parpadeó hacia él, aparentemente bastante desconcertada.

—No sé cómo se hacen las cosas en América, Thomas, pero aquí los vecinos son otros miembros de la nobleza, no *abogados*.

El desprecio en su voz hizo que Thomas parpadeara. Suavemente, dijo:

—En América, los vecinos son las personas que viven cerca y que vemos regularmente, señora. Sin importar su posición en la vida —Volviéndose, dijo—: Guía el camino, Allsopp. Hacia... eh... —No tenía la menor idea de dónde se recibía a los visitantes de cualquier rango.

—El estudio, mi lord —Allsopp esbozó una pequeña sonrisa—. Por aquí, si me permite.

—En realidad creo que puedo encontrar el estudio —dijo Thomas alegremente a Allsopp mientras salían del pequeño comedor donde había aprendido que la familia solía desayunar—. Está por ese pasillo y justo pasando la armadura realmente corta, ¿verdad?

—Correcto, mi lord —Allsopp no volvió a sonreír, pero Thomas estaba seguro de que el mayordomo comenzaba a relajarse. Aún lograría sacarle una risita al hombre.

—Y el señor Bledsloe, ¿qué puede decirme sobre él?

—Es muy respetado en la zona, mi lord —Allsopp hizo una pausa antes de decir—: No me corresponde contradecir a la Condesa, por supuesto, pero el señor Bledsloe y el Conde se reunían regularmente. El Conde también era el magistrado local, verá, así que se consultaban regularmente sobre asuntos legales. Y la casa de los Bledsloe está justo pasando el final de la avenida sur que se acerca a la mansión.

—Entonces es un vecino —dijo Thomas triunfante—. Muy bien, Allsopp. ¿Sería apropiado que enviaran café?

—Ciertamente, mi señor. Lo haré traer en breve.

—Gracias —Thomas sonrió mientras Allsopp parecía ligeramente sorprendido; los sirvientes definitivamente no estaban acostumbrados a que se les agradeciera, pero Thomas no tenía intención de cambiar sus hábitos de cortesía ahora que resultaba tener un título añadido a su nombre. Abriendo la puerta del estudio, entró en la habitación con una sonrisa preparada.

—¡Señor Bledsloe! Estoy encantado de conocerle, señor.

El abogado era un hombre robusto de mediana edad temprana, con el cabello escaso. Se puso de pie de un salto cuando Thomas entró, su expresión bastante sorprendida por el amistoso saludo de Thomas. Haciendo una reverencia, tartamudeó:

—Eh, muy amable de su parte, mi señor, muy amable en efecto. Me siento honrado de que me reciba.

—Tonterías, somos vecinos, y por favor llámeme Havers —dijo Thomas afablemente. Estaba intentando una ofensiva de encanto; si podía sorprender al hombre al comienzo de su conocimiento, quizás podría convencerlo de que todas las reverencias y zalamerías realmente no eran necesarias. Ya estaba completamente harto de ello.

—Eh, sí, mi se... Havers —dijo Bledsloe, con los ojos muy abiertos y un poco sorprendidos—. Es un honor —aceptó la mano que Thomas le ofrecía y la estrechó.

—Bien, eso está arreglado. Por favor, siéntese —en lugar de rodear el enorme escritorio y sentarse imponentemente detrás de él, Thomas acercó otra silla y se sentó cerca de Bledsloe—. Es muy amable de su parte venir. Estoy encantado de empezar a conocer a mis nuevos vecinos.

—¿Vecinos? Bueno, sí... supongo que lo somos.

—Allsopp me dice que vive usted al final de la avenida sur, lo que seguramente le convierte en uno de nuestros vecinos más cercanos, ya que el acceso norte es tres veces más largo, según me han dicho.

—No exactamente al final, Ha... Havers. Un poco más allá en el camino hacia Colesbourne. De hecho, creo que puede que usted haya hablado con una joven en mi jardín el día que llegó, pidiendo indicaciones.

—¡La chica del sombrero gris! ¿Una pariente suya? —Thomas asintió, recordando a la chica y su sonrisa, la manera amistosa en que le había hablado.

—Una amiga de mi esposa, en realidad; se está quedando con nosotros por un tiempo, desde la pérdida de sus padres. Ambos fallecieron de la misma trágica manera que su tío y su primo. Por cuyas pérdidas, permítame extenderle mis condolencias.

—Gracias —dijo Thomas con un asentimiento—. Debe haber sido difícil para una joven perder a sus padres al mismo tiempo. Yo sufrí la misma pérdida, pero no era lo suficientemente mayor como para recordar su fallecimiento; mi abuelo me crió.

—¿Ese sería Lord Matthew?

—Así es. Me crió con historias de Haverford —Thomas sonrió, mirando alrededor del estudio, que aún llevaba la impronta de su tío en cada pieza de mueble imponentemente fabricado, en las

elecciones de libros en los estantes—. Me temo que las imágenes que mi imaginación produjo no le hacían justicia.

—En efecto —el señor Bledsloe hizo una pausa, y luego dijo, aparentemente eligiendo sus palabras con cierta delicadeza—: ¿Lord Matthew alguna vez habló de su hermana?

—¿Lady Eleanor? ¡Con frecuencia! Creo que era a quien más echaba de menos cuando emigró, y sonaba encantadora; lamento no haber tenido la oportunidad de conocerla. Se escribían cartas hasta su muerte, creo, pero eso fue antes de que yo naciera. De hecho, quizás pueda decirme: sé que se casó, pero ¿tuvo hijos? Aún no he tenido la oportunidad de preguntarle a mi tía sobre otros parientes vivos que pueda tener, ¡de hecho, apenas me estoy acostumbrando a tener *alguno*!

—Muy comprensible, mi señor. Y sí, Lady Eleanor tuvo una hija. De hecho, si me permite —Bledsloe señaló una estantería detrás del escritorio, y Thomas asintió, observando con curiosidad cómo el hombre se levantaba y sacaba un libro grande y antiguo ricamente encuadernado en cuero verde con grabados dorados.

—Esta es la biblia familiar de los Havers —le dijo Bledsloe—. El cuarto Conde, que era el padre del Conde anterior, por supuesto, y el hermano mayor de su abuelo, la mantuvo actualizada hasta su muerte hace casi veinte años.

Thomas asintió en comprensión mientras Bledsloe colocaba el libro sobre el escritorio y lo abría cuidadosamente en las últimas páginas, mostrando un árbol genealógico escrito con varias caligrafías diferentes.

—Ah, esto será útil cuando intente entender quién es quién en los retratos de la Galería Larga —murmuró Thomas pensativamente, inclinándose para mirar.

—Aquí, ve —Bledsloe señaló—. El cuarto Conde y sus hermanos, Matthew y Eleanor.

Una línea bajaba desde Matthew hasta *Ellis* (n. 1767, c. 1789, f. 1792). Escrito debajo de su nombre estaba *Julia Henry*, (f. 1792) y otra línea bajaba desde allí hasta *Thomas* (n. 1790).

—Puede, por supuesto, escribir 6º *Conde de Havers* junto a su nombre ahora —señaló Bledsloe.

—Quizás otro día —todo en Thomas se rebelaba contra eso, en este momento. Tal vez lo dejaría para un descendiente que no se sintiera como un completo impostor. Miró a través del árbol genealógico y se dio cuenta de que también tendría que escribir la fecha de fallecimiento de Michael y Oliver.

No, tampoco estaba listo para lidiar con eso ahora. Movié su dedo de vuelta al nombre de Eleanor, y hacia abajo desde allí.

—Tuvo dos hijas... oh, una murió joven, qué triste —Miss Sarah Ripley tenía cinco años. Mirando las fechas, se dio cuenta de que debió haber sido el mismo año en que el abuelo se había

ido a América. ¿La pequeña Sarah había muerto antes o después de su partida? Qué año terrible debe haber sido para Eleanor.

—Sí, pero Miss Laura sobrevivió hasta la edad adulta. Se casó con un comerciante de Bristol, y tuvieron una hija, Susan. En una visita a sus parientes aquí en Haverford, la señorita Susan se enamoró del cura local y se casaron. Tras la boda, el cuarto Conde otorgó el beneficio al señor Bentley, para que su pariente Susan tuviera asegurada una vida cómoda.

Thomas escuchó con interés mientras Bledsloe le contaba sobre la familia que nunca había conocido. Siguiendo la línea escrita con una caligrafía temblorosa en la parte posterior de la vieja biblia, llegó a *Ellen* (n. 1798). El mismo año que Louisa en la otra rama del árbol genealógico, notó.

—¿El quinto Conde mantuvo actualizado el árbol genealógico? —preguntó.

—Escribió la fecha de fallecimiento de su abuelo, así que supongo que sí. Hasta donde yo sé, no hubo otros registros que requirieran anotarse durante su administración del título.

—¿Así que Ellen sigue viva?

—Ellen es la joven de la que le hablé, Havers. Susan Bentley era su madre.

Thomas se quedó boquiabierto, con los ojos volando de vuelta al árbol genealógico. En todas las innumerables ramas, hasta donde podía ver, solo había tres descendientes de Havers vivos: él mismo, Louisa y Ellen.

—¿Por qué se está quedando con su esposa, entonces, y no aquí con su familia? —exigió indignado.

Bledsloe vaciló y luego dijo con delicadeza —Si bien el cuarto conde consideraba a los descendientes de Lady Eleanor como familia y otorgó el beneficio eclesiástico al señor Bentley para asegurarse de que la señorita Susan fuera atendida cuando se casara con él, el quinto conde no lo hizo.

Thomas se reclinó y miró al otro hombre. —¿Está diciendo que el conde anterior... al diablo, lo llamaré mi tío... no reconoció a Susan y Ellen Bentley como parientes?

—¿Puedo hablar con franqueza?

—Por favor, hágalo, porque tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo aquí. Por lo que veo, apenas *tenemos* familia —Thomas agitó la mano sobre el libro—. ¿Por qué mi tío no reconocería a la esposa perfectamente respetable de un clérigo y a su hija como miembros de la familia?

—Porque su tío era un tacaño tirano mezquino que nunca hizo nada a menos que pensara que le beneficiaba —Bledsloe parecía mitad desafiante, mitad temeroso al decir estas palabras.

Un golpe en la puerta los interrumpió, una criada que traía una bandeja con una humeante cafetera. Thomas sirvió una taza para Bledsloe y otra para sí mismo, agradecido por la interrupción, ya que le dio tiempo para ordenar sus pensamientos.

—¿Qué provisión se hizo para Ellen cuando sus padres murieron? —preguntó Thomas.

—Heredó ahorros de unas ciento setenta libras —dijo Bledsloe—. Aunque su abuelo fue un comerciante bastante exitoso en Bristol, se volvió a casar después de que su primera esposa muriera y tuvo dos hijos, quienes heredaron su riqueza. El beneficio eclesiástico se otorgó rápidamente a otro hombre cuando el señor Bentley murió; firmar esos papeles fue uno de los últimos actos de su tío, de hecho —Bledsloe bajó la mirada y se mordió el labio—. Ellen tiene la intención de buscar un puesto como institutriz o dama de compañía. Le pedimos que se quedara con nosotros al menos hasta su llegada; ha estado ayudando a mi esposa con los niños. Aunque no podemos permitirnos pagarle un salario adecuado, come con la familia y Demelza la trata como a una hermana.

Quieres decir, como una institutriz sin paga, pensó Thomas un poco cruelmente, pero sospechaba que la culpa de Bledsloe por el asunto era la razón por la que el abogado se le había acercado ahora.

—Parece completamente injusto que mi prima se vea obligada a ganarse la vida de esta manera —dijo en voz alta—. Tiene veinte años, según la fecha aquí, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Le gustaría casarse? Si hay un pretendiente esperando por ella, con gusto proporcionaría una dote.

—El único pretendiente que alguna vez la ha pedido es el nuevo párroco —dijo Bledsloe—. Parecía pensar que ella debería estar agradecida por la oportunidad de quedarse en su antiguo hogar, aunque eso significara que también tendría que ser su ama de llaves sin sueldo y calentar su cama. Sin embargo, como tiene unos cincuenta y cinco años, aconsejé a Ellen que lo rechazara. Aunque ella lo consideró seriamente. No desea ser una carga para nadie.

—Ya estoy pensando que no me agrada el nuevo párroco —dijo Thomas después de un momento de silencio atónito—. ¿Cuál es su nombre?

—El señor Brownlee. Ya ha encontrado otra esposa, una hija de uno de sus arrendatarios que estaba bastante feliz de aceptar su oferta.

Sacudiendo la cabeza, Thomas consideró sus opciones. Lo más fácil sería establecer algo de dinero para Ellen, pero ¿entonces qué? ¿Dónde viviría? Necesitaría encontrar una dama de compañía propia, para darle respetabilidad. ¿Siquiera querría eso, o aceptaría el dinero?

—Creo que me gustaría conocer a Ellen —dijo finalmente, después de dar un largo sorbo a su café—. Hablamos solo brevemente cuando me dio indicaciones para llegar a la mansión, pero parecía bastante encantadora. Es mi prima tanto como Lady Louisa, y me gustaría conocerla.

—Muy bien, Havers —Bledsloe le dio un gesto de aprobación—. ¿Cuándo le sería conveniente?

—No hay mejor momento que el presente, solía decir el abuelo. ¿Puedo caminar de regreso con usted?

—Sería un placer.



Capítulo Tres

EL PASEO POR LA AVENIDA ENTRE LOS ALERCES era muy agradable. Thomas se encontró silbando de nuevo, disfrutando del clima.

—¿Siempre es así de agradable aquí en septiembre? —preguntó.

—No siempre, este es un final de verano muy bueno —dijo Bledsloe—. Las lluvias de octubre comenzarán pronto, y las noches empezarán a acortarse. ¿Cómo es el clima en Nueva York, Havers? He oído que los inviernos pueden ser muy crudos.

—En efecto, a veces con fuertes nevadas —coincidió Thomas—. Los veranos también son insoportablemente calurosos; no me apené al partir en mayo, antes de que el clima se volviera demasiado caluroso. Tengo entendido que el clima inglés es más suave en general.

Mientras caminaban, hablaron sobre el clima, las cosechas y el trabajo que Bledsloe había realizado con el anterior conde. Bledsloe mencionó que otro terrateniente local, Sir Edward Kingsley, había sido nombrado magistrado tras el fallecimiento del conde, lo cual Thomas agradeció; ¡ya tendría suficiente en su plato sin tener que preocuparse también por hacer cumplir la ley en la zona!

Por fin llegaron al final de la avenida de media milla de largo y Bledsloe se dirigió hacia la casa por la que Thomas había pasado el otro día. Recordaba haber pensado que parecía una propiedad bastante agradable, en un terreno de aproximadamente un acre con un gran huerto a un lado, donde había visto a Ellen recogiendo fruta. Bledsloe empujó la puerta de madera y caminaron hacia la entrada principal.

—Es probable que Demelza arme un poco de alboroto —dijo Bledsloe en voz baja—. No te preocupes por sus tonterías. Le gusta hacer aspavientos, eso es todo.

Al ver la sonrisa en el rostro del hombre, Thomas pensó que parecía muy encariñado con su esposa a pesar de cualquier alboroto. Al menos Ellen estaba en un hogar donde no tenía que

temer importunidades por parte del señor de la casa, un peligro muy real si realmente entrara en el servicio como institutriz o dama de compañía.

—¿Demelza? He traído a un visitante para que te conozca, querida —dijo Bledsloe, conduciendo a Thomas a un salón donde una hermosa mujer de unos treinta años estaba sentada con dos niños, ambos escuchando atentamente mientras su madre les leía—. Niños, levántense y hagan sus mejores reverencias. Este es el Conde de Havers. Mi lord, mi esposa y mis dos hijos, Jacob y Jason.

Los niños eran gemelos, vio, de unos siete años más o menos, con sus caritas idénticas de ojos azules, cabello rubio y pecas, boquiabiertos de asombro ante la vista de un conde de verdad en su salón.

Demelza Bledsloe dio un pequeño grito y dejó caer su libro.

—¡John! ¡Oh, mi lord! —hizo una reverencia un poco frenéticamente—. Nunca... ¡oh, Dios mío! —Por favor, no se inquiete, señora Bledsloe —Thomas volvió a desplegar su encanto, avanzando para levantar su mano y besarla—. Le ruego me disculpe por presentarme sin previo aviso, pero cuando su esposo tuvo la amabilidad de hacerme una visita, decidí que simplemente no podía esperar para devolverla... y para conocer a mi pariente, que tengo entendido es su muy querida amiga.

—Sí, ¿dónde está Ellen, querida? —preguntó John.

—Oh, está en la sala de estar —Demelza se agitó un poco, pero se calmó cuando Thomas le sonrió tranquilizadamente—. Encontró un anuncio en el periódico de ayer con un puesto que pensó que podría convenirle, dijo que quería escribir una carta de solicitud... Le dije que esperara hasta después de que John hablara con usted, mi lord, pero estaba tan segura de que usted no estaría interesado en conocer a una pariente tan lejana...

—Al contrario, señora, estoy muy interesado en conocer a la señorita Bentley. Hasta donde sé, solo tengo dos parientes de sangre vivos, la señorita Bentley y Lady Louisa. No tengo intención de desairar a ninguna de ellas por ningún motivo.

—¡Es muy bueno oír eso; sabía que debía ser así! He oído que los americanos tienen una forma de pensar bastante diferente a nosotros los ingleses, bueno, al menos a la aristocracia. Por favor, mi lord, no deje que lo entretenga; los niños aún no han terminado su lección de geografía. ¿Quizás podríamos todos ir a tomar el té juntos en la sala de estar dentro de un rato?

Thomas admitió que eso sonaba muy agradable, sonrió a los gemelos cuyos rostros se habían entristecido inmediatamente al mencionar la lección temporalmente abandonada. Envalentonado por su sonrisa, uno de ellos —no tenía idea cuál— soltó:

—¿Alguna vez ha visto a un indio piel roja, mi lord?

—Tal vez si tu madre me dice que has prestado mucha atención durante el resto de tu lección, te lo contaré cuando tomemos el té —susurró Thomas, inclinándose, y fue recompensado con un par de sonrisas radiantes.

Pequeños diablillos encantadores, pensó, despidiéndose cortésmente de la señora Bledsloe y siguiendo a su esposo fuera de la habitación. Aún no había pensado seriamente en tomar esposa y establecer un cuarto de niños —¡solo tenía veintiocho años!—, pero supuso que ahora debía verlo como su deber hacerlo, y lo antes posible. El condado necesitaba un heredero.

La siguiente puerta a lo largo del pequeño pasillo estaba abierta, dando a una habitación de tamaño similar al salón, con una mesa ovalada para unas ocho personas en el centro. Ellen estaba sentada a la mesa, con papeles esparcidos frente a ella y una pluma en la mano.

—¿Ellen? —dijo Bledsloe. Ella levantó la mirada, sus ojos se agrandaron al ver a Thomas entrar en la habitación detrás de él.

—¡Oh! —Sorprendida, dejó la pluma, se puso de pie e hizo una graciosa reverencia.

—El Conde de Havers, permítame presentarle a la señorita Ellen Bentley —dijo Bledsloe formalmente, y luego con una sonrisa—, su prima.

—Es una conexión bastante distante, mi lord —se apresuró a decir Ellen.

—Sé exactamente cuán distante, señorita Bentley; su bisabuela era la querida hermana de mi abuelo. Él me contó muchas historias de Lady Eleanor, y estoy encantado de conocer a su descendiente. —Thomas hizo una reverencia, dándole a Ellen una sonrisa tranquilizadora. Ella parecía preocupada, con el ceño fruncido.

—Voy a la cocina a pedirle a Betsy que se encargue del té —dijo Bledsloe—, para que ustedes dos puedan conocerse.

Al salir de la habitación, dejó la puerta completamente abierta y a Ellen y Thomas mirándose en silencio.

Era más bonita de lo que había pensado cuando ese feo gorro gris le ocultaba el cabello, se dio cuenta Thomas, aunque el sencillo vestido gris oscuro que llevaba no le favorecía en absoluto. Todavía estaba de luto por sus padres, por supuesto, pero Lady Louisa también lo estaba por su padre, y ella había logrado encontrar un vestido que la favorecía.

Tan pronto como lo pensó, Thomas se reprendió mentalmente por tal insensibilidad. Louisa tenía un presupuesto ilimitado y probablemente una modista dedicada a su guardarropa, mientras que Ellen solo tenía un exiguo legado. Sin duda, se las arreglaba con lo que tenía, tratando de preservar sus escasos fondos para su futuro.

—¿No quiere sentarse, milord? —dijo Ellen finalmente, tomando asiento ella misma. Thomas se sentó, aún observándola. Parecía delgada, aunque Bledsloe había dicho que comía con la familia. Había huecos en sus pálidas mejillas y sombras bajo sus ojos, de un color marrón chocolate muy diferente a los suyos de color gris azulado. Su cabello era más oscuro que el suyo, casi negro, aunque la luz del sol que entraba por la ventana detrás de ella revelaba algunos destellos rojizos caoba. Veía poco parecido en sus rasgos con los suyos propios o los de Louisa, y se preguntó si se parecería en algo a su abuela Havers, o si su apariencia favorecía a otra parte de su familia. Ciertamente, no podía recordar de inmediato a nadie en los retratos de la Galería Larga con quien Ellen pudiera decirse que se parecía con confianza.

—Bledsloe me contó algo sobre su situación —dijo Thomas torpemente después de un momento de silencio. Ellen estaba sentada en silencio, con las manos cruzadas en su regazo, sin mirarlo, aparentemente esperando que él iniciara la conversación. O, pensó, que dictara órdenes, como ella podría haber esperado que hiciera el anterior conde—. Lamento mucho la pérdida de sus padres.

—Yo también lamento su pérdida, milord.

Él parpadeó confundido.

—¿El conde y Lord Oliver? —sugirió ella.

—Oh, ya veo. Me temo que nunca los conocí. Mi abuelo mantuvo correspondencia con ellos hasta cierto punto mientras aún vivía, pero desde su muerte hace cinco años no escuché ni una palabra hasta que un representante del abogado londinense de mi tío se puso en contacto conmigo en Nueva York.

—Ya veo —dijo Ellen sin emoción, y hubo otro breve silencio antes de que ella dijera—: ¿Tiene otra familia en América?

—No, mis padres murieron cuando yo era muy joven. Un incendio. El abuelo me crió.

Ella asintió en silencio, y Thomas se preguntó adónde había ido la chica amigable y sonriente que había visto en el jardín hace solo dos días. *Ella no sabía quién era yo entonces*, se dio cuenta en un destello de iluminación. *Me tiene miedo, teme cómo mis acciones puedan alterar su pequeño mundo*.

—¿Puedo llamarte Ellen? —preguntó Thomas, tratando de hacer su voz lo más suave y gentil posible—. Y me gustaría que me llamaras Thomas, si quieres. Solo tengo tres parientes vivos en todo este mundo, y tú eres una de ellos.

Unos ojos grandes se alzaron hacia su rostro, y notó destellos ámbar más claros en el marrón chocolate oscuro de sus ojos. Ella no dijo nada durante un largo momento antes de finalmente

decir:

—No quiero parecer irrespetuosa frente a los demás, pero supongo que si estamos en una conversación privada, como lo estamos ahora, podría llamarte Thomas.

—Ahí está, no fue tan difícil, ¿verdad?

Ella sonrió por fin en respuesta a su tono de broma.

—No tan difícil. Nunca antes había tenido un primo.

Eso levantó sus cejas.

—Por supuesto que sí. Lady Louisa...

—He visto a Lady Louisa todos los domingos en la iglesia desde que ambas teníamos edad suficiente para asistir y estoy bastante segura de que ella no tiene idea de cuál es mi nombre.

Thomas se recostó, estudiándola pensativamente.

Ellen bajó la mirada a sus manos, mordiéndose el labio con culpabilidad.

—Probablemente no debería haber dicho eso —murmuró.

Había sido decididamente mordaz, pensó Thomas. Muy en desacuerdo con la chica mansa y recatada que Ellen obviamente buscaba presentarse. Tenía un lado fogoso, aunque obviamente buscaba mantenerlo bien oculto.

—No, tienes todo el derecho a estar resentida. Yo mismo apenas puedo creer la forma en que la familia te ha tratado. Eso cambia ahora.

Sus ojos aún eran cautelosos cuando lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quieres tú, Ellen? —le preguntó.

—¿Disculpa? —Sorprendida, parpadeó hacia él.

—¿Qué quieres *tú*? Con tu vida, quiero decir. ¿Cuáles son tus sueños, qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

Ella vaciló, mirándolo fijamente.

—Yo... no lo sé. Nadie me había hecho esa pregunta antes. No creo que sea una pregunta que se le haga a muchas chicas, realmente. Se espera que no queramos nada más que ser esposa y madre de algún hombre...

—¿Eso no es lo que quieres?

—Tal vez. —Un tinte de color tocó sus pálidas mejillas—. Nunca he conocido a un hombre que me hiciera desear esas cosas.

—Es justo. —Thomas juntó las puntas de sus dedos, golpeándolas pensativamente—. ¿Debo entender, entonces, que convertirte en institutriz o maestra de escuela, o dama de compañía de

alguna señora adinerada, no es en realidad el sueño supremo de tu vida?

—No lo es. Hasta esta reunión, sin embargo, ¡pensé que era el único futuro que podría estar abierto para mí!

—¿Eres feliz aquí? —preguntó, viendo que parecía un poco más relajada y cómoda con él.

—¿Aquí? —Pareció desconcertada—. ¿En Haverford? Nunca he conocido ningún otro lugar.

—Me refiero a quedarte con tus amigos. El señor y la señora Bledsloe.

—Oh, ya veo... bueno, Demelza ha sido muy amable. No tenía ningún otro lugar adonde ir después de que el señor Ellis me dijo que tenía dos semanas para desocupar la vicaría.

Detenido, Thomas parpadeó.

—Espera. ¿Qué, el señor Ellis, el administrador de las tierras?

—Así es.

—El administrador de mi tío... ¿te ordenó salir de tu hogar? ¿A los pocos días de la muerte de tus padres?

—El mismo día del funeral de papá. Mamá murió dos semanas antes... no era muy fuerte, y una vez que murió, creo que papá simplemente perdió las ganas de vivir —Ellen parpadeó para contener las lágrimas, recordando esas terribles semanas. Ella había enfermado primero y estaba apenas recuperándose cuando mamá contrajo la enfermedad. Agotada y aún convaleciente, Ellen hizo todo lo posible por cuidar a su madre, pero fue en vano.

—Lo siento mucho —dijo Thomas—. No puedo creer que Ellis se tomara esa atribución —Estaba furioso. ¿Cómo se atrevía ese hombre? Ciertamente no era su lugar.

—Oh, Thomas —Ella le dirigió una mirada cansada del mundo—. El señor Ellis nunca habría tomado tal acción sin la dirección del conde. Ya me había mudado aquí cuando me enteré de que el propio conde había contraído la gripe y enfermado.

Thomas enterró la cabeza entre las manos, sintiéndose completamente avergonzado de su difunto pariente. —Dios mío, ¿cómo pudo ser tan cruel? ¿Contigo, una joven pariente, sola en el mundo? Ellen no tenía respuesta para él. Se había hecho esa pregunta muchas veces, cómo un hombre que se llamaba a sí mismo cristiano, que asistía a la iglesia, podía comportarse de esa manera.

—Creo que deberías venir a vivir a la mansión —Thomas apartó las manos de su rostro para mirarla de nuevo. Ella lo miró boquiabierta con total asombro.

—No... creo que a la condesa le agradaría mucho eso.

—Como no es su casa, no me importa particularmente lo que piense —dijo Thomas bruscamente—. ¡No me digas que *ella* no podría haber hecho nada por ti, incluso si su marido fuera el más

tacaño de todos! Ayer vi las cuentas de la casa. ¡Con el dinero para gastos menores de un solo mes podría haberte comprado una casa propia sin problemas!

Parecía bastante indignado en su nombre. Realmente no había nada que Ellen pudiera decir; simplemente se quedó mirándolo, con las manos entrelazadas en su regazo.

—Soy menor de edad —ofreció finalmente con duda—. Supongo que... técnicamente, como mi pariente más cercano, eres mi tutor legal.

—¿Lo soy?

—Podríamos preguntarle a John. Después de todo, es abogado, estoy segura de que podría asesorarnos sobre la legalidad del asunto —Ellen le dedicó una pequeña sonrisa—. Thomas, de verdad, te agradezco que quieras hacer algo por mí. Realmente no quiero ser institutriz o dama de compañía. Supongo que siempre había esperado encontrar algún agradable caballero granjero o quizás un cura que me apreciara lo suficiente como para proponerme matrimonio.

—Si eso es lo que desees, Ellen, me aseguraré de que te presenten a todos los caballeros granjeros y curas de Inglaterra hasta que encuentres al que pueda hacerte feliz —prometió.

Ella soltó una risita ante tal declaración ridícula, llevándose la mano a la boca para cubrirla, con los ojos brillantes. —¡Estoy segura de que no harían falta tantos!

Encantado de haberla hecho reír, Thomas le sonrió ampliamente. —¿Está decidido, entonces? ¿Vendrás a vivir a la mansión... con tu familia?

Ella se mordió el labio inferior, considerándolo. —Creo que primero deberías hablar con la condesa —dijo cuidadosamente al fin—. Aunque por supuesto tienes razón en que es tu casa, no deseo ser motivo de discordia entre tú y tu familia.

—Si lo hago, ¿te prepararás para mudarte a la mansión en los próximos días?

Finalmente asintió. —Lo haré. Y Thomas... gracias.

Estirándose sobre la mesa, él tomó su mano entre las suyas y la presionó suavemente. —Somos *familia*, Ellen. Eso significa algo para mí, y habría deseado verte cómoda incluso si no hubiera heredado el título. Mi abuelo hizo una gran fortuna en las Américas, ¿sabes?

—¿De verdad? —Ellen parecía genuinamente interesada—. Me encantaría oír sobre tu abuelo.

—Era todo un personaje, sin duda. Estaré encantado de contarte algunas de sus historias. Después de todo, también era tu pariente.

El sonido de pasos en la puerta hizo que Thomas soltara sus manos y mirara alrededor; los gemelos entraron corriendo, su madre detrás de ellos y John Bledsloe pisándoles los talones con una bandeja en las manos.

Cualquier conversación sería tuvo que ser interrumpida cuando los niños inmediatamente se apropiaron de Thomas y lo bombardearon con preguntas sobre América. Riendo, intentó responderles lo mejor que pudo mientras Demelza servía el té y pasaba un plato de galletas.

Mientras caminaba de regreso a la mansión una hora más tarde, a Thomas se le ocurrió que no se había divertido tanto en mucho tiempo. Ellen se había relajado más con sus amigos en la habitación, y él había disfrutado escuchando su alegre risa resonar ante las travesuras de los gemelos. Los dos niños obviamente le tenían mucho cariño, y ella a ellos. Después de un rato, Bledsloe le había pedido discretamente a Thomas que saliera, y los dos hombres se retiraron a un pequeño estudio para conversar en privado.

Thomas comenzó a silbar de nuevo mientras caminaba, sintiéndose bien consigo mismo y las acciones que había tomado esa mañana. Bledsloe había indicado su aprecio por el deseo de Thomas de traer a Ellen al seno de la familia Havers.

—Lamentaremos perderla, sé que Demelza cuenta mucho con ella, pero no es justo para Ellen. Es una chica buena y dulce y merece la oportunidad de hacer algo con su vida. Debo decir, Havers, que me alegro mucho de que no seas de la misma opinión que tu difunto pariente en este asunto.

Thomas estaba honestamente avergonzado de que un pariente suyo pudiera haber tratado tan mal a una joven inocente. Era evidente que Ellen no tenía grandes expectativas, pero su tío podría haberle hecho la vida cómoda con apenas ninguna molestia para él. ¡Vaya, una dote de unas pocas cientos de libras habría tenido a todos los caballeros granjeros y curas del condado haciendo cola para cortejar a Ellen!

Sin embargo, simplemente dotarla no le parecía suficiente a Thomas ahora que había conocido a Ellen. Hacerlo la empujaría por ese estrecho camino hacia el matrimonio, y él se preguntaba si ella realmente quería eso. Como había dicho, rara vez se les preguntaba a las mujeres qué querían de la vida, simplemente se *esperaba* de ellas que quisieran ser esposas y madres.

Ellen merecía la oportunidad de descubrir lo que realmente quería ser en la vida, y por Dios, Thomas iba a dársela.



Capítulo Cuatro

—¿QUIERES HACER *qué*? —La voz de Clarice se elevó agudamente mientras miraba a Thomas con los ojos abiertos de incredulidad.

—Quiero que nuestra prima venga a vivir aquí en Haverford Hall —mantuvo su voz serena, mirando de reojo a Louisa mientras hablaba. Ella estaba sentada con una pieza de bordado en las manos, pero no había dado una puntada desde que él comenzó a hablar. Su rostro estaba tan inmóvil y frío como una estatua de mármol; no podía leer lo que estaba pensando.

—Es la hija de un *vicario* —exclamó Clarice.

—Es *mi prima*.

Se miraron fijamente en una silenciosa batalla de voluntades, Clarice era la viva imagen de la nobleza. Thomas finalmente rompió el punto muerto diciendo:

—No estoy pidiendo tu permiso, tía Clarice. Si encuentras que no puedes residir bajo el mismo techo que la señorita Bentley, tienes derechos vitalicios sobre la Casa de la Viuda según lo estipulado en tus acuerdos matrimoniales, creo.

La boca de Clarice se abrió por la conmoción. Louisa hizo un pequeño sonido, y cuando Thomas volvió a mirarla, descubrió que había dejado su bordado y lo miraba directamente.

—Por supuesto que eso no será necesario, Thomas —dijo con su voz suave, sonriéndole dulcemente—. Estoy encantada con la oportunidad de conocer a la señorita Bentley. Como dices, ella también es mi prima. Estaremos encantadas de darle la bienvenida a la mansión, ¿no es así, mamá?

Aliviado de que Louisa estuviera de su lado, y complacido por su compasión y entusiasmo por conocer a Ellen, Thomas asintió felizmente. Ella volvió su atención al bordado, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios, coloreando sus mejillas.

Dios mío, es tan hermosa.

Perdido en la contemplación de Louisa, Thomas apenas notó el suspiro resignado de Clarice y su eventual comentario de —Está bien, entonces. Si *debes* hacerlo.



Sin embargo, la reacción de Clarice una vez que Thomas había dejado la habitación reveló sus verdaderos sentimientos. Se levantó de su silla y comenzó a caminar de un lado a otro, agitando sus faldas y frunciendo el ceño. —¡No puedo creer que pretenda imponernos a esta chica! —exclamó, claramente enfurecida por haber sido contrariada.

—Es americano, mamá —Louisa dio otra puntada plácidamente—. Tengo entendido que tienen ideas muy diferentes sobre las clases bajas, de hecho, no parecen pensar que *existan* clases bajas.

—Completas tonterías —resopló Clarice—. Hay un orden natural en las cosas. ¡Traer a la señorita Bentley a vivir aquí! ¿Qué hará después? Cuanto antes entre en razón y se case contigo, mejor.

—Estas cosas no se pueden apresurar, mamá —Louisa cortó limpiamente un hilo suelto—. Tú me lo dijiste. Lenta y suavemente, para que no sepa que está en la trampa hasta que ya esté cerrada. Ya está olfateando, listo para tomar el cebo.

—¿Tienes que hablar con esos términos de caza tan crudos, Louisa? Suenas positivamente sedienta de sangre —Clarice arrugó la nariz con disgusto—. Asegúrate de no permitir que Thomas sepa que tienes un lado despiadado hasta que tengas su anillo en tu dedo, querida.

—No temas, mamá. Tengo todo bajo control. La señorita Bentley no será un obstáculo para nuestros planes, te lo aseguro —levantó su labor, girándola de un lado a otro para examinar las pequeñas y precisas puntadas que había dado. La calidad del trabajo era innegable, pero un observador podría haber cuestionado el tema. Lejos de bordar algún hermoso diseño de flores o mariposas, la aguja de Louisa había trazado una sangrienta escena de caza, zorros desgarrando la garganta de un ciervo abatido, gotas de sangre escarlata salpicando el verde follaje del fondo.

Apaciguada y tranquilizada por la calma de su hija, Clarice suspiró y volvió a sentarse. —Muy bien, querida. Por tu bien, intentaré fingir que me complace la presencia de la chica.

—No creo que necesites llegar tan lejos, mamá. Déjame que me haga su amiga mientras tú actúas como si la toleraras simplemente porque Thomas lo ha ordenado. Ella querrá una amiga y pronto estará dispuesta a hacer cualquier cosa que le pida, no temas.

—¿Y luego qué?

—Pues entonces le encuentro algún pretendiente para que se case con ella y nos la quite de encima —Louisa se encogió de hombros—. Thomas puede dotarla con unas cientos de libras o algo así, y tendremos a pequeños terratenientes arrastrándose por ella ansiosos por emparentar con la familia Havers.

—Hm —Clarice pareció pensativa ante eso—. Supongo que incluso podría ser útil de esa manera. Pensaré en quién podría ser adecuado.

—Como digas, mamá —Louisa recogió su labor y reanudó la costura, la viva imagen de una dama bien educada ocupando su tiempo... mientras añadía más sangre a la escena de caza en su imagen.



Por segunda vez en el espacio de un año, Ellen se encontró desarraigada, pero esta vez estaba ascendiendo en el mundo. Nunca había estado más cerca de Haverford Hall que verlo a lo lejos cuando caminaba por Wyck Beacon; el anterior conde no era exactamente del tipo que daba la bienvenida a los residentes del pueblo a su casa. Realmente era bastante magnífico, pensó mientras subía por la avenida, con Demelza a su lado tomándola de la mano y John ligeramente adelante de ellas.

Thomas había enviado un carro de equipaje para recoger sus pertenencias e invitado a los Bledsloe a acompañarla a tomar el té, sin duda esperando que su presencia pudiera ayudar a facilitar su transición a residir en la mansión. Había pasado casi todos los días durante la semana anterior, asegurándole que la condesa y Lady Louisa estaban ansiosas por darle la bienvenida a la mansión, preguntando cuándo podría estar lista para mudarse. Su entusiasmo era irresistible, y Ellen se encontró bastante emocionada por lo que el futuro ahora podría depararle.

Sin embargo, a medida que se acercaban a la mansión, Ellen se encontró aferrándose con más fuerza a la mano de Demelza.

—Solo recuerda, perteneces aquí —dijo Demelza en voz baja mientras caminaban hacia las grandes puertas—. Fuiste nombrada en honor a Lady Eleanor, tu bisabuela, que nació bajo este mismo techo. Tienes todo el derecho de estar aquí.

Tomando una profunda respiración, Ellen apretó una vez más antes de soltar la mano de su amiga. No quería que la vieran aferrándose como una niña a su niñera.

La puerta se abrió casi inmediatamente después del golpe de John, revelando a un mayordomo de aspecto formal y severo. Ellen, por supuesto, sabía quién era; la familia Allsopp había estado en

Haverford tanto tiempo como la familia noble a la que servían, y ella había visto a Allsopp en la iglesia en muchas ocasiones.

—Buenas tardes, señor Bledsloe, señora Bledsloe —entonó Allsopp, y luego, para sorpresa de Ellen, se inclinó ante ella—. Un gran placer tenerla por fin aquí, señorita Bentley.

¿Allsopp estaba *sonriendo*? Atónita, Ellen murmuró algo ininteligible en respuesta. Ni siquiera había pensado que el mayordomo de rostro impasible supiera *cómo* sonreír.

—La familia está reunida en la sala oriental —les informó Allsopp—. Por favor, permítanme escoltarlos hasta allí.

Otra sorpresa; Ellen habría pensado que esa tarea podría delegarse a un lacayo, pero aparentemente ellos —*ella*— eran considerados invitados lo suficientemente importantes como para merecer la atención personal de Allsopp.

Thomas prácticamente saltó de su asiento cuando el grupo entró en la sala, esbozando una sonrisa radiante.

—¡Aquí están!

—Havers —Bledsloe le estrechó la mano en señal de saludo, e hizo una reverencia formal a la condesa y a Lady Louisa, que se estaban poniendo de pie—. Lady Havers, Lady Louisa.

—Señor Bledsloe —Clarice asintió con aire majestuoso—. No recuerdo que su esposa me haya sido presentada alguna vez.

Demelza no estaba en absoluto intimidada.

—Nos hemos visto muchas veces en la iglesia, su señoría —dijo con cierta sequedad, haciendo una reverencia apenas lo suficientemente baja como para mostrar respeto a una aristócrata.

La sonrisa de Clarice parecía pintada, pero no dijo nada más mientras John presentaba a Demelza a ella y a Louisa. Al menos Louisa parecía más amistosa, diciendo:

—Un placer conocerla, señora Bledsloe.

—Lo mismo digo, Lady Louisa.

Ellen se mantuvo atrás, mordiéndose el labio, pero Thomas no lo permitió. Tomando su mano, la colocó en su brazo y la llevó hacia adelante.

—Sé que querrás unirte a mí para dar la bienvenida a Ellen a nuestro hogar, tía.

—Por supuesto —Clarice inclinó la cabeza con gracia—. Aunque, querido Thomas, realmente debes recordar llamarla señorita Bentley cuando estemos en compañía. En serio, ¿son todos los americanos tan informales?

—La mayoría de ellos son considerablemente menos formales que yo, tía Clarice —respondió Thomas con una risita—. Considera las ventajas, sin embargo; cualquier error en el trato que yo

pueda cometer no se reflejará mal en ti. De hecho, ¡puedes compadecerte con la parte ofendida mientras les informas que soy simplemente un americano ignorante!

Había un tono mordaz en sus palabras; Clarice, lejos de aceptar la reprimenda, simplemente resopló.

—Eres un conde. El número de aquellos que podrían sentirse ofendidos con razón por cualquier informalidad en tu trato es escaso. Simplemente estaba pensando en la reputación de la señorita Bentley. Se debe evitar el exceso de familiaridad en el trato por su bien, para que no se hagan suposiciones.

Louisa soltó una risita tras su mano, y Thomas, que estaba a punto de preguntar qué tipo de *suposiciones* podría querer decir Clarice, cerró la boca. La reputación de una joven dama era de suma importancia, y en Inglaterra las reglas de etiqueta eran aún más estrictas que en América, eso ya lo había comprendido.

—Sí, tía Clarice —dijo finalmente con arrepentimiento.

Ellen no había dicho una palabra desde que entró en la habitación. Aprovechó el silencio que cayó ahora para hacer una reverencia y decir en voz baja:

—Es un honor conocerla, su señoría.

Clarice inclinó la cabeza majestuosamente, antes de ladear la cabeza y considerar a Ellen pensativamente.

—Tienes un poco del color de los Havers, aunque no los ojos. Y la nariz de los Havers.

La mano de Ellen se elevó instintivamente para tocar el rasgo mencionado, antes de bajarla de nuevo.

—Eso me han dicho.

—Solo he visto un retrato de tu bisabuela Lady Eleanor cuando era niña —intervino Thomas—, pero tal vez haya una imagen de ella en su edad adulta, ¿en algún lugar de la colección?

—Estás en lo cierto, primo —dijo Louisa, sonriendo dulcemente a Ellen—. Está en la sala de música en la planta baja. Prima Ellen, debo decir que te pareces mucho a ella. Excepto por los ojos, por supuesto.

Ellen le devolvió la sonrisa, aliviada de que la otra chica pareciera dispuesta a ser amistosa.

—Me encantaría verlo, si te apetece mostrármelo, Lady Louisa.

—Ahora no, querida, vamos a tomar el té. Siéntate aquí a mi lado, por favor —dijo Clarice, con un tono que dejaba claro que estaba dando una orden. Thomas frunció el ceño a su tía, pero Ellen no puso objeciones, simplemente tomó el asiento indicado con una sonrisa en su rostro y toda indicación de sentirse honrada por la atención de Clarice.

—¿Cómo está disfrutando de Gloucestershire, milord? —preguntó entonces Demelza—. ¿Es usted consciente, quizás, de que los Cotswolds son considerados una de las mayores bellezas de Inglaterra? ¿Hay algo comparable en América?

Thomas sonrió, volviéndose hacia ella.

—La zona es ciertamente muy hermosa, y bastante diferente a lo que estoy acostumbrado. América es vasta y muy diversa en paisajes, aunque lamento decir que no he viajado tanto por el país como me gustaría. Una vez fui con mi abuelo a ver la gran cascada del Niágara, que fue sin duda el espectáculo más impresionante que he visto jamás.

—Vi un dibujo de las cataratas una vez —dijo Ellen, un poco sorprendentemente—. ¿No es donde el hermano de Bonaparte pasó su luna de miel con su primera esposa?

Todos en la habitación la miraron fijamente. Las mejillas de Ellen se sonrojaron.

—A veces papá solía mostrarme los periódicos y discutir cosas conmigo —murmuró.

—Las damas de *calidad* no leen los *periódicos*, querida —dijo Clarice con aire condescendiente. Thomas vio los ojos de Ellen brillar con rebeldía por un instante antes de bajarlos hacia sus manos, entrelazadas en su regazo. Inmediatamente se hizo una promesa silenciosa de asegurarse de que Ellen tuviera la oportunidad de leer los periódicos cuando quisiera, y de discutirlos con él también. Probablemente ella tenía una comprensión mucho mayor de los asuntos actuales en Inglaterra que él.

—¿Es cierto que montañas de hielo flotan en el océano? —Demelza cambió el tema con gracia.

—He oído que sí, pero no las vi en mi viaje a Inglaterra. Por supuesto, tuve la suerte de hacer la travesía en pleno verano; los cruces invernales son mucho más peligrosos, según tengo entendido —Thomas se volvió hacia ella con una sonrisa.

Después del té, durante el cual Thomas y Demelza llevaron la conversación con poca participación de los demás, John y Demelza se despidieron y Clarice llamó a una doncella para que mostrara a Ellen su habitación mientras Thomas acompañaba a John y Demelza a la salida.

—Susan será tu doncella personal, señorita Bentley —dijo Clarice, señalando a la chica que hizo una reverencia tan profunda que sus rodillas casi tocaron el suelo—. Ha sido bien entrenada como doncella de una dama. Confío en que la encontrarás satisfactoria.

—No esperaba tanta generosidad como para que se me asignara una doncella, mi señora —dijo Ellen—. De hecho, es completamente innecesario. Estoy bastante acostumbrada a arreglármelas por mí misma.

Louisa soltó una risita detrás de su mano; Clarice simplemente elevó un poco más la cabeza. —Eso sería totalmente inapropiado —fue todo lo que dijo, y la conversación llegó a su fin.



Capítulo Cinco

HAVERFORD HALL ERA UN LABERINTO, DESCUBRIÓ ELLEN MIENTRAS seguía a Susan por pasillos aparentemente interminables y subiendo y bajando varios tramos cortos de escaleras. Sabía que la mansión había sido construida en varias etapas, con la parte más antigua datando del siglo XIV y los propietarios posteriores añadiendo construcciones hasta alcanzar su tamaño actual. Desde el exterior, la casa parecía razonablemente uniforme; tres lados de un cuadrado, todos contruidos con la dorada piedra de Cotswold. Por dentro, era algo confuso, al menos una vez que uno dejaba las salas de recepción en la parte delantera de la casa.

—Creo que voy a necesitar un mapa, Susan —dijo en un intento de humor cuando finalmente llegaron a su nueva habitación. O *habitaciones*, como pronto descubrió cuando Susan abrió la puerta para mostrarle el interior; tenía una sala de estar privada, un vestidor y un dormitorio más allá, todos amueblados con mucho más lujo que cualquier habitación que hubiera ocupado en su vida. Miró alrededor con asombro, preguntándose cómo se acostumbraría alguna vez a tales comodidades.

—Pronto encontrará su camino, señorita Bentley —dijo Susan tímidamente—. Además, tengo una cama en su vestidor; puedo llevarla a donde quiera ir hasta que se oriente.

Agradecida por la consideración, Ellen asintió. Susan ya había desempacado sus pertenencias, podía ver; había colgado sus pocos vestidos en uno de los armarios. Parecían escasos y patéticos en el gran espacio, y eso era solo uno de los armarios.

Un golpe en la puerta de la sala de estar hizo que Ellen se girara; estaba a medio camino de abrirla ella misma cuando Susan pasó corriendo a su lado, con los ojos muy abiertos por el pánico.

—¡Oh no, señorita Bentley, debe dejarme atender eso!

Al parecer, no se suponía que debía hacer nada por sí misma. Ellen se encontró preguntándose qué se suponía exactamente que *debía* hacer mientras Susan abría la puerta para revelar a Thomas de pie afuera.

—¿Te gustan las habitaciones? —preguntó Thomas tan pronto como Susan le permitió entrar—. Creo que la tía Clarice te habría puesto en el ático con las criadas de la cocina si pudiera, pero Louisa sugirió esta suite de invitados. La llaman la Habitación Amarilla.

Ellen podía ver por qué; todos los muebles estaban tapizados en un suave tono de amarillo dorado, que hacía juego con los accesorios de la cama y las cortinas de la ventana. Afortunadamente, quien había seleccionado la decoración tenía buen ojo para la sutileza y no se había excedido con el color; las alfombras en el suelo eran de un azul oscuro, que resaltaba hermosamente el amarillo dorado.

—Son habitaciones muy bonitas, te lo agradezco —dijo honestamente—. Mucho más elegantes de lo que esperaba. No dudo que incluso las habitaciones de los sirvientes en el ático sean bastante cómodas.

—No tanto como me gustaría —dijo Thomas, de manera bastante inesperada—. Las inspeccioné esta mañana. No tendré a mi personal viviendo en condiciones precarias mientras yo me regodeo en el lujo; voy a ordenar varias camas y sillas nuevas, y tengo la intención de instruir al ama de llaves para que se asegure de que haya mantas adicionales disponibles para cualquiera que las pida, y que se proporcione suficiente madera y carbón para todas las chimeneas. He pasado frío, Nueva York es amarga en invierno, y no quisiera que nadie sufra eso si puedo evitarlo.

Susan le dirigió a Thomas una mirada casi de adoración. —Eso es muy bueno de su parte, mi señor —dijo tímidamente—. Compartía una de esas habitaciones con mi hermana Agnes hasta que su señoría dijo que debía mudarme aquí y atender a la señorita Bentley. Estaba muy preocupada por ella pasando frío este invierno.

—Nadie en Haverford Hall pasará frío este invierno, y eso es una promesa —dijo Thomas con firmeza—. Ni en la aldea de Haverford, si puedo evitarlo. Ellen, se me ocurre que como hija del vicario probablemente conoces a todos los residentes y sus necesidades mucho mejor que mi tía.

—Dudo que Lady Havers conozca a alguien con alguna *necesidad* —dijo Ellen sin pensar, antes de taparse la boca con la mano—. Te pido perdón. No debería haber dicho eso —murmuró a través de sus dedos, con las mejillas brillantes de rojo.

—¿Por qué no? Es casi seguramente cierto. La tía Clarice hace todo lo posible por asociarse solo con los escalones más altos de la sociedad; la conozco apenas una semana y eso es bastante obvio. Ni ella ni Lady Louisa han visitado nunca a los arrendatarios, caritativa o de otra manera,

según entiendo por el ama de llaves, y debo decir que no lo apruebo. No encaja con las historias que el abuelo solía contarme sobre las responsabilidades del condado; me dijo que solía acompañar regularmente a su madre y a su hermana en sus visitas.

—Me gustaría escuchar sobre eso —dijo Ellen ansiosamente. Miró a Susan, quien captó la indirecta.

—¿Puedo tocar para que les traigan algunos refrigerios, señorita Bentley, mi señor?

—Acabamos de tomar el té, gracias... ¿cómo te llamas?

—Susan, mi señor —le hizo una reverencia profundamente respetuosa.

—Tal vez podrías sentarte allí junto a la puerta, que dejaremos abierta, ¿para dar al Lord Havers y a mí presencia si alguien pasara por aquí? —sugirió Ellen. Al ver el ceño fruncido y confundido de Thomas, se dio cuenta de que no entendía por qué había hecho la petición—. No podemos hablar en privado en una habitación con la puerta cerrada —le aconsejó suavemente—. Aunque seamos primos y técnicamente yo sea tu pupila.

—Ya veo.

No estaba segura de que lo entendiera. Considerando lo que sospechaba de los motivos de Lady Louisa hacia él, no estaba muy segura de que su tía y su otra prima pudieran ser confiables para asegurarse de que entendiera todas las demás reglas de la sociedad educada inglesa tampoco.

—Te librarías de la censura, pero mi reputación podría dañarse irreparablemente —advirtió Ellen—. Nunca deberías permitirte estar a solas con ninguna mujer soltera, Thomas, no sea que te encuentres enfrentado a un padre furioso decidido a obligarte a casarte con ella. Yo no tengo uno de esos —su sonrisa era triste—, así que simplemente quedaría arruinada. Como parientes tenemos un poco más de libertad que la mayoría, pero debes tener en cuenta que hay muchas damas que buscarían atraparte en matrimonio. Eres rico, tienes título, eres joven y apuesto. Evita estar a solas en cualquier lugar.

—¿No sea que de repente se me una una joven dama, y nos encuentren juntos momentos después con un padre enfurecido? —Thomas comprendió a lo que se refería Ellen. Negando con la cabeza ante la idea de tal manipulación, sonrió de repente—. Tú y yo tendremos que protegernos mutuamente; tú puedes protegerme de las señoritas con intenciones matrimoniales y yo puedo protegerte de los jóvenes que sin duda se agolparán a tu alrededor.

Ellen parpadeó.

—¿Qué jóvenes?

—Cuando vayamos a Londres, por supuesto.

—¿Londres? —Lo miró con incredulidad—. ¿Qué quieres decir con cuando *nosotros* vayamos a Londres?

Thomas abrió y cerró la boca varias veces, finalmente adoptando una expresión bastante avergonzada.

—Con todo el alboroto de tu mudanza aquí, acabo de darme cuenta de que he olvidado informarte de los planes que mi tía ha estado haciendo —dijo—. La Pequeña Temporada está en marcha en este momento, y ella piensa que ahora sería un buen momento para que me sumerja en las profundas aguas de la sociedad londinense. La casa se trasladará a la residencia de los Havers en Belgravia dentro de diez días.

Ellen guardó silencio durante un rato, considerando la situación. Era evidente que sus opciones eran limitadas; supuso que si hacía suficiente alboroto, tal vez se le permitiría quedarse con John y Demelza mientras los demás iban a Londres, pero si era honesta, siempre había soñado con conocer la capital.

—Todavía estamos de luto —dijo al fin, sabiendo que era una excusa débil.

—Es cierto, pero ha pasado más de medio año. La tía Clarice y Louisa han dejado de lado sus negros y grises por violeta y lavanda; tú podrías hacer lo mismo —le dio una sonrisa alentadora—. Te verías encantadora de lavanda.

Ella se rio, pensando en el contenido de su guardarropa. Cada vestido que tenía era uno que había adaptado, ya fuera de uno de su madre o de uno propio. La mayoría eran negros, teñidos de sus colores originales cuando entró en luto. Los otros estaban cuidadosamente guardados esperando el día en que lo dejara. No había nada lavanda o violeta entre ellos. Tampoco podía pedir prestado nada de Louisa o Lady Havers, aunque se lo prestaran; era más alta que ellas por un palmo, y cualquiera de sus vestidos en ella mostraría demasiado tobillo.

—¿Qué es gracioso? —Thomas le dio una mirada inquisitiva.

—No tengo nada apropiado para ser vista en Londres, primo. Mis vestidos me marcan como la pariente pobre aquí; allí, se asumirá que soy una sirvienta adjunta a tu casa —le dio una mirada directa—. Sabes muy bien que no tengo un centavo, así que ¿cuál es tu plan?

—Ambos necesitaremos nuevos guardarropas —respondió Thomas, aparentemente despreocupado—. Las modas son ligeramente diferentes en Londres que en Nueva York, creo, y no deseo parecer el colonial inculto. La tía Clarice y Louisa ya están haciendo planes para encargarnos nuevos vestidos para ellas; todas las facturas me serán enviadas. No tengo duda de que la tía Clarice estará encantada de aconsejarte sobre lo que deberías encargar.

Ellen no se sentía tan segura de eso, pero una vez más, supuso que tenía pocas opciones. *Considéralo una aventura*, se dijo a sí misma. *¿Cuántas veces soñaste despierta con ir a Londres, con ver lugares de los que solo has leído en libros y periódicos?*

—Debo decir que estoy deseando ver Londres —dijo Thomas, haciéndose eco inconscientemente de sus pensamientos—. ¡He leído tanto sobre ello!

Armándose de valor con pensamientos sobre la aventura por venir, todos los nuevos lugares que vería, Ellen le sonrió con determinación.

—Yo también, Thomas. Dime, ¿qué deseas ver primero?



Capítulo Seis

ELLEN APENAS PODÍA CREER LA CANTIDAD DE EQUIPAJE que Lady Clarice parecía considerar necesario para trasladar a la familia a Londres durante unas semanas. Baúl tras baúl se empacaba y se cargaba en una verdadera procesión de carros de equipaje, a pesar de que tanto Clarice como Louisa no dejaban de hablar sobre los guardarropas completamente nuevos que planeaban encargar una vez que llegaran a la ciudad.

Thomas expresó en voz alta lo que Ellen estaba pensando cuando echó una mirada horrorizada a la montaña de baúles ya atados a uno de los carros.

—¿Qué planeas hacer con todas estas cosas, tía? Tienes suficiente ropa empacada aquí como para usar tres atuendos diferentes cada día en Londres; ¿debo suponer entonces que no planeas visitar a las modistas después de todo?

Clarice lo miró por encima de su larga nariz y resopló con desdén.

—No sabes nada sobre las modas de Londres, Thomas, ni de lo que se requiere para asegurar que nuestra familia permanezca en los primeros círculos de la sociedad.

—Es cierto —admitió Thomas con un suspiro—. Muy bien, tía Clarice. Haz como mejor te parezca.

—Así lo haré —giró la cabeza apartándola de él y gritó—: ¡Cuidado con esa sombrerera, hombre! ¡Mi sombrero favorito está dentro!

—Sí, milady —respondió el desdichado lacayo al que se dirigía.

—Ven —Ellen tocó el brazo de Thomas—. ¿Darás un paseo conmigo, primo?

—En efecto, creo que un paseo sería justo lo que necesitamos ahora —Thomas sacudió la cabeza—. Todo esto... Yo empaqué mi ropa y me mudé de *continente* con solo unos días de aviso, sin expectativa alguna de volver jamás a mi antiguo hogar. Todo lo que absolutamente no podía vivir sin ello cabía en solo dos baúles.

Ellen no dijo nada mientras caminaban por uno de los senderos curvos que atravesaban el famoso jardín de rosas de la mansión. Todas sus pertenencias, ya fueranpreciadas o no, no habían llenado el único baúl que había pedido prestado a Demelza para transportarlas a la mansión. Nunca podría imaginar poseer tantos hermosos vestidos como los que tenían Louisa y Clarice, y mucho menos desear más.

—¿Estás ilusionada con ir a Londres? —preguntó Thomas—. ¿Con tener nuevos vestidos y conocer gente nueva?

—No me interesan particularmente los vestidos nuevos —dijo Ellen—, aunque Lady Havers insiste en que debo tenerlos, y aceptaré su consejo en este asunto. Por nada del mundo avergonzaría a la familia, aunque en realidad sea una pariente pobre.

—*No eres una pariente pobre* —dijo Thomas con firmeza—. Eres una de los únicos miembros vivos de la familia Havers.

—La más pobre de ellos.

—Por ahora —sonrió misteriosamente y no dijo más, incluso cuando Ellen insistió. Se habían vuelto bastante amigos en los pocos días que ella había residido en la mansión. Resultó que a ambos les gustaba levantarse temprano por la mañana, y se encontraban regularmente en el comedor del desayuno. Thomas la había sorprendido el primer día al preguntarle si le gustaría ver la biblioteca; Ellen aceptó con entusiasmo y se deleitó cuando él, como quien no quiere la cosa, señaló una mesa en la gran sala y comentó que los periódicos siempre se dejaban allí una vez que él había terminado de leerlos.

—Allsopp tiene instrucciones de no deshacerse de ellos durante siete días —observó Thomas—, solo en caso de que se me ocurra algo que quisiera revisar, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Ellen maravillada, mirando alrededor de la biblioteca. Nunca había imaginado que pudieran existir tantos libros, y mucho menos que se guardaran todos en una sola habitación. Debía haber miles de volúmenes en los estantes de roble.

Siguiendo su mirada, Thomas dijo:

—Parece que el anterior conde era un lector empedernido. Gran parte de la colección se añadió durante su vida, según tengo entendido. Puedes tomar prestado cualquier libro que te llame la atención, Ellen.

Él no tenía idea de la magnitud del regalo que acababa de hacerle, Ellen lo sabía. No podía expresar adecuadamente su gratitud, pero lo intentó, tropezando con sus palabras hasta que Thomas tomó su mano entre las suyas y presionó ligeramente sus dedos sobre ella.

—Haverford Hall es tu hogar ahora, Ellen. Esta es tu biblioteca tanto como mía. No tienes que agradecerme.

Ella sabía que estaba equivocado en eso, pero él no escuchó sus exclamaciones, solo negó con la cabeza y dijo que la dejaría mirar a su gusto.

Desde entonces, todas las mañanas desayunaban juntos y Thomas se tomaba el tiempo para preguntarle qué estaba leyendo y discutirlo con ella. Era un hombre culto, Ellen había descubierto; al parecer, había asistido a la universidad americana de Harvard, que los estadounidenses consideraban tan buena como Oxford o Cambridge. Tampoco desdeñaba sus opiniones solo por su género, lo cual era una novedad para ella. Incluso su padre le había dicho ocasionalmente que no podía entender algo simplemente porque era mujer.

Ellen esperaba que pudieran continuar con su rutina matutina en Londres.

—¿La casa de Londres tiene biblioteca? —se le ocurrió preguntar mientras ella y Thomas daban la vuelta en su paseo para regresar a la mansión.

—Me sorprendería mucho si no la tuviera, aunque quizás no sea tan extensa como la de aquí en la mansión. Considera, sin embargo, ¡las oportunidades que ofrece Londres para comprar! No dudo que habrá muchas librerías; si encontramos que la biblioteca de la casa de la ciudad es inadecuada, tendremos muchas oportunidades de mejorarla.

Ellen sonrió ante su entusiasmo.

—Estarás demasiado ocupado, seguramente, uniéndote a clubes de caballeros y dando discursos en la Cámara de los Lores.

—¿Cómo podré contribuir sensatamente en la Cámara de los Lores si no leo las noticias y las comento contigo, Ellen? —Thomas se rio de ella—. Además, no estoy muy seguro de que los caballeros ingleses estén interesados en socializar con un americano inculto.

Estaba nervioso, se dio cuenta Ellen con incredulidad.

—Por supuesto que lo estarán —dijo con firmeza—, todos los terratenientes vecinos que han venido a conocerte han sido muy amables.

Haverford Hall había sido prácticamente invadida por todos aquellos que pudieron encontrar una buena excusa para presentarse, ansiosos por conocer y congraciarse con el nuevo conde. Thomas había insistido en presentar a Ellen a todos también, aunque muchos ya la conocían y miraban de reojo a Thomas al presentarla como su prima, al igual que a Lady Louisa. Sin embargo, ninguno quería ofender a Thomas, así que todos fueron corteses, al menos en público, aunque ella había visto algunas muecas de desprecio dirigidas hacia ella cuando Thomas no prestaba atención.

—Los carros de equipaje están listos para partir, mi lord, con su aprobación —Allsopp los recibió a su regreso al Hall.

—Por supuesto, si todo lo que mi tía quiere ha sido empacado —Thomas asintió en señal de aprobación. Los carros serían enviados por adelantado para que todo estuviera ya en Londres cuando ellos llegaran; la familia no partiría hasta la mañana siguiente y planeaba pasar dos días viajando. Lady Clarice ya había arreglado que pasaran las noches con familias nobles que residían a lo largo de su ruta. No habría posadas al borde del camino para la familia Havers; cuando Thomas había preguntado qué posadas deberían contactar para reservar habitaciones durante el viaje, pensó que Clarice podría desmayarse de horror.

—¡Una posada! —había chillado—. ¡Con la gente común... y los bichos... y quién sabe qué comida espantosa nos servirían! ¡Sobre mi cadáver dejaría que mi Louisa pusiera un pie en un lugar así!

Ellen no estaba particularmente entusiasmada con la idea de pasar dos días en un carruaje en compañía de Lady Clarice y Lady Louisa. Thomas ya había anunciado su intención de montar su semental durante la mayor parte del viaje, al menos mientras el tiempo se mantuviera clemente, y ella le envidiaba esa opción. Mirando al cielo mientras entraban al Hall, Ellen elevó una silenciosa plegaria por lluvia. La presencia de Thomas en el carruaje haría el viaje mucho más llevadero. Clarice y Louisa no la criticaban directamente, pero siempre sentía como si la estuvieran juzgando y encontrando deficiente cuando sus fríos ojos azules se posaban sobre ella. Por otro lado, la idea de sentarse en el carruaje viendo a Thomas y Louisa mirándose con ojos de cordero tampoco resultaba muy atractiva.

Esa tarde bajó al pueblo para visitar a John y Demelza, para despedirse antes de su viaje. Un lacayo y su doncella la escoltaron y esperaron para acompañarla de regreso; a pesar de las risueñas protestas de Ellen de que había estado caminando sola por todo Haverford desde que la dejaron sin andadores, en este asunto Thomas se había puesto del lado de Lady Clarice, quien levantaba las manos horrorizada ante la idea. Así que Ellen simplemente hizo todo lo posible por fingir que los dos sirvientes no estaban allí, caminando por delante y tarareando suavemente, disfrutando de la frescura del aire en el agradable día de septiembre.

—¡Ellen! —exclamó Demelza al verla con toda su calidez habitual, pero sus ojos agudos rápidamente notaron que algo molestaba a su joven amiga. Desviando a sus hijos con promesas de pastel en media hora si jugaban tranquilamente hasta entonces, llevó a Ellen al salón y cerró la puerta—. Querida niña, ¿qué sucede?

Ellen trató de protestar diciendo que todo estaba bien, pero se derrumbó bajo la presión de la genuina y gentil preocupación de Demelza, y terminó confesando todos sus miedos y preocupaciones sobre ir a Londres.

—... y simplemente sé que todos me mirarán y me verán como la pobre prima de campo que soy —Ellen finalmente se desahogó, y Demelza se levantó y la envolvió en un cálido y reconfortante abrazo.

—Te verán como la encantadora, cariñosa y hermosa joven que eres —la tranquilizó—. Serás un éxito en Londres, Ellen; no dudo que regresarás comprometida con un duque o alguien más terriblemente importante que te haya reconocido como un tesoro incomparable.

Ellen rio a través del nudo en su garganta.

—No creo que fuera una buena duquesa.

—Serías magnífica —dijo Demelza lealmente—. *Serás magnífica. ¿Prometes que me escribirás y me contarás todo al respecto?*

—Te escribiré tan a menudo que gastarás toda tu asignación en pagar el franqueo y me escribirás suplicándome que pare —Ellen tuvo que contener las lágrimas mientras Demelza la abrazaba con fuerza.

—Nunca —prometió Demelza—. John nunca me escatimaría tus cartas, querida. Escribirás tanto como desees, y yo te responderé, aunque nuestras aburridas vidas serán de poco interés.

—Oh, nunca digas eso —Ellen sonrió a través de sus ojos llorosos—. ¡Tu relato de las travesuras de los niños me mantendrá muy entretenida, estoy segura!

Un estruendo en la habitación contigua hizo que ambas se estremecieran.

—Hablando de eso —dijo Demelza con un suspiro—, sabía que era demasiado bueno para ser verdad.

—Vamos, están ansiosos por su pastel, y tú me has tranquilizado —Ellen sonrió valientemente, y su amiga le tomó la mano y se la apretó.

—Estarás bien, querida. Sé tú misma y pronto harás amigos.

Ellen solo podía esperar que Demelza tuviera razón.



Capítulo Siete

LA CASA HAVERS EN LONDRES ERA TAN OPULENTE COMO Haverford Hall, aunque afortunadamente no a tan gran escala. A Susan se le había permitido acompañarla, por lo que Ellen no se sentía completamente sola, y el personal de la Casa Havers resultó ser tan amable y acogedor como el de la mansión, al menos cuando no estaban bajo la mirada penetrante de Lady Clarice. Nadie se atrevía siquiera a esbozar una sonrisa si ella estaba mirando.

Era evidente que Clarice y Louisa, si se les permitiera, habrían ignorado a Ellen y la habrían dejado en su habitación cuando salían, pero Thomas dejó muy claras sus expectativas. Ellen debía recibir un nuevo guardarropa a la moda y acompañar a Clarice y Louisa a cualquier evento al que fueran invitadas.

—No podemos aceptar ninguna invitación durante al menos una semana, en ese caso —había resoplado Clarice con disgusto—, porque Ellen no tiene ni una sola cosa decente para ponerse, y no permitiré que avergüence a la familia. ¡A la modista le llevará al menos una semana preparar uno o dos conjuntos nuevos!

—¿Nadie tendrá algo ya confeccionado que pueda proporcionarse antes? —preguntó Thomas.

—¡¿Ya confeccionado?! ¡Te refieres a prendas rechazadas por otras damas por ser de calidad inferior o no estar a la última moda! —La voz de Clarice se elevó hasta convertirse en un chillido.

—Ah. Muy bien. En ese caso. —Thomas le lanzó a Ellen una mirada ligeramente acorralada, y ella sonrió detrás de su taza de té—. Por supuesto, nos remitimos a tu experiencia, tía Clarice.

—En efecto, debéis hacerlo. —Clarice resopló, sus plumas evidentemente alisándose—. Iremos a la modista a primera hora de mañana. Y no son solo vestidos nuevos, ¿sabes? Necesitamos zapatos y guantes y sombreros y... ¿quizás algunas joyas?

Thomas abrió la boca y volvió a cerrarla, y Ellen se preguntó qué habría estado a punto de decir. Frunció los labios y asintió.

—Me encargaré de las joyas. ¿Algo sencillo, Ellen?

—Sí, por favor —dijo ella agradecida—. Después de todo, aún estoy de medio luto.

—Lo cual es tan aburrido —intervino Louisa—. Aunque el lavanda me sienta bien, estoy completamente harta de él.

—Tres meses más, querida, y podrás tener todos los colores brillantes que desees. Quizás deberíamos pensar en hacer algunos pedidos ahora —dijo Clarice pensativa.

—¡Ciertamente no, las modas habrán cambiado en tres meses, madre! —exclamó Louisa con disgusto. Luego sus ojos se entrecerraron—. Aunque quizás podríamos comprar algunas telas de la mejor calidad y guardarlas para más adelante.

—Una excelente idea —aprobó Clarice—. ¡Así nadie más las tendrá!

Thomas volvió a encontrarse con los ojos de Ellen, y ella pudo ver que estaba conteniendo la risa. Ocultó su propia sonrisa detrás de su taza una vez más, aunque se desvaneció cuando pensó que al menos Thomas podía escapar del esnobismo de Clarice y Louisa cuando quisiera, mientras que ella estaba atrapada y a merced de sus caprichos.

—¿Qué ibas a decir? —le preguntó Ellen a Thomas en voz baja mientras salían del comedor—. Cuando la tía Clarice dijo que necesitaría joyas.

—Ah. —Él le lanzó una mirada de remordimiento—. Estuve a punto de decir algo que podría haber causado toda una erupción, y lo pensé mejor. Aunque es algo a lo que creo que tienes derecho... No creo que la tía Clarice lo viera de esa manera.

—Estás siendo misterioso, Thomas, ¡dímelo! —Le pellizcó el brazo suavemente, y él se rio.

—Iba a sugerir que abriera el joyero de los Havers para compartir algunas de las joyas contigo. Como Condesa, parece que mi tío le dio la custodia sin restricciones, y difícilmente puedo pedirle que me lo devuelva cuando no tengo una *nueva* Condesa a quien dárselo.

—Por supuesto. Lo entiendo perfectamente, y estoy segura de que todo lo que hay allí sería demasiado ostentoso para mí. Tengo un collar de perlas de mamá que me gusta mucho y que preferiría llevar de todos modos. —Levantó la barbilla con orgullo—. No necesito que me compres nada.

—Quizás no —dijo él, con tono suave—, pero me complace hacerlo, Ellen, y como he dicho antes, creo que no es menos de lo que te debe el condado. Lleva las perlas de tu madre... y te compraré unos pendientes y una o dos pulseras y quizás un broche para que hagan juego.

Si hubiera sido cualquier otra persona, su orgullo nunca le habría permitido aceptar, pero este era Thomas, y ya era, con mucho, el mejor amigo que jamás había tenido. Era amable, considerado y gentil, atento a los sentimientos de todos, ya fueran miembros de su familia o el sirviente más humilde de Haverford Hall.

Ellen no creía que ni siquiera sus padres, por muy cariñosos que fueran, hubieran escuchado con tanta atención cada vez que ella hablaba. Thomas escuchaba como si no hubiera nadie más en el mundo con quien prefiriera estar hablando. Como si sus opiniones importaran, como si *ella* importara. Habían tenido largas conversaciones sobre Haverford y sus residentes; él afirmaba que ella era, con diferencia, la mejor fuente de información que podía tener, y ella admitía que eso podría no estar muy lejos de la verdad. Louisa y Clarice apenas se habían dignado a reconocer a nadie del pueblo, mientras que Ellen había interactuado con todos ellos en la iglesia, y la mayoría había acudido a buscar consejo de uno u otro de sus padres en algún momento. Ellen los conocía, conocía sus necesidades y preocupaciones, sus vidas y problemas. Sabía quién estaba emparentado y quién estaba enemistado y quién era ambas cosas, y en la mayoría de los casos, también las historias detrás de sus disputas.

Aunque Thomas solo había estado en Haverford Hall durante unos días, ya había comenzado a poner planes en acción. Se estaba llamando a hombres para trabajar, para reemplazar techos de paja podridos y arreglar paredes desmoronadas en las casas de los arrendatarios que no habían visto mantenimiento en una generación.

John había pasado una o dos veces para discutir asuntos legales, y le mencionó en voz baja a Ellen que nadie en el pueblo podía decir una mala palabra sobre Thomas. Y le había dejado a John la autoridad para ocuparse de todos los asuntos menores que pudieran surgir mientras la familia estuviera en Londres, para que nadie tuviera que sufrir esperando que las cartas fueran enviadas de un lado a otro.

—Eres muy amable, Thomas —dijo ella suavemente—, y me encantaría tener unos pendientes.

—Y pulseras, y un broche. Tal vez una o dos horquillas —le sonrió sin arrepentimiento, y ella no pudo evitar reír.

—¡Considerando cuántos vestidos tía Clarice dice que debo tener, todos los cuales tú pagarás, supongo que una o dos horquillas no harán mucha diferencia en tu bolsillo!

—Mi bolsillo puede resistir cualquier gasto que puedas hacer. Te lo prometo.



Ellen estaba de pie sobre una caja mientras la modista le prendía tela alrededor para el quinto — ¿o era el sexto?— vestido de día que Clarice insistía que necesitaba. Y esto era después de haber encargado tres vestidos de baile, además de un traje de montar, tres vestidos para pasear y más prendas interiores de las que podría usar en un mes.

—La señorita se ve muy bien en este color —murmuró la modista—, aunque es una lástima que aún esté de medio luto. Tengo una hermosa muselina amarilla que le quedará preciosa cuando salga del luto.

—El amarillo es mi color favorito —dijo Louisa con petulancia—. No podemos llevarlo las dos. No me gusta el rosa. Tú puedes llevar rosa, Ellen.

Ellen parpadeó. Miró la fila de rollos de tela apartados a un lado, todos los cuales Louisa había reservado para sí misma, para cuando saliera del luto. Azules, verdes, naranja y sí, amarillo, pero no había razón por la que ambas deberían llevarlo al mismo tiempo, a menos que a Ellen se le permitiera llevar *solo* amarillo.

—Me gusta el rosa —dijo en voz baja.

No valía la pena discutir por ello. Le gustaba el rosa. Aún no estaba lista para llevarlo, y no estaba segura de que tres meses más fueran suficientes para que se sintiera lista para salir del luto, tampoco, pero estaba bastante segura de que Clarice no le iba a dar mucha opción en el asunto.

—Bueno, si realmente puede entregar los primeros vestidos el viernes, podremos aceptar una invitación que he recibido para el sábado por la noche —le decía Clarice a la modista, luciendo complacida.

—Por supuesto, mi señora. Si fueran solo los vestidos de la señorita Bentley, podría entregar uno mañana...

—No, no —dijo Clarice apresuradamente—. No tendré a la señorita Bentley con un vestido nuevo mientras Lady Louisa lleva una creación de la temporada pasada, eso no estaría bien en absoluto, debe entenderlo.

—Como usted diga, mi señora —la modista hizo una reverencia, pero Ellen vio el ligero gesto de desdén cuando inclinó la cabeza—. Mimada —murmuró la mujer mientras desaparecía detrás de una cortina hacia la parte trasera de la tienda, demasiado bajo para que Clarice o Louisa la oyeran.

Ellen no estaba en desacuerdo. Solo podía imaginar la rabieta que podría haber ocurrido si se hubiera entregado un vestido nuevo para Ellen mientras Louisa aún no tenía ninguno. Por cada

artículo que Clarice había insistido que Ellen necesitaría, Louisa había exigido dos para sí misma.

—¿Cuál es el evento al que estamos invitadas el sábado, tía Clarice? —preguntó Ellen una vez que finalmente estuvieron de vuelta en el carruaje, aunque aún no iban a casa, ya que primero debían visitar a la sombrerera.

—Solo una pequeña fiesta con amigos —dijo Clarice con un pequeño resoplido, clavando en Ellen una mirada dura—. Necesito ver cómo te comportas en una pequeña reunión antes de que nos atrevamos a exponerte ante la *alta sociedad* en general, niña. Si necesitas lecciones de etiqueta y baile para no avergonzarnos, que así sea.

Había poco que Ellen pudiera decir a eso. Sabía bailar, o creía que sabía, habiendo asistido a varias asambleas y uno o dos bailes privados desde que cumplió dieciocho años, pero quedaba por ver si podría pasar la prueba entre la alta sociedad.

—Intentaré no avergonzarla, tía Clarice —dijo en voz baja—. Y por supuesto, si cree que necesito más instrucción, haré todo lo posible por aprender rápidamente.

—Eres mansa y obediente, al menos —dijo Clarice con otro resoplido—. Me atrevo a decir que podría encontrarte un marido que quiera una esposa tranquila. Un viudo con algunos hijos que criar, quizás.

—Oh, sí —dijo Louisa con una risa desdeñosa—, yo no querría un hombre que ya tenga hijos. ¡Ellen puede quedarse con todos esos pretendientes que le plazcan!

—¿Y si te enamoraras de alguien que ya tiene hijos, prima Louisa? —preguntó Ellen con curiosidad—. ¿No cambiarías de opinión entonces?

Louisa la miró como si Ellen de repente hubiera empezado a hablar en griego. —¿Amor? —exclamó con desdén—. ¿Qué tiene que ver el *amor* con nada? ¡Qué tonterías dices! ¡Solo mantén la boca cerrada, Ellen, o todos pensarán que eres una simplona y ni siquiera los viudos se molestarán contigo!

Abatida, Ellen se calmó, sin atreverse a decir nada más. Se apoyó contra el lado del carruaje y observó el paisaje de Londres pasar, las palabras de Demelza resonando una vez más en su mente.

"Estarás bien, querida. Solo sé tú misma, y pronto harás amigos."

—Eso espero —susurró, muy suavemente—. Eso espero de verdad.



Capítulo Ocho

Dos semanas después

LAS PALABRAS DE DEMELZA VOLVIERON A LA MENTE de Ellen una vez más mientras miraba alrededor del abarrotado salón de baile, y sonrió con ironía. Su amiga nunca había estado en Londres, no tenía idea de las costumbres de la alta sociedad. La belleza, la riqueza y las conexiones eran la única moneda que el *Ton* reconocía, y Ellen no tenía nada de las dos primeras y poco de la última. La primera noche que vistió uno de sus nuevos vestidos, realmente se sintió como una princesa al entrar en el salón de baile justo un paso detrás de Louisa.

Sin embargo, al final de la noche, la venda se le había caído completamente de los ojos. Thomas era el único hombre que había pedido a Ellen bailar, mientras que Louisa estaba constantemente rodeada por una multitud de caballeros de tres en fondo clamando por su atención. Ninguno de ellos le había dedicado a Ellen más que una segunda mirada.

Esta noche marcaba el tercer baile al que asistía como parte de la familia Havers, y aún solo había bailado las danzas de compromiso con Thomas.

Mientras sorbía una copa de ponche que se había visto obligada a pedir a un lacayo que le procurara, a Ellen se le ocurrió que, de hecho, era una solterona confirmada. Relegada a los márgenes de la sala donde las matronas se sentaban en incómodas sillas y chismorreaban sobre la multitud reunida, bien podría haber sido invisible.

Con un suspiro silencioso, Ellen encontró un asiento para ella. Sus nuevas zapatillas de baile le pellizcaban los dedos de los pies y se alegró de sentarse y aliviar sus pies.

—Hola —dijo una voz amistosa, y ella miró a su izquierda, sus ojos se agrandaron al contemplar la belleza de la mujer sentada a su lado. Alrededor de la misma edad que la propia Ellen, supuso, la dama llevaba un vestido a la última moda, una gargantilla de diamantes imposiblemente grandes alrededor de su esbelto cuello, una masa de rizos rojos oscuros artísticamente arreglados sobre su cabeza.

—Eh, hola —tartamudeó Ellen, un poco asombrada por la belleza de la dama. ¿Por qué en el mundo alguien que se veía *así* estaba sentada sola al lado de la sala entablando conversación con completas desconocidas? Debería estar en la pista de baile, siendo adulada por una horda de pretendientes aún más grande que la de Louisa.

Un apuesto joven caballero se detuvo frente a ellas, haciendo una impecable reverencia a la dama. —¿Podría implorarle un baile, Lady Creighton?

La sonrisa de la dama desapareció al instante. —Gracias, no me apetece bailar —dijo, sin mirarle a los ojos.

—¿Puedo traerle algo? ¿Una copa de ponche?

—Se lo agradezco, no. —Deliberadamente, Lady Creighton levantó su abanico, lo abrió de golpe y volvió la cabeza hacia un lado, mirando a Ellen y ocultando su rostro del caballero. Él hizo una reverencia, con expresión melancólica, antes de retirarse.

—¿Lo conocía? —preguntó Ellen impulsivamente.

—Solo ligeramente —dijo Lady Creighton con un suspiro, bajando su abanico y comprobando que el caballero realmente las había dejado solas. Su pie golpeaba al ritmo de la música, observó Ellen.

—¿Pero no deseaba bailar con él? —La curiosidad despertada, Ellen se dio cuenta de que estaba siendo grosera, pero no pudo evitarlo.

—No se me permite bailar con nadie excepto mi marido —dijo Lady Creighton con otro suspiro —, ni conversar con ningún caballero cuando no estoy en su presencia.

Los ojos de Ellen se abrieron de asombro. —Ya... veo —dijo al fin, pensando que el marido de la dama debía ser muy celoso.

—Así que encuentro eventos como este terriblemente tediosos, ya que generalmente después del primer baile mi marido me abandona a mi suerte y se dirige a la sala de juegos.

Lady Creighton estaba sola, se dio cuenta Ellen. Le ofreció una sonrisa amistosa. —Pero no se opone a que converse con otras damas, ¿verdad?

—Afortunadamente, no. Soy Marianne, por cierto.

—Ellen Bentley... ¿Lady Creighton?

—Condesa de Creighton, para mi desgracia. —La sonrisa de Marianne era cansada—. Es un placer conocerla, señorita Bentley. ¿No baila esta noche?

—Sí bailé —dijo Ellen un poco a la defensiva—. El segundo baile, con mi primo, el Conde de Havers.

—Qué agradable.

—...Y desde entonces, nadie me ha pedido bailar —confesó Ellen—. Me temo que soy una solterona.

—Lo cual es bastante ridículo, porque eres muy bonita y prima de un Conde.

—La pariente pobre, me temo —Ellen sonrió agradeciendo el cumplido, pero no pudo ocultar del todo su dolor. Thomas había prometido, después de todo, que sería tratada igual que el resto de la familia Havers. Sin embargo, difícilmente podía culparlo por la forma en que otras personas la trataban, y ¿cómo iba él a saberlo? Era de América, y no estaba más familiarizado con la sociedad londinense y sus reglas no escritas que ella.

Marianne inclinó la cabeza con curiosidad. —¿Qué diferencia hace eso?

—Lo siento, pero no entiendo a qué se refiere.

—Permítame compartir una historia con usted —dijo Marianne—. Érase una vez un caballero con el desafortunado hábito de perder en las mesas de juego. Sin conexiones particulares propias, tenía acceso a los círculos más altos de la sociedad a través de la familia de su esposa.

Hechizada y preguntándose quién era el caballero de la historia, Ellen escuchó en silencio.

—Un día, el caballero se sentó a una partida de cartas en su club que resultó particularmente desafortunada. Al final, había perdido todas las posesiones que jamás había tenido y sus oponentes tenían notas de deuda que nunca podría esperar saldar. Era un indigente. Desesperado, se acercó a la única conexión que tenía que podría ofrecerle ayuda en su momento de necesidad; el primo de su difunta esposa, el Conde de Creighton. —El hermoso rostro de Marianne estaba inexpresivo mientras continuaba—. El caballero solo tenía una cosa que ofrecer al Conde; su hija de dieciocho años, considerada una chica muy bonita por todos los que la veían. De hecho, su primera temporada en Londres estaba resultando un éxito arrollador. La señorita Abingdon era cortejada por varios caballeros elegibles, todos los cuales estaban dispuestos a pasar por alto su falta de dote y los bien conocidos hábitos de su padre. Sus pretensiones quedaron en nada, sin embargo, cuando el señor Abingdon aceptó la oferta del Conde de Creighton por ella.

La expresión de Marianne era distante cuando terminó su pequeña historia. Ellen no sabía muy bien qué decir. Era evidente que la señorita Abingdon era la propia Marianne.

—Ya ves —dijo Marianne después de unos momentos de silencio—, la riqueza y las conexiones no son necesarias para atrapar a un marido, incluso entre los más acaudalados y con los títulos más altos del país. Hay muchos caballeros con sus propias fortunas, a cargo de sus propios destinos, y no puedo comprender por qué algunos de ellos no te miran y ven a una hermosa joven que haría una excelente esposa para algún afortunado caballero.

Dicho así, Ellen supuso que era un poco extraño que nadie se le acercara en absoluto. Había muchas chicas más sencillas que ella, sin mayor riqueza y en muchos casos de menor familia, que aparecían regularmente en la pista de baile del brazo de jóvenes elegibles.

—Incluso la señorita Brightling baila más que tú, y está aquejada de ojos bizcos, dientes salidos y un apetito insaciable por los dulces que le ha dado un perímetro similar al de un caballo —dijo Marianne, con precisión aunque un poco cruel—. ¿Por qué Lady Havers no te presenta a algunos de los jóvenes que revolotean alrededor de su hija? No habría suficientes bailes para que Lady Louisa les concediera uno a cada uno aunque este baile durara hasta mañana por la noche.

—Supongo que... tal vez Lady Havers no quiere que distraiga la atención de Louisa —dijo Ellen con incertidumbre. Aunque no estaba segura de por qué Louisa aparentemente necesitaba pretendientes; su juego con Thomas había sido tanto obvio como aparentemente exitoso. Thomas estaba de pie, mirando con celos al grupo de Louisa incluso ahora. Pobre Thomas; cada vez que Louisa sonreía a uno de sus pretendientes, él parecía muy angustiado. Ellen deseaba poder decir o hacer algo para consolarlo.

—El conde necesita dejar de languidecer por Lady Louisa y empezar a hacer amistades de su propio círculo social —dijo Marianne—. Me temo que no puedo hablar con él para hacer presentaciones, pero hay algunas damas a las que podría presentarte a ti, si estás dispuesta. Tienen parientes cercanos a la edad de tu primo que son jóvenes respetables.

El tono ligeramente melancólico en la voz de Marianne hizo que Ellen se preguntara si los jóvenes en cuestión habían estado entre sus pretendientes antes de que la casaran con Creighton. Agradecida por su condescendencia, sin embargo, Ellen dijo honestamente que estaría encantada de hacer nuevos conocidos.

—Excelente. Ven conmigo. —Levantándose con gracia, Marianne llevó a Ellen a lo largo de la pared hasta donde se reunía un grupo de matronas mayores de la sociedad—. Lady Jersey, Lady Sale, señora Peabody. ¿Puedo presentarles a la señorita Ellen Bentley? Es prima del nuevo conde de Havers.

—¿Una americana? —dijo Lady Sale bruscamente. Tenía una nariz larga y estrecha, y una forma de mirar por encima de ella que hacía sentir a Ellen muy pequeña.

—No, mi lady, nací y me crié en Haverford —Ellen hizo una reverencia—. Soy una prima bastante lejana —dijo con devastadora honestidad—, mi bisabuela era hermana del abuelo del conde.

—Bastante cercana —dijo Lady Jersey con una risa cordial—. ¡Mi bisabuela fue amante de uno de nuestros antiguos monarcas, y mi familia nunca ha logrado superar el escándalo!

—¡Sally! —Lady Sale sacudió la cabeza, pero una sonrisa curvó sus delgados labios hacia arriba mientras la señora Peabody dejaba escapar una risita aguda y juvenil.

Un poco conmovida, Ellen se sonrojó, vio que Marianne también se sonrojaba. Lady Jersey la examinaba ahora con ojo crítico.

—Estás aquí con Clarice, supongo.

—Lady Havers, sí, mi lady —Ellen asintió.

—Nunca me cayó bien. ¿Por qué no te está presentando, eh? ¿Preocupada de que seas competencia para su hija, Laura, verdad?

—Lady Louisa —corrigió la señora Peabody.

Lady Jersey agitó una mano regordeta y enojada descuidadamente en dirección a la otra mujer.

—Sí, sí, Lady Louisa, todas conocemos el tipo. Diamante de primera agua y todo eso. ¿Por qué no encontró marido en sus primeras dos temporadas, eh?

—Esperando un pez más gordo —dijo Lady Sale con conocimiento.

Las otras damas murmuraron en acuerdo antes de volver a mirar a Ellen, ojos perspicaces evaluando su vestido y porte, la forma en que llevaba peinado el cabello. La tranquila belleza de sus facciones.

—Hiciste bien en traerla a nosotras, Lady Creighton —Lady Jersey asintió a Marianne.

—Eso esperaba. Mi situación significa que no puedo ser de mucha utilidad, pero ustedes, señoras... bueno, fueron muy amables conmigo en mi debut.

—Le rompiste el corazón al pobre Tristan cuando te casaste con Creighton, querida —dijo Lady Sale—, pero nunca te culpé. Nosotras sabemos qué tipo de hombre era tu padre.

Mirando más allá de ellas, Marianne palideció de repente.

—Disculpen —dijo apresuradamente, y se alejó rápidamente para unirse a un caballero que acababa de entrar en el salón de baile.

—Pobre chica —dijeron Lady Sale y la señora Peabody casi al unísono mientras Lady Jersey no fue ni de lejos tan comedida.

—¡Desperdiciada! —espetó.

—¿Es ese Lord Creighton? —preguntó Ellen tímidamente, un poco horrorizada. El conde, si es que era él, debía tener al menos setenta años si no más, casi completamente calvo, su rostro profundamente arrugado. Era un hombre grande, sin embargo, alto y todavía de constitución poderosa a pesar de su edad, y cuando Marianne se apresuró a su lado, él extendió una gran mano y la agarró firmemente por la muñeca, casi arrastrándola fuera de la sala.

—Desafortunadamente, sí —dijo Lady Jersey—, y si Clarice se sale con la suya, probablemente acabarás casada con alguien igual de horrible. Veamos cómo frustrar sus planes, queridas. Lamentablemente, Almack's está cerrado hasta la temporada propiamente dicha o te proporcionaría vales, pero la ciudad no está del todo desprovista de prospectos adecuados en esta época del año. —Le dedicó a Ellen una cálida sonrisa, recorriéndola de pies a cabeza con ojos agudos—. Al menos Clarice se ha encargado de vestirme adecuadamente, aunque el lavanda no es exactamente tu color. ¿Por qué sigues de luto, si el anterior conde era un primo tan lejano?

—Mis padres fallecieron el diciembre pasado —dijo Ellen, teniendo que tragar una vez más el doloroso nudo en su garganta. No creía que alguna vez dejara de extrañarlos.

—¡Oh, pobrecita! —dijo la señora Peabody con simpatía—. Debo presentarte a mi ahijado. Ahora, ¿dónde está ese muchacho...?

—Edmund es demasiado joven para buscar esposa, Agatha —dijo Lady Jersey con firmeza—. Buen chico, pero aún está en Oxford —informó a Ellen—. Necesitas un hombre ya establecido; supongo que no tienes el corazón puesto en un título o una de las grandes fortunas de Inglaterra, ¿verdad?

—Solo un hogar sencillo propio y un hombre de corazón bondadoso —dijo Ellen—. Crecí en la rectoría de Haverford, mi lady; mis expectativas son humildes.

—¡Humilde, ciertamente! —Lady Sale le dirigió una mirada de aprobación y las otras dos asintieron—. Bueno, quizás podamos hacer algo un poco mejor que eso. ¿Tendría usted alguna objeción a un militar? El segundo hijo de los Ware está en la Marina y recientemente ha sido ascendido a capitán con su propio barco... —sin esperar la respuesta de Ellen, hizo un gesto a un joven robusto en uniforme y pronto lo reclutó para bailar el siguiente set con ella.

Aunque el señor Ware era bastante agradable, no parecía particularmente interesado en mantener más que una conversación cortés. Ellen, sin embargo, estaba contenta de poder bailar en absoluto y agradecida a las damas por su condescendencia. Al concluir el set, el señor Ware la devolvió a sus nuevas benefactoras, donde Ellen se sorprendió al encontrar que ya tenían otro compañero esperándola. Lord Bellmere fue debidamente presentado, preguntó cortésmente si estaba comprometida para el baile, y al oír que no lo estaba, la escoltó a la línea de parejas.

Empezando a disfrutar a pesar de que los nuevos zapatos de baile aún le apretaban los dedos, Ellen sonrió a Lord Bellmere cuando este le preguntó cómo estaba disfrutando de Londres.

—¡Oh, bastante, mi lord! Aunque todavía no he tenido la oportunidad de ir al Museo Británico; espero que mi primo pueda organizar pronto una visita para nosotros. Estoy muy ansiosa por ver los famosos mármoles que Lord Elgin trajo de Atenas.

Lord Bellmere, un caballero de voz suave en sus primeros cuarenta años que no se había opuesto particularmente cuando su prima Lady Sale llamó su atención e insistió en que bailara con una don nadie del campo, se encontró intrigado. En su experiencia, los Mármoles de Elgin y el Museo Británico no eran generalmente las atracciones que las jóvenes damas encontraban de particular interés en su primera visita a Londres.

—Tengo un amigo que está en la junta del Museo —ofreció—. Aunque el horario de apertura al público es un triste ajetreo, es posible obtener entradas para visitas más exclusivas. Podría ver si mi amigo pudiera ayudar...

La sonrisa de Ellen fue bastante radiante cuando el baile los volvió a juntar para tomarse de las manos e inclinarse. —¡Vaya, Lord Bellmere, es una oferta muy generosa! ¡Muchas gracias!

La señorita Bentley era muy bonita cuando sonreía así, pensó Lord Bellmere, decidiendo que haría una visita a su amigo al día siguiente. Y que le debía un agradecimiento a su prima Lady Sale por llamar su atención sobre la señorita Bentley. Sin dote que valga la pena, había dicho Lady Sale, pero él estaba más que cómodamente acomodado y no necesitaba una esposa adinerada. Una bonita con cerebro entre las orejas, alguien que no lo aburriría hasta las lágrimas en la conversación, le vendría muy bien.

—¿Podría visitarla, señorita Bentley? —preguntó.

Un bonito color sonrojó las mejillas de Ellen cuando el baile terminó y se inclinaron el uno al otro. —Eso sería muy agradable, Lord Bellmere.



Capítulo Nueve

BAILANDO CON LA BELLA ESPOSA DE OTRO JOVEN conde a quien recientemente le habían presentado, Thomas se sorprendió al ver a Ellen unirse al grupo con un caballero que no conocía. Ellen parecía feliz, sonriendo y conversando animadamente con su pareja, y el caballero parecía igualmente encantado con ella.

—Disculpe, Lady Hallam —dijo Thomas—, pero ¿ve a la pareja tres puestos más allá de nosotros en el grupo, la hermosa dama de cabello oscuro con el vestido lavanda y el fajín verde...?

—Los veo, pero no la conozco, si está buscando una presentación —dijo Lady Hallam con una risa alegre.

—Esa es mi prima, la señorita Bentley, señora. Solo me preguntaba si conocía a su pareja.

—¡Ah! En efecto, lo conozco, ese es Lord Bellmere. Uno de los nietos del Duque de Northumberland; hay toda una colección de ellos, y aunque está lejos de la corona ducal, tiene una baronía por parte de su madre y una muy agradable propiedad cerca de Warwick, creo. — Echó otra mirada a la pareja mientras el baile los llevaba a dar la vuelta para quedar frente a Ellen y su pareja—. Su prima parece haber captado su interés. Le aseguro que es un caballero muy respetable. No hay escándalos ni ovejas negras en esa familia.

La noticia debería haber complacido a Thomas, pero se encontró frunciendo el ceño al ver a Ellen sonreír ampliamente a su pareja de nuevo. ¿Qué estaba diciendo el hombre para hacerla verse tan complacida? No había pensado que Ellen fuera del tipo que cae en halagos vacíos. Al final del baile, rápidamente devolvió a una divertida Lady Hallam con su marido y se dirigió en busca de Ellen, encontrándola justo cuando comenzaba el siguiente baile.

—El... señorita Bentley —dijo.

—Primo —ella le ofreció una graciosa reverencia y una sonrisa—. Le ruego me disculpe; el Mayor Trevithick acaba de comprometerme para este baile.

El caballero muy alto y muy delgado de cabello pelirrojo, en cuyo brazo descansaba delicadamente la mano enguantada de Ellen, le hizo una educada reverencia. Thomas no pudo hacer más que sonreír y asentir, aunque se encontró frunciendo el ceño mientras Ellen y su pareja se unían al grupo que se estaba formando.

—Así que usted es Havers —dijo una voz detrás de él, y se giró para encontrarse como el foco de varios pares de ojos perspicaces.

—A su servicio —hizo una reverencia, inseguro del protocolo. No habían sido formalmente presentados, pero entonces una de las damas se había dirigido a él, y por sus joyas y vestidos, estas eran el tipo de damas de alto rango que podían burlarse de las convenciones a su antojo. Bellmere estaba de pie con ellas, notó, y el barón dio un paso adelante.

—Soy Bellmere, milord; acabo de tener el placer de bailar con su encantadora prima, la señorita Bentley.

—Sí —dijo Thomas, decidiendo bastante irracionalmente que no le gustaba la forma de las cejas del otro hombre. Reconociendo que estaba siendo un poco ridículo, se forzó a sonreír y ser educado mientras Bellmere presentaba a Lady Jersey, Lady Sale y la señora Peabody. Habiendo leído los periódicos diligentemente desde su llegada a Inglaterra, y no solo las páginas políticas sino también las de sociedad, reconoció los nombres como algunos de los líderes del *Ton*. Aparentemente habían tomado cariño a Ellen, porque tan pronto como fueron presentados, comenzaron a decirle —no preguntarle, sino decirle— que tenían la intención de tomarla bajo su protección y ver que se casara bien.

—Ellen... ah, la señorita Bentley... es mi pupila, sí —respondió a una pregunta de Lady Sale—, pero está bajo el cuidado de mi tía la Condesa.

—Clarice tiene las manos llenas con Lady Louisa y su ejército de pretendientes —dijo Lady Jersey con un resoplido—, mientras que aquí estamos nosotras, tres viudas aburridas sin una sola chica entre nosotras para presentar en sociedad esta temporada. Lady Havers no ha tenido un minuto para presentar a la señorita Bentley a nadie, Havers... ¿le importa si lo llamo Havers?

—¿Importaría si me importara?

—En lo más mínimo, querido muchacho. —Ella le sonrió—. Puede que sea americano, pero claramente no es un tonto.

No había mucho que pudiera decir a eso, así que solo hizo una reverencia educada. Claramente Lady Jersey era una ley en sí misma.

—Gracias por sus atenciones hacia mi prima, milady. Asumiré que tiene sus mejores intereses en mente.

—No se preocupe por nada, Havers —Lady Jersey agitó una mano cargada de anillos incrustados de gemas—. La casaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Thomas descubrió que no podía sentirse tan entusiasmado con esa idea como Lady Jersey y sus amigas parecían estarlo. —Tendré que aprobar a cualquier pretendiente serio para su mano, por supuesto —dijo rígidamente—, y confío en que no la presentarán a ningún caballero que sea inapropiado.

Lady Jersey le dirigió una mirada penetrante, pero fue la señora Peabody quien preguntó:

—¿Y tiene algún criterio particular para la idoneidad, milord?

Lord Bellmere no se había alejado, notó Thomas, y estaba escuchando ávidamente la conversación.

—Nada de jugadores ni bebedores empedernidos —dijo Thomas, tratando de pensar en una buena razón para excluir a Bellmere aparte de sus detestables cejas. Su edad, eso tenía que contar en su contra—. Un caballero con su propia propiedad, pero no demasiado engreído; el padre de la señorita Bentley era un pastor y ella fue criada de manera bastante sencilla.

—Bah —dijo Lady Sale bruscamente—, mi padre también era un pastor, y me las arreglé perfectamente bien cuando me casé con Sale.

—El *Marqués* de Sale —murmuró la señora Peabody, para información de Thomas.

—Le pido disculpas, milady, no pretendía ofender. —Ofreció a la marquesa una profunda reverencia, y ella resopló, viéndose ligeramente aplacada.

Por el rabillo del ojo, Thomas vislumbró a Ellen y su alto compañero en el baile. El abrigo rojo del hombre, que chocaba con su cabello, le dio otra idea.

—Aunque tengo el mayor respeto por el valor de los valientes soldados de Inglaterra, no estoy seguro de que me agradaría ver a la señorita Bentley casada con un militar. Las necesidades del servicio militar los mantendrían separados, y la felicidad en un matrimonio es difícil de lograr en tales casos —cuidadosamente evitó mirar a Lord Bellmere mientras añadía una recomendación final—. Por último, preferiría que Ellen se casara con un hombre razonablemente cercano a su edad.

—Bien, tendremos en cuenta todas esas cosas, Havers —dijo Lady Jersey, con sus ojos penetrantes clavados en él—. En su mayoría, no son cosas irrazonables de desear para su prima. Noto que no mencionó la preferencia de ella. ¿Debemos tenerla en cuenta y negárselo si descubre una inclinación, por ejemplo, por los capitanes navales?

Thomas tuvo la incómoda sensación de que ella se estaba burlando de él, aunque no podía discernir exactamente cómo.

—La felicidad de la señorita Bentley es mi primera preocupación —dijo.

—Por supuesto.

Lady Jersey definitivamente se estaba riendo de él por lo bajo, y Lady Sale y la señora Peabody también parecían inexplicablemente divertidas. Bellmere lo miraba de una manera peculiar, casi como si lo estuviera evaluando.

Decidiendo que la retirada, en este caso, sería aconsejable, Thomas se excusó cortésmente y se dirigió de vuelta a través de la sala, vislumbrando a Ellen y su pareja de nuevo en el camino. Ellen estaba sonriendo otra vez, esa sonrisa feliz y brillante que solo había visto unas pocas veces, generalmente en la biblioteca de Haverford cuando discutía con él sobre un libro particularmente interesante.

¿Ellen realmente estaba disfrutando tanto del baile? Thomas no podía decir que él lo estuviera; hasta ahora, las personas que había conocido habían sido aburridas, aduladoras o ambas cosas, en su mayoría. Las tres damas mayores que acababa de conocer eran, con mucho, los encuentros más interesantes de la noche.

—Digo, Havers —una mano lo agarró de la manga y se detuvo, reconociendo al vizconde Danbury, un caballero de su edad aproximada que había conocido a principios de semana. Otros dos jóvenes estaban con Danbury, sonriéndole en señal de bienvenida.

—Danbury —reconoció Thomas. Tenía la clara sospecha de que el único interés del otro hombre en él era debido a su relación con Lady Louisa; Danbury había sido muy rápido en aprovechar su breve conocimiento para reclamar una presentación y un lugar en la tarjeta de baile de Louisa.

—Hemos cumplido con nuestro deber con los mayores y nos vamos a Boodle's; ¿le gustaría acompañarnos? Por cierto, mi hermano menor Alexander, y nuestro amigo el señor Penn.

Thomas llevaba el tiempo suficiente en Londres para saber que Boodle's era un club de caballeros, popular entre los más jóvenes mientras que los caballeros mayores preferían White's o Brooks, dependiendo en gran parte de sus inclinaciones políticas. Al menos no habían dicho Watier's, reflexionó; el infame club de jugadores no era un lugar que le interesara visitar.

—Por qué no —decidió. Cuando la alternativa era pasar la velada aquí viendo a Ellen bailar y sonreír con una serie aparentemente interminable de parejas presentadas por Lady Jersey y sus compinches, pasar una noche con algunos jóvenes amistosos de su propia edad sonaba realmente bastante interesante—. Disculpen unos momentos mientras le aviso a mi tía que me voy; puedo enviar mi carruaje de vuelta por ella más tarde.

—No hay necesidad de eso, tengo el mío —dijo Danbury alegremente—. Lo esperaremos en el vestíbulo.



—Sí, sí, vete —dijo Lady Havers cuando Thomas se le acercó para mencionarle que se iba con otros jóvenes caballeros—. Has cumplido con tu deber con Louisa. La llevaré a casa cuando se canse de bailar y te veremos mañana.

—Y Ellen.

—¿Disculpa? —Lady Havers parpadeó hacia él.

—Ellen. ¡La señorita Bentley, tía Clarice!

—Oh, sí, por supuesto... ¿dónde está? ¿Sentada con las otras flores de pared? —Lady Havers echó un vistazo hacia el lado de la sala—. No importa, haré que un sirviente la localice cuando estemos listas para partir.

—Está bailando; con un Mayor Trevithick en este momento, creo.

Eso captó la atención de Clarice; su cabeza giró bruscamente y lo miró fijamente.

—¿Quién la presentó con él? —preguntó, con un tono incrédulo—. ¡Es uno de los hijos del Conde de Exeter!

—Lady Jersey lo hizo, creo —dijo Thomas, encontrando un placer perverso en la forma en que Clarice lo miraba boquiabierta—. Aunque posiblemente pudo haber sido Lady Sale, no estoy seguro.

—¡Esas dos viejas entrometidas! —La expresión justa de Clarice se oscureció hasta un tono púrpura. Sin embargo, respiró hondo y forzó una sonrisa—. Bueno, supongo que Ellen se divertirá durante la velada, si han tomado un interés momentáneo en ella. Se cansarán de ella pronto y la dejarán de lado.

—En efecto. Confiaré en ti, tía Clarice, para determinar si aquellos a quienes la presentan son caballeros adecuados para que Ellen se asocie. Un Lord Bellmere ya ha preguntado si puede presentarse...

—¡Bellmere! —Los ojos de Clarice casi se salieron de sus órbitas ante eso—. ¡Es uno de los hombres más ricos de Inglaterra! ¡Intenté toda la temporada pasada encontrar a alguien que presentara a Louisa con él!

—Bueno —dijo Thomas—, ahora Ellen puede hacer la presentación por ti.

Por un momento pensó que Clarice podría abofetearlo, parecía tan enojada. Realmente no debería provocarla así, pero su falta de amabilidad hacia Ellen comenzaba a irritarlo. Haciéndole una educada reverencia, se excusó y partió para encontrar a Danbury y sus compinches.



Capítulo Diez

EL DESGARBADO MAYOR ESTABA ESCOLTANDO A ELLEN DE vuelta con las damas mayores cuando ella divisó a Thomas despidiéndose de sus anfitriones. Él la miró desde el otro lado de la sala y por un momento Ellen pensó que se iba a marchar sin reconocerla, pero finalmente asintió brevemente antes de darse la vuelta y salir del salón de baile.

—Muchas gracias por invitarme a bailar, Mayor Trevithick —dijo Ellen—. He disfrutado mucho nuestro baile.

—Yo también. —El mayor se sonrojó, un aspecto poco favorecedor con su cabello rojo, e inclinó la cabeza torpemente—. ¿Podría visitarla, señorita Bentley?

—Estoy segura de que sería aceptable —dijo Ellen, preguntándose qué extraña magia había esta noche, que *dos* caballeros de los más elegibles habían expresado el deseo de conocerla mejor—. Lady Havers recibe visitas los martes y viernes por la tarde.

—Lo esperaré con gran ilusión —dijo Trevithick—, y quizás la próxima vez que nos encontremos en el mismo baile, ¿sería tan amable de reservarme el baile de la cena?

Eso era un honor singular; las mejillas de Ellen se sonrojaron mientras hacía una reverencia y decía que estaría encantada. Las viudas, escuchando ávidamente, le sonrieron con aprobación y, una vez que el mayor se hubo excusado, la bombardearon con preguntas, exigiendo saber de qué habían hablado. Ellen apenas sabía cómo responder a sus preguntas; no pensaba que hubieran hablado de nada inusual. El mayor parecía bastante tímido, así que después de bailar unos momentos en silencio, ella le había preguntado si había leído algún libro interesante recientemente, esperando desesperadamente que fuera un caballero que disfrutara de la lectura.

—Dijo que recientemente había releído *Don Quijote* —les contó Ellen a las damas—, y le pregunté si lo había leído en traducción o en el español original, y qué traducción, porque yo he leído recientemente la versión del señor Motteux, y la prefiero a la del señor Shelton.

Hubo un breve y algo aturdido silencio, y luego Lady Jersey rió bastante fuerte.

—Lo harás bien, muchacha. Lo harás bien.

Ellen no tenía la más remota idea de qué era lo que Lady Jersey encontraba tan divertido. Sonrió un poco tímidamente, hizo una reverencia de nuevo y dijo:

—Quizás fue una conversación inapropiada para tener con un caballero, pero me temo que me entró un poco de pánico porque el mayor estaba tan callado.

—Bueno, algunos te llamarán despectivamente una intelectual por ello —dijo Lady Sale—, pero déjame asegurarte, señorita Bentley, que cualquier hombre que valga la pena preferirá a una joven que demuestre que tiene algo más que aire entre las orejas.

—Oh, ciertamente —coincidió Lady Jersey—. Un hombre que no valore tu inteligencia no es digno de tu tiempo, querida. No dejes que nadie te diga lo contrario. Detesto a las jóvenes que pretenden ser algo que no son para tratar de agradar a los caballeros, tontas criaturas. Llegar al altar bajo falsos pretextos no hará un matrimonio feliz.

—¿Quién va al altar? —dijo una nueva voz, y Ellen sintió que sus hombros se tensaban. Forzó una sonrisa en sus labios y se hizo a un lado con deferencia para permitir que Lady Havers se uniera al grupo.

—Nadie que yo conozca, por el momento —dijo Lady Jersey alegremente—. Ya es hora de que cases a tu chica, Clarice. No puedes hacer que ninguno de sus pretendientes dé la talla, ¿eh?

—Que sepas que Louisa recibió varias propuestas la temporada pasada —espetó Clarice.

—Oh, así que es *exigente* —dijo Lady Jersey en tono de iluminación.

La cara de Clarice se puso roja. Temiendo que se estuviera gestando un enfrentamiento a gran escala, y que le prohibieran asociarse con las viudas, Ellen dijo apresuradamente:

—Tía Clarice, acabo de ver a Thomas, quiero decir, a Lord Havers, saliendo del baile.

—Oh, no te preocupes por él, muchacha —Clarice sacudió la cabeza—. Se ha ido a sembrar su avena silvestre con algunos de sus jóvenes amigos, me imagino.

Ellen sabía perfectamente a qué se refería *avena silvestre* y sintió que un nudo de infelicidad se alojaba en su pecho. Aun así, se obligó a sonreír y asentir.

—¿Nos iremos pronto? —preguntó, dándose cuenta de que empezaba a sentirse muy cansada. Debía ser mucho después de medianoche, y no había logrado romper su hábito de levantarse temprano por las mañanas, aunque Clarice y Louisa nunca se dejaban ver hasta pasado el mediodía.

—En un rato —Clarice miró alrededor con ojo crítico—. La mayoría de los caballeros elegibles ya han tenido suficiente por esta noche y se están marchando. Creo que Louisa está

comprometida para este baile, y luego creo que nos iremos. Nuestra anfitriona ha permitido que sus sirvientes sirvan el vino con demasiada liberalidad y algunos de los invitados se están volviendo alborotadores. —Arrugó la nariz con disgusto aristocrático cuando una joven pasó corriendo, perseguida de cerca por un caballero mucho mayor.

Ellen también estaba impactada y decidió que no aceptaría más bailes esa noche, aunque la señora Peabody le sugirió al hijo de un amigo que pasaba por allí.

—Gracias, pero he bailado mucho más de lo que estoy acostumbrada esta noche —dijo con una sonrisa tímida—. Estaría muy honrada de conocer al amigo de usted en otra ocasión.

La señora Peabody le sonrió radiante, y Ellen pensó en privado que parecía ser una dama perpetuamente alegre. También era, con diferencia, la que vestía más opulentamente de las tres viudas, lo cual ya era decir mucho, ya que todas ellas estaban a la última moda. Ellen sabía poco de joyas, pero los múltiples collares largos de grandes perlas cremosas que adornaban el cuello de la señora Peabody y las pulseras de diamantes en sus muñecas parecían hablar de una riqueza extrema.

Louisa pasó bailando justo entonces del brazo de un joven bajo y regordete con varias papadas temblando sobre los puntos de su camisa, y Lady Jersey resopló sonoramente.

—No creo que tu chica le convenga a Ormiston, Clarice. ¡No le gusta lo suficiente la comida!

Las tres Viudas Intrépidas, como Ellen las bautizó mentalmente, se rieron alegremente del comentario de Lady Jersey, y Clarice se puso roja de nuevo. Ellen también contuvo la risa, sabiendo que lo pagaría más tarde si se permitía divertirse a expensas de Louisa.

—Buenas noches, señoras —dijo Clarice con frialdad—. Esperaremos el final del baile junto a las escaleras, Ellen. —Su mano se cerró alrededor de la muñeca de Ellen como un grillete y se marchó rápidamente, arrastrando a Ellen tras ella. Sin oportunidad de hacer otra cosa, Ellen tuvo que conformarse con inclinar la cabeza ante las viudas y agradecer rápidamente sus amabilidades. Ellas le sonrieron con benevolencia en respuesta, lo que la tranquilizó de que no se ofendieran por su rápida partida tras Clarice.

El viaje en carruaje de regreso a la casa de los Havers en la ciudad pareció interminable para una exhausta Ellen, obligada a sentarse y escuchar a Louisa parlotear emocionada sobre cuántos caballeros la habían invitado a bailar y cuán importantes eran sus títulos. Su último compañero había sido un duque, por quien Clarice estaba particularmente entusiasmada, a pesar de los comentarios de Lady Jersey.

Ambas damas Havers ignoraron la existencia de Ellen, a lo que ella ya se había acostumbrado por completo. Hacían todo lo posible por incluirla frente a Thomas, llegando Louisa incluso a

fingir que eran íntimas amigas, pero tan pronto como Thomas salía de la habitación, las máscaras de civismo desaparecían.

En realidad, a Ellen no le importaba. Había conocido a Clarice y Louisa toda su vida, sabía de su relación con ellas, y la habían tratado como si fuera nadie. Había sido necesaria una orden directa de Thomas para que siquiera reconocieran su existencia, pero estaba bastante segura de que estarían perfectamente felices si ella desapareciera de nuevo en la oscuridad lo antes posible.

Estaban a solo unos minutos de la casa de la ciudad cuando Clarice finalmente dirigió su atención a Ellen.

—Y tú, señorita, ¿qué tienes que decir en tu defensa?

Sobresaltada, Ellen apartó su atención del pensativo estudio de las calles tranquilas y oscuras que pasaban por la ventana del coche.

—¿Disculpe, tía Clarice?

—No estuvo nada bien que te impusieras a tus superiores, Ellen. ¿Por qué te diste a notar ante Lady Jersey y sus amigas?

—No lo hice, señora. Estaba sentada tranquilamente a un lado de la sala cuando una dama sentada en una silla cercana me habló. Fue ella quien hizo las presentaciones.

—¿Y quién era esa dama? —dijo Clarice bruscamente.

—La condesa de Creighton, señora.

Louisa jadeó ante eso, y los labios de Clarice se tensaron aún más.

—Ya veo —dijo fríamente.

—¿Hay alguna razón por la que no debería haber hablado con la condesa, señora? Parecía perfectamente respetable, y Lady Jersey y Lady Sale la saludaron calurosamente...

—Sí —dijo Clarice—, es bastante respetable. Supongo que no hay razón para que lo supieras, pero Creighton estaba hablando con mi difunto esposo sobre una posible alianza con Louisa hace algunos años, antes de que Louisa fuera presentada formalmente en sociedad, por supuesto, pero para una alianza como esa, se habría prescindido de una temporada. Se retiró bastante inesperadamente y lo siguiente que supimos fue que se anunció su compromiso con la señorita Abingdon, como se llamaba entonces.

—Bueno —dijo Ellen con franqueza—, creo que tuviste suerte de escapar, prima Louisa.

—¿Cómo es eso? —Louisa pareció bastante sorprendida.

—Lady Creighton no parece feliz en su matrimonio. Al parecer, el conde es muy celoso; no le permite bailar con otros hombres, ni siquiera hablar con ellos si él no está presente.

Louisa pareció conmovida por las revelaciones de Ellen, mirando a su madre como si pidiera confirmación. Clarice se encogió de hombros un poco quisquillosamente.

—¿Cómo iba yo a saber que se comportaría así? Quizás se comporte de esa manera con Lady Creighton por una buena razón.

Ambas chicas la miraron confundidas. Clarice frunció los labios antes de inclinarse hacia adelante y decir:

—Tal vez tenga buenas razones para estar celoso.

—Bueno, Lady Creighton es notablemente hermosa —dijo Ellen—. Sin duda siempre atraerá la atención.

Clarice suspiró con impaciencia.

—Tal vez ella lo alienta. Tal vez le gusta la atención. Tal vez incluso falta el respeto a sus votos matrimoniales. No nos corresponde a nosotras cuestionar por qué el conde de Creighton elige vigilar de cerca a su esposa.

—Bueno —dijo Louisa con petulancia—, estoy muy contenta de no haberme casado con él después de todo. Ciertamente no renunciaré a bailar y divertirme cuando me case.

Thomas nunca te lo pediría, pensó Ellen, apartando la cabeza. Solo espero encontrar a alguien que también me permita mis pequeños placeres.



Capítulo Once

APESAR DE LO AVANZADO DE LA HORA, ELLEN no podía dormir. Yacía en la cama mirando al techo, su habitación bien iluminada por la luz de la luna que inundaba las cortinas abiertas. Londres nunca estaba en silencio, e incluso a esta hora en las exclusivas calles de Belgravia podía oír los cascos de los caballos y las ruedas de los carruajes afuera, aunque con menos frecuencia que durante el día.

¿Estaría uno de esos carruajes trayendo a Thomas a casa? ¿Siquiera volvería a casa? Tal vez pasaría la noche en el club, con sus nuevos amigos. ¡Qué agradable debía ser poder hacer amigos e irse con ellos por capricho, disfrutar sin tener que responder ante nadie más! Ellen había pensado que Lady Creighton podría ser una amiga con quien hablar, pero la desaprobación de Clarice significaba que no podría pasar tiempo con la dama abiertamente. No habría visitas ni salidas de compras, lejos del ojo de águila de Clarice y los descarados desprecios de Louisa.

Hacía demasiado calor en su habitación; con un suspiro, Ellen volteó su almohada, buscando frescura. Sin embargo, en cinco minutos su cabeza volvía a sentirse caliente, y se sentó impacientemente. Iría a la cocina a buscar una taza de leche en la despensa. Tal vez eso la ayudaría a descansar.

Se puso la bata sobre su sencillo camisón de franela. Aunque su habitación estaba cálida, había habido un fuego ardiendo allí toda la noche para que así fuera, y el resto de la casa probablemente estaría bastante fresca. Metiendo los pies en las zapatillas, abrió la puerta y se arrastró silenciosamente hasta la cabecera de las escaleras.

Ellen estaba casi al pie, con la mano en el poste de la barandilla, cuando la puerta principal se abrió de repente. Se quedó paralizada, con la boca abierta en un medio grito, aunque intelectualmente sabía que debía ser Thomas quien entraba.

—¡Ellen! —Thomas pareció, si acaso, más sobresaltado que ella cuando la vio. Poniéndose una mano sobre el corazón, cerró la puerta principal, sacudiendo la cabeza—. Me has dado un susto. ¿Qué haces fuera de la cama a esta hora?

—Podría preguntarte lo mismo —respondió ella, sintiéndose inexplicablemente argumentativa—. ¿Por qué solo los hombres pueden salir a divertirse, y las señoritas jóvenes no pueden ni siquiera ir a la cocina por una taza de leche caliente sin ser cuestionadas?

Típico de Thomas, se rio de buen humor y se acercó para ofrecerle su brazo.

—Una taza de leche caliente suena justo lo que necesito. ¿Crees que podríamos encontrar también algo de pan y queso? Me muero de hambre.

Incapaz de seguir molesta con él, Ellen sonrió.

—¿Qué, no te alimentan en esos finos clubes de caballeros?

—Tienen comedores, creo, pero no los vi. Los caballeros con los que fui preferían beber y apostar.

—¿Y tú? —Él no olía a bebida fuerte, aunque el aroma amaderado de los puros le llegaba a la nariz mientras caminaban hacia la cocina.

—Tienen muy buen brandy y oporto —admitió Thomas—, pero apostar cuando uno está bebido es una buena manera de separarse de su dinero. He visto a demasiados buenos hombres cometer tales errores en América, y no tengo deseos de caer en la misma trampa.

La cocina estaba en silencio, la estufa apagada. Ellen dejó su vela sobre la mesa y se dirigió sin dudar hacia la despensa.

—¿Cómo sabías dónde encontrar todo? —preguntó Thomas con curiosidad cuando ella puso frente a él una taza de leche, medio pan, un trozo de queso y una porción de mantequilla envuelta en muselina.

Ellen dudó antes de tomar un plato del aparador y ponerlo también.

—Por favor, ¿no se lo dirás a tía Clarice?

—Tus secretos están a salvo conmigo, siempre —le sonrió cálidamente, y ella le devolvió la sonrisa.

—Bueno, tía Clarice y la prima Louisa siempre duermen hasta tarde, y a veces me siento un poco aburrida por las mañanas, si tú te has ido a reunirte con tu hombre de negocios. Le pedí a Susan que me mostrara las áreas de servicio de la casa. Sé de las mejoras que deseas hacer en los cuartos de servicio en Haverford Hall —continuó en una avalancha de palabras cuando Thomas no dijo nada—, pero has estado terriblemente ocupado desde que llegamos a Londres y pensé

que quizás no habrías tenido tiempo de observar aquí y ver si hay algo que necesite hacerse... Lo siento mucho si me he excedido en mi lugar...

Riendo suavemente y sacudiendo la cabeza, Thomas levantó una mano para detenerla.

—Ellen. ¡Ellen! Gracias.

—¿De verdad? ¿No te importa?

—Estoy agradecido. Debes contarme lo que has observado. Es obvio que tía Clarice no piensa en tales cosas, y mi tío tampoco lo hacía, o los sirvientes en Haverford no estarían tan mal atendidos. ¿Por qué las cosas serían diferentes aquí? Era algo que esperaba examinar en la próxima semana o dos, ciertamente antes de que comience el frío en serio, pero estoy más que feliz de contar con tu consejo en el asunto.

Complacida por su aprobación, Ellen se sonrojó un poco, bajando la mirada hacia la superficie marcada y picada de la mesa de pino fregada.

—Bueno... creo que las cosas están un poco mejor aquí que en Haverford, en algunos aspectos. Tal vez porque el mayordomo de la casa no es tan intimidantemente severo como Allsopp, y en su mayor parte la casa está en gran medida sin personal mientras la familia no está en residencia. Sin entender, Thomas frunció el ceño.

—No veo por qué eso marcaría una diferencia, Ellen.

—Hablé con Dolly, la subama de llaves —admitió Ellen—. Acaba de ser ascendida de doncella de planta, y me contó cómo el invierno pasado, por ejemplo, como la familia no visitó, los sirvientes pudieron compartir todas las mantas entre unos pocos de ellos, en lugar de tener que dividirlos entre un complemento completo. El Sr. Henry, el mayordomo, no tenía objeción si el armario de las mantas en el área de servicio estaba vacío, ¿sabes?

—Ya veo —dijo Thomas, asintiendo—. Pero este invierno será diferente, ¿no es así? Ya que ahora tenemos la casa llena.

—Exactamente. Y aunque el presupuesto del hogar se ha incrementado para cubrir las comidas de la familia, el presupuesto de la cocina para los sirvientes no lo ha hecho, a pesar de que tienen el doble de bocas que alimentar —animada por el tema, Ellen se inclinó sobre la mesa para enumerar los puntos que deseaba exponer, sin darse cuenta de que con cada palabra que pronunciaba, Thomas se sentía más y más cautivado por su pasión.



Ella era, pensó Thomas, verdaderamente magnífica mientras las palabras brotaban, su enojo por la injusticia y las desigualdades sufridas por las clases bajas animaba sus rasgos generalmente inmóviles y la hacía de repente espectacularmente hermosa. Además, tenía razón en cada punto que exponía, y él tomó nota mental de hacer que ella estuviera presente cuando hablara con su mayordomo, en caso de que olvidara algo de lo que había dicho.

Ellen merecía, se dio cuenta, ser la señora de una gran finca. Ella lo haría mucho mejor que Louisa, supuestamente criada y educada para tal propósito, o cualquiera de las tontas señoritas de la sociedad que le habían puesto delante hasta ahora. ¿Cuántas de ellas pensarían siquiera en el bienestar de los sirvientes que atendían todos sus deseos? Incluso su tía, hija de un conde y señora de una gran finca durante muchos años, no lo hacía adecuadamente.

Con cada día que Thomas pasaba en Inglaterra, se sentía más desilusionado con los miembros de los que supuestamente eran sus iguales. Los jóvenes de su edad con los que había pasado la velada, aunque bastante agradables, pensaban poco más allá de sus propios placeres y pasatiempos, y las mujeres parecían no hablar de otra cosa que no fuera moda y chismes. Ya había decidido no aceptar la membresía en Boodle's que le habían ofrecido, sino buscar la admisión en Brooks o White's, donde parecía tener lugar el negocio más serio.

La verdad era, consideró mientras observaba a Ellen hablar, con sus ojos brillando a la luz de las velas mientras hablaba, sus manos moviéndose con gracia con su animación y entusiasmo, que Ellen era la única persona que había conocido desde su llegada a Inglaterra con quien realmente sentía que tenía intereses significativos en común.

Pareciendo finalmente notar su intenso escrutinio, Ellen se detuvo a mitad de la frase antes de bajar la mirada y sonrojarse. —Lo siento mucho, ¡aquí estoy parloteando y tú debes estar exhausto!

—En absoluto —dijo Thomas con firmeza—. Sin embargo, estoy pensando que quizás no recuerde mañana... es decir, más tarde hoy, todo lo que estás diciendo. ¿Puedo pedirte que asistas a la reunión que he programado con mi mayordomo a las dos de esta tarde? Él puede tomar notas y podemos discutir la mejor manera de abordar los problemas que has observado.

Ellen pareció encantada de que se lo pidiera, pero arrugó la nariz y se dio un golpecito con el dedo en el labio inferior. —Se supone que debemos estar en casa para recibir visitas esta tarde... aunque me atrevo a decir que la tía Clarice y Louisa apenas notarán si no estoy presente. Estoy segura de que puedo escabullirme.

—Absolutamente —asintió Thomas—. Entonces te veré a las dos. Ahora vete a la cama y descansa un poco. —Suavizó la orden con una cálida sonrisa, y ella le devolvió una de las suyas.

—Buenas noches, Thomas —su voz flotó a través de la oscura cocina mientras lo dejaba solo, y durante mucho tiempo Thomas permaneció sentado en silencio, perdido en sus pensamientos.



Capítulo Doce

TAL COMO ELLEN HABÍA ESPERADO, INCLUSO ANTES DE QUE el reloj diera las dos, el señor Henry estaba recibiendo al primero de una serie de caballeros ansiosos por cortejar a Louisa. Ninguno de ellos le dirigió una segunda mirada, y cuando ella susurró discretamente una petición para retirarse a su tía unos minutos después, Clarice ni siquiera la miró antes de hacer un gesto con la mano para despedirla.

La puerta del estudio estaba abierta, y Thomas levantó la vista con una sonrisa de bienvenida cuando ella dudó afuera, preguntándose si debería llamar. —¡Ellen! Pasa. Por favor, permíteme presentarte a mi administrador, el señor Gallagher.

Ellen se quedó inmóvil por un momento, sin saber si debía hacer una reverencia. El administrador ofreció una profunda inclinación, ella decidió no hacerla y se conformó con una ligera inclinación de cabeza. —Un placer conocerlo, señor.

—El honor es mío, señorita Bentley. Por favor, Lord Havers me ha estado contando que usted ha evaluado los aposentos de los sirvientes aquí y tiene algunas recomendaciones.

Complacida por la manera profesional en que se dirigió a ella, Ellen aceptó la silla que Thomas sostuvo para que se sentara, y pronto los tres tenían las cabezas juntas sobre un grueso fajo de papeles, con el señor Gallagher tomando copiosas notas.

—Disculpe, mi lord —interrumpió el señor Henry unos quince minutos después—. Lady Havers solicita la presencia de la señorita Bentley en el Salón Chino.

Thomas levantó la vista con el ceño fruncido. —¿Por qué? —preguntó bruscamente.

El señor Henry tosió delicadamente. —Dos de los visitantes que acaban de llegar están aquí específicamente para ver a la señorita Bentley, mi lord. —Hizo una pausa—. Han traído flores.

Thomas se puso de pie antes de darse cuenta de lo que hacía. —¿Caballeros visitantes para Ellen... quiero decir, la señorita Bentley? ¿Quiénes son? —espetó.

Solo después de haber hablado se dio cuenta de que no le importaba en absoluto quién había venido a visitar a Louisa.

—Lord Bellmere y el Mayor Trevithick, mi lord —respondió el señor Henry con un atisbo de algo en su expresión que podría haber sido aprobación. El personal apreciaba su preocupación por el bienestar de Ellen, supuso; después de todo, ella mostraba preocupación por el de ellos. Querrían verla feliz y bien establecida.

—Yo te acompañaré, Ellen —decidió Thomas—. Creo que le hemos dejado suficiente trabajo al señor Gallagher por ahora, ¿eh?

—En efecto, mi lord, me pondré a trabajar de inmediato —acordó el administrador.

—¿Vamos? —invitó Thomas, ofreciendo su brazo a Ellen. Ella lo miró de manera extraña.

—Pensé que no te gustaban las reuniones de la tía Clarice —preguntó suavemente mientras salían del estudio.

—Deseaba un descanso —mintió con suavidad—, y algunas de las deliciosas tartas de limón de la cocinera, que sé que preparó esta mañana. Y, por supuesto, conocer a tus pretendientes, Ellen.

—No son mis pretendientes —dijo Ellen de inmediato, demasiado rápido para el gusto de Thomas.

La dama protesta demasiado, pensó mientras observaba el rubor colorear sus mejillas. ¿Ya tenía una preferencia por uno de los caballeros, después de una sola noche en su compañía? En silencio, se maldijo por haber abandonado el baile anoche. Claramente, uno u otro de los dos hombres había aprovechado la oportunidad para conocer a Ellen y había causado una impresión favorable.

El Salón Chino parecía estar lleno a capacidad cuando el señor Henry les abrió la puerta con una reverencia. Los rostros se volvieron en su dirección, en su mayoría caballeros, aunque algunos habían traído a sus madres y hermanas. Varios rostros femeninos se iluminaron notablemente al ver a Thomas, pero él los ignoró a todos, observando con ojos entrecerrados cómo dos caballeros se acercaban con amplias sonrisas.

—Primo, permíteme presentarte a Lord Bellmere y al Mayor Trevithick —hizo las presentaciones Ellen—. Mi primo, Lord Havers.

Ambos hombres se inclinaron con la cantidad perfecta de deferencia hacia un par de su rango, pero estaba más que claro que su interés estaba fijo en Ellen. Ninguno de los dos parecía un necio sin cerebro soltando cumplidos exagerados, para irritación de Thomas. De hecho, ambos parecían caballeros inteligentes y reflexivos, del tipo que a él le gustaría conocer mejor... si no estuvieran haciendo ojos de cordero a Ellen.

—Me reuní con mi primo en la junta del Museo esta mañana —le estaba diciendo Bellmere a Ellen amablemente—. El Museo está cerrado al público en general hasta el mediodía los lunes y martes, así que si una salida temprano por la mañana fuera aceptable, estaría encantado de acompañarla a ver los Mármoles de Elgin.

Ellen parecía bastante encantada también, aunque muy apropiadamente dijo: —Tendría que pedir permiso a Lady Havers, por supuesto, y arreglar una carabina...

—No hay necesidad de molestar a la tía Clarice —dijo Thomas jovialmente—. A mí también me gustaría ver los Mármoles. Yo puedo ser tu carabina.

—Quizás podríamos hacer una fiesta de ello —dijo el Mayor Trevithick, y Thomas pensó que tendría que tener cuidado con el militar. Probablemente un maestro de la estrategia, Trevithick bien podría colarse en el favor de Ellen justo bajo las narices de ambos, la suya y la de Bellmere.

—¿Dijiste una fiesta? ¿Estamos dando una fiesta, primo? —llamó Louisa desde el otro lado de la habitación, obviamente molesta porque estaban teniendo una conversación de la cual ella no era el centro de atención.

Sin otra opción que incluir a Louisa, Thomas dio unos pasos reluctantes para informarle de la salida propuesta por Lord Bellmere al Museo. Se asombró cuando Louisa afirmó tener un gran interés en ser parte del grupo, pero no tardó en discernir su razonamiento. Lord Bellmere tenía la reputación de ser uno de los hombres más ricos de Inglaterra, después de todo, y Louisa estaba picada porque el baronet no había elegido unirse a las filas de sus pretendientes, sino que había expresado interés en Ellen.

Con la declaración de interés de Louisa, de repente todos sus pretendientes expresaron un gran deseo de ver también las famosas adquisiciones de Lord Elgin, y Bellmere adquirió una expresión claramente agraviada, aunque fue lo suficientemente caballero como para prometer que todos podrían asistir.

Thomas captó una ligera sonrisa burlona en los labios del Mayor Trevithick mientras Bellmere era arrastrado inexorablemente al círculo alrededor de Louisa. Volviéndose como si estuviera desinteresado, el mayor tomó un libro que yacía en una mesa lateral y le hizo una pregunta a Ellen sobre él, que Thomas no escuchó, ya que en ese momento fue abordado por una señora mayor que buscaba presentarle a su hija.

La risa tintineante de Louisa resonó, y Thomas miró de reojo para verla poner una mano en la manga de Bellmere, sonriéndole coquetamente.

Entonces lo golpeó, de repente.

No le importaba en lo más mínimo a quién le sonreía o con quién coqueteaba Louisa, a pesar de haber quedado brevemente impresionado por su belleza. Sin embargo, le importaba mucho que Ellen tuviera la cabeza inclinada sobre un libro con el Mayor Trevithick, con una pequeña sonrisa jugando en sus suaves labios.

Los celos eran una emoción completamente nueva para Thomas, y descubrió que no le agradaba en absoluto esa sensación. *Él* quería ser el único favorecido con las sonrisas de Ellen.

En el centro de un salón lleno de gente probablemente era el peor lugar posible para que sus verdaderos sentimientos se volvieran claros de repente, se dio cuenta Thomas, pero no había nada que pudiera hacer sobre el hecho de que su mundo entero acababa de ponerse patas arriba.

Clarice lo miraba de manera extraña, acercándose para interceptar a la persistente mujer con la hija y llevar a Thomas al lado de Louisa, que obviamente sentía que era su lugar adecuado. Clarice se iba a llevar una decepción, pensó Thomas vagamente, pero ahora sabía que nunca podría casarse con Louisa, incluso si sus sentimientos hacia él fueran los que Clarice afirmaba. Su leve infatuación con su belleza no era nada comparado con lo que sentía por Ellen.

Amor. Susurró la palabra en silencio, dentro de las bóvedas de su propia mente, y la reconoció como una verdad inmutable y eterna. Amaba a Ellen; amaba todo de ella, desde su mente inteligente y curiosa hasta su bondad y empatía por los demás. Lo mejor de todo, sería el tipo de Condesa que había imaginado desde las historias de su abuelo sobre Haverford Hall cuando era niño; una graciosa señora de la mansión, siempre consciente de las necesidades de su gente.

Ellen alzó la vista del libro justo entonces, mirando alrededor de la habitación hasta que su mirada se posó en Thomas. De inmediato sonrió, más ampliamente que la ligera sonrisa que le había dado al mayor. Thomas le devolvió la sonrisa, deseando que todos los demás en la habitación se fueran al diablo para poder decirle a Ellen cómo se sentía—pero no, no debía apresurarse. Ella no tenía la más mínima idea, pensó, y hasta ahora él la había alentado a tratarlo como un hermano mayor de confianza. ¡Qué tonto había sido! Debería haber reconocido sus cualidades excepcionales antes, haberse dado cuenta de que su deleite en su compañía era mucho más que mera amistad. Ahora tendría que luchar contra otros pretendientes por su mano, todo mientras convencía a Ellen de que sus intenciones eran genuinas... y de alguna manera evitar que Clarice o Louisa se dieran cuenta de lo que se proponía, para que no sabotearan su cortejo.

En ese momento, Thomas deseó poder alegar un dolor de cabeza y abandonar la habitación. Pero no; no dejaría el campo libre a Trevithick y Bellmere, que se había escabullido de la corte de Louisa de vuelta al lado de Ellen, insinuándose en su conversación con el mayor.



La reunión pareció durar una eternidad. Thomas estaba seguro de que media hora se consideraba el máximo de tiempo cortés para pasar en tales eventos antes de despedirse, y de hecho la mayoría de la corte de Louisa parecía entrar y salir, aunque siempre había un círculo constante a su alrededor. Sin embargo, ni Lord Bellmere ni el Mayor Trevithick mostraban ninguna inclinación a marcharse, mirándose el uno al otro como un par de gatos desconfiados. Ellen no parecía favorecer a ninguno de los dos por encima del otro, lo cual al menos era un consuelo para Thomas. Ella simplemente parecía encantada de tener a alguien dispuesto a mantener una conversación inteligente con ella.

Clarice observaba desde el otro lado de la habitación con ojos agudos mientras Thomas permanecía al lado de Ellen, y tan pronto como el último de sus invitados finalmente se marchó, ordenó a las dos chicas que subieran a vestirse para la cena y agarró el brazo de Thomas.

—No debes revolotear tanto alrededor de Ellen, sobrino. ¡Louisa se sintió bastante descuidada! ¡También fue muy mal hecho por parte de Ellen monopolizar a Lord Bellmere y al Mayor Trevithick!

—Ellen está en su primera temporada, señora —dijo Thomas razonablemente—. Mientras que Louisa está en su tercera, bastante cómoda manejando una horda de entusiastas pretendientes. No observé que estuviera desolada. Todo lo contrario, en realidad. —Louisa había reído a menudo y en voz alta, aunque Thomas la sorprendió lanzando miradas regulares a su pequeño grupo—. Si algo la angustió, sin duda fue que no era el centro de atención de todos, por una vez.

—¡Thomas! —Clarice fingió conmoción—. ¡Eso es cruel!

—Es la verdad —dijo Thomas secamente—. Dos duques, un marqués y un sinfín de condes, barones y herederos bailaron asistiendo a su hija esta tarde, tía Clarice. Louisa no debería envidiar a Ellen un par de pretendientes que son lo suficientemente perspicaces como para ver sus buenas cualidades.

La boca de Clarice se aplanó en una línea delgada. —¿Buenas cualidades? —dijo con desprecio—. ¡Es la hija de un párroco con pocos modales y ninguna apariencia que la recomiende! ¡Estás perdiendo tu tiempo y disminuyendo el nombre de la familia con tu reconocimiento hacia ella!

Conmocionado, Thomas la miró fijamente. —Ellen Bentley es mi pariente de sangre —dijo, su tono tranquilo pero con un borde peligroso—. Tiene más derecho a mi tiempo, y al nombre de la

familia, que usted. De hecho, no tengo duda de que ella será—*sería* una Condesa mucho mejor de lo que usted ha sido jamás!

Su desliz no pasó desapercibido. Con los ojos entrecerrados, Clarice espetó: —Oh, ya veo cómo es. ¡La descarada te ha seducido, justo bajo las narices de Louisa!

—Ya es suficiente —dijo Thomas, sorprendiéndose a sí mismo con la dureza en su voz—. Mantendrás un tono civil cuando hables de Ellen, o te encontrarás ya no bienvenida bajo mi techo.

Si las miradas pudieran matar, sin duda habría caído muerto en el acto. —Advenedizo americano —siseó Clarice—. ¡No entiendes nada de clase y sociedad!

—¡Entiendo que no quiero tener nada que ver con ninguna sociedad que no pueda reconocer las cualidades superiores de una joven inteligente con un corazón bondadoso, simplemente porque está tres generaciones alejada de un condado en lugar de una!

Ambos respiraban agitadamente, con las voces alzadas. Clarice fue la primera en apartar la mirada, sin embargo, cuando vio que Thomas claramente no tenía intención de ceder.

—Solo estoy pensando en el futuro de Louisa —murmuró.

—Como debe ser —dijo Thomas, suavizando su tono—. Sin embargo, hay muchos pretendientes elegibles para la mano de Louisa. Esta es su tercera temporada, tía, y no dudo que haya estado igual de abrumada de pretendientes durante las dos anteriores. ¿Qué está esperando?

Clarice vaciló antes de suspirar profundamente. —No lo sé —admitió—. Parece deleitarse en tener a todos los hombres a sus pies; si elige a uno, creo que teme que todos los demás la abandonen.

—Ese es más bien el punto de un matrimonio —dijo Thomas, no sin amabilidad—. Yo no querría una esposa que deseara estar rodeada y adorada por otros pretendientes.

—Por supuesto que no.

Clarice tenía la cabeza baja, y Thomas se dio cuenta de que su tía estaba profundamente angustiada por algo. Suavemente, tomó su brazo y la guió hacia un diván, instándola a tomar asiento.

—¿Hay algo que quieras decirme, tía? —preguntó gentilmente.

Tenía lágrimas en las mejillas cuando levantó la mirada hacia él.

—Tal vez la malcriamos —dijo Clarice con voz entrecortada—. Aunque yo también fui un poco consentida por mis padres, y estoy segura de que no era tan terrible como puede serlo Louisa cuando no se sale con la suya. Vi su cara cuando Lord Bellmere la dejó para volver con Ellen, y tú lo seguiste; alguien pagará por eso, Thomas.

—¿Qué quieres decir? —Realmente no entendía.

Clarice dudó antes de que las palabras brotaran de ella apresuradamente.

—Es mi hija, la única que me queda, pero Dios me ayude, ¡me aterra! Una vez apuñaló a una criada con unas tijeras; la pobre chica casi se desangra, Havers tuvo que pagarle una indemnización...

A Thomas se le cayó la mandíbula. Apenas podía creer lo que su tía estaba diciendo.

—¿Louisa *apuñaló* a una criada? —dijo débilmente mientras Clarice sollozaba.

—Había tanta sangre —gimoteó Clarice—. Y Louisa parecía tan tranquila, simplemente apuñalándola una y otra vez, diciendo que Nellie le había hecho ojitos al señor Danvers mientras llevaba la bandeja del té.

—¡Cristo! —Thomas estaba horrorizado. Había algo seriamente mal con Louisa, eso era obvio. Había pensado que los esfuerzos de Clarice por satisfacer cada capricho de Louisa eran solo los de una madre que consentía en exceso a una hija mimada, pero ahora se daba cuenta de que Clarice estaba aterrorizada por las consecuencias si Louisa sentía que no estaba recibiendo lo que le correspondía.

—Oh, Dios mío. *Ellen*.

Se puso de pie sin pensarlo conscientemente, corriendo hacia la puerta, atravesando el pasillo a toda velocidad para subir las escaleras de tres en tres, gritando el nombre de Ellen.

Detrás de él, oyó a Clarice llamarlo por su nombre, pero la ignoró por completo, demasiado concentrado en llegar a Ellen lo más rápido posible. Por si acaso. Seguramente Louisa no le haría daño, pero...

Corrió más rápido.



Capítulo Trece

—¡QUÉ TARDE TAN ENCANTADORA! —EXCLAMÓ LOUISA MIENTRAS SUBÍAN juntas las escaleras—. ¿Lo pasaste bien, Ellen?

—Sí, lo pasé bien —confirmó Ellen.

—¿Te sorprendió recibir visitas tú misma? Parecías sorprendida cuando entraste al salón y viste al Mayor Trevithick y a Lord Bellmere.

—Lo estaba —admitió Ellen—. Aunque ambos me preguntaron anoche en el baile si podía visitarme, confieso que no esperaba realmente que lo hicieran, y ciertamente no tan pronto.

Louisa tarareó para sí misma y asintió.

—Ven a mi habitación para que podamos seguir hablando —la invitó al llegar a su puerta—. Ya he tenido dos temporadas y mi buena parte de pretendientes inoportunos. Hay cosas que deberías saber.

Sus últimas palabras fueron pronunciadas con un tono y una expresión de grave advertencia. Preocupada, Ellen siguió inmediatamente a Louisa a su habitación, donde la doncella de Louisa levantó la vista consternada de su tarea de colocar ropa limpia sobre la cama.

—¿Mi señora?

—Déjanos —dijo Louisa, haciendo un gesto hacia la puerta con la mano—. Tocaré la campanilla cuando te necesite.

—Muy bien, mi señora —la muchacha salió rápidamente de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Louisa deambuló hasta la cama, tarareó pensativa mientras inspeccionaba el vestido que había allí, y se alejó, cruzando la habitación hacia un elegante escritorio junto a la ventana.

Sin saber qué hacer, Ellen se quedó cerca de la puerta, esperando a que Louisa hablara o la invitara a sentarse. Sin embargo, después de un par de minutos de silencio, fue ella quien habló

primero.

—¿Qué tipo de cosas crees que debería saber, prima?

Louisa no habló durante otro minuto completo, jugueteando con un ornamentado abrecartas de plata en su escritorio, antes de finalmente volverse y mirar a Ellen.

—¿A cuál de ellos elegirás? —preguntó.

Confundida, Ellen parpadeó.

—¿Disculpa?

—El Mayor Trevithick o Lord Bellmere. ¿A cuál elegirás? Es poco probable que encuentres otros pretendientes, ¿sabes? Lo mejor para ti es aceptar a uno de ellos rápidamente, antes de que se den cuenta de que realmente no eres de nuestra posición. Mira cómo Thomas se mantuvo cerca cuando hablabas con ellos hoy, aterrorizado de que dijeras o hicieras algo para avergonzar el apellido Havers.

Horrorizada, Ellen dio un paso atrás mientras Louisa se acercaba a ella.

—¿En serio? —Su voz temblaba—. No pensé...

Louisa se burló.

—¿Por qué otro motivo dejaría mi lado, por *ti*?

La cabeza de Ellen se inclinó hacia adelante. No tenía respuesta para esa pregunta; la admiración de Thomas por Louisa había sido evidente desde la primera vez que los vio juntos. Con una multitud de pretendientes rivales en la sala, seguramente Thomas no habría dejado el lado de Louisa a menos que viera un claro deber de hacerlo.

—Así que te pregunto de nuevo, ¿cuál será, Trevithick o Bellmere? —insistió Louisa.

—¡Apenas conozco a ninguno de los dos! ¿Por qué exiges que elija ahora? ¡Seguramente no es tan urgente! —No podía tomar una decisión de tal magnitud con un conocimiento tan superficial, pensó Ellen con una oleada de ira.

El hermoso rostro de Louisa se torció con una repentina rabia.

—Estaba dispuesta a permitirte *uno* —dijo, con voz baja y áspera—. Mamá dijo que debía dejarte tener uno. Estás siendo codiciosa, Ellen —Cambió a una voz aguda, casi cantarina—. ¡Elige, Ellen, tienes que elegir!

Louisa no tenía sentido y actuaba muy extrañamente. De repente asustada, Ellen dio otro paso atrás, hacia la puerta.

Una mano como una garra se cerró alrededor de su muñeca.

—Tienes que elegir, Ellen. Estás siendo traviesa.

—Suéltame —dijo Ellen, tratando de mantener un tono firme aunque el pánico le atenazaba las entrañas, haciendo temblar sus rodillas—. Me estás lastimando la muñeca. Thomas se enojará contigo por lastimarme.

Louisa inclinó la cabeza hacia un lado, y una horrible mueca de sonrisa se extendió por su hermoso rostro.

—Conozco tu *secretooooo* —dijo, alargando la palabra—. Tan tonta, pensar que Thomas alguna vez te miraría. Una niña tan ingenua y naïve.

Ellen tragó saliva.

—Suéltame —dijo de nuevo, pero cada vez le resultaba más difícil hablar con calma. El agarre de Louisa era fuerte y, a pesar de su apariencia frágil, la otra chica era aterradoramente fuerte—. No estás bien, Louisa —De hecho, empezaba a temer que su prima no estuviera del todo cuerda. Había una extraña luz en los ojos gris azulados de Louisa que hablaba de locura.

—¡Basta! —gritó Louisa de repente—. ¡No escuchas!

Ellen jadeó cuando la otra mano de Louisa se alzó entre ellas, la plata destellando mientras acercaba el abrecartas de su escritorio a la garganta de Ellen.

—Louisa, no lo hagas —croó, de repente petrificada.

—No escuchas, así que tengo que hacerte callar —canturreó Louisa. El metal frío rozó la piel de Ellen, presionando ligeramente al principio, y luego con más fuerza. Asustada de respirar, preguntándose cuán afilado sería el abrecartas, Ellen se quedó completamente inmóvil.

—Supe que lo arruinarías todo desde el momento en que Thomas insistió en que vinieras a vivir a la mansión. Deberías haberte casado con algún granjero y quedarte en el campo. Entonces no tendría que hacer *esto*.

Louisa iba a matarla, se dio cuenta Ellen incrédulamente. Estaba loca y realmente iba a matar a Ellen.

Algún antiguo instinto de autodefensa se activó cuando Louisa echó el brazo hacia atrás, y Ellen saltó hacia atrás, levantando su mano libre para tratar de defenderse de Louisa. Sin embargo, la otra chica seguía sujetando su muñeca, y Ellen no pudo soltarse. Su talón se enganchó en el borde de una de las alfombras del suelo y tropezó, cayendo hacia atrás. Aterrizando con un golpe sordo, finalmente logró soltar un grito cuando Louisa cayó sobre ella, con malevolencia escrita en todas sus hermosas facciones mientras clavaba el cuchillo.

Incapaz de escapar, Ellen solo pudo intentar desviar el brazo de Louisa con el suyo. En lugar de perforarle el corazón, el cuchillo le alcanzó el antebrazo, atravesando limpiamente entre los

delicados huesos de su muñeca y clavándose profundamente en las tablas del suelo con la fuerza de la estocada.

Ellen gritó de conmoción por el dolor insoportable, clavada al suelo por el cuchillo que atravesaba su brazo.

—¡Maldita seas! —gritó Louisa, tirando del cuchillo, pero estaba firmemente atascado. Ellen gritó de nuevo, agonizante, cuando el cuchillo se movió ligeramente dentro de su brazo—. ¡Maldita seas, simplemente muérete!

Soltando el cuchillo, Louisa puso sus manos alrededor del cuello de Ellen y apretó.



—¡Ellen! —rugió Thomas su nombre, maldiciendo a sus piernas por no llevarlo más rápido mientras subía las escaleras de tres en tres, repentinamente seguro de que Ellen estaba en peligro mortal—. ¡Ellen!

Abrió la puerta de su dormitorio de golpe sin molestarse en llamar, sobresaltando a su pobre doncella.

—¿Dónde está, Susan?

Susan solo negó con la cabeza, mirándolo con ojos desorbitados, y Thomas giró sobre sus talones. Si Ellen no había llegado a su habitación, debía haber entrado en la de Louisa por alguna razón. Louisa la había atraído, sin duda, y Ellen, en su inocencia sobre la verdadera naturaleza de Louisa, había confiado en ella.

La escena que lo recibió al abrir de par en par la puerta de Louisa se quedaría con él para siempre; Ellen de espaldas en el suelo, la sangre extendiéndose en un amplio charco desde su brazo, clavada a las tablas del suelo por un reluciente cuchillo plateado. Louisa estaba arrodillada sobre su cuerpo inmóvil, con las manos alrededor de la garganta de Ellen.

El rostro de Ellen estaba azul.

Louisa levantó la mirada hacia él, abriendo la boca, pero lo que habría dicho quedaría desconocido. Thomas nunca en su vida había golpeado a una mujer, pero no lo pensó dos veces antes de agarrar a Louisa por los hombros y lanzarla con fuerza a través de la habitación.

Cayendo de rodillas junto al cuerpo inmóvil de Ellen, Thomas gritó su nombre con absoluta desesperación.

—Thomas —dijo Clarice desde la puerta, y luego, al ver la escena—: Oh, Dios mío en el cielo.

—¡Todo es culpa de ella! —gritó Louisa desde el otro lado de la habitación, donde había caído cuando Thomas la arrojó lejos de Ellen—. ¡No quería elegir!

—¿Qué has hecho? —gritó Clarice, completamente angustiada—. Oh, Louisa, ¿qué has hecho?

—¿Mi señor?

Thomas levantó la mirada para encontrar a su ayuda de cámara Kenneth a la cabeza de una multitud de sirvientes, todos con expresiones de conmoción en sus rostros.

—Envíen por un médico —ordenó—, y llévenla —señaló con un dedo tembloroso a Louisa—, y enciérrenla en algún lugar hasta que pueda encontrar a un magistrado.

Clarice lanzó un terrible lamento, pero Thomas no tenía tiempo para ella. Con el peligro de Louisa tratado al menos temporalmente, volvió su atención a Ellen. Estaba terriblemente quieta, pero el color azul se estaba desvaneciendo ligeramente de su rostro, dándole esperanza de que aún pudiera vivir. Inclinandose cerca de su cara, giró la cabeza hacia un lado, esperando sentir su aliento en su mejilla.

Aquí estaba; ¡el más débil susurro de aire!

—Vive —jadeó aliviado.

—¡Señorita Ellen! —chilló Susan mientras se abría paso entre la multitud de sirvientes conmocionados y susurrantes, y caía de rodillas al otro lado del cuerpo de Ellen—. ¡Oh, señorita Ellen! ¿Qué ha pasado?

Thomas no pudo responderle, solo negando con la cabeza mientras Kenneth sacaba a una extrañamente silenciosa Louisa de la habitación con la ayuda de un fornido lacayo. Podía oír al señor Henry dando órdenes, enviando a varios lacayos corriendo para encontrar un médico lo más rápido posible, pero todo parecía muy lejano mientras se arrodillaba junto a la forma inmóvil de Ellen, su mano colocada suavemente contra su pálida mejilla.

—Mi señor —levantó la mirada cuando Susan habló en voz alta. La doncella estaba pálida, pero sus manos estaban firmes mientras se extendía hacia él implorando—. Mi señor... si esperamos hasta que llegue el médico, podría ser demasiado tarde.

Thomas frunció el ceño, sin estar seguro de lo que quería decir, al menos hasta que ella señaló el charco de sangre que se extendía constantemente debajo del brazo de Ellen.

—Tenemos que detener el sangrado, mi señor, o podría desangrarse antes de que encuentren a un médico —alcanzando detrás de ella para desatar las cintas de su delantal, Susan asintió hacia él—. Puedo vendarle el brazo con esto, por ahora, si usted saca el cuchillo.

Thomas se sintió mareado ante la mera idea, pero Susan tenía razón, y al menos Ellen parecía estar inconsciente, así que con suerte no sentiría dolor. Tomando una respiración profunda,

agarró la empuñadura del cuchillo, tratando de no pensar en la fuerza con la que Louisa debió haber apuñalado a Ellen, para que el cuchillo atravesara su brazo y se clavara en el suelo.

Sin querer mover el cuchillo y tal vez causar más daño, le dio un solo tirón brusco con todas sus fuerzas. El cuchillo se liberó y lo arrojó a un lado, incapaz de soportar tocarlo un momento más de lo necesario.

—Sostenga esto —dijo Susan, entregándole una de las cintas del delantal. Agradecido de que ella pareciera saber qué hacer, Thomas obedeció, observando cómo envolvía la tela doblada firmemente alrededor del brazo de Ellen, cubriendo ambos cortes. Después de atar las cintas, Susan se sentó sobre sus talones y se mordió el labio nerviosamente—. Tal vez debería moverla a la cama, mi señor.

—No aquí —Thomas no quería que Ellen despertara en la habitación de Louisa—. Su propia habitación —Un poco de color estaba volviendo a las pálidas mejillas de Ellen, aunque podía ver moretones púrpuras apareciendo en su garganta. Suavemente, la tomó en sus brazos, dando a Susan una sonrisa agradecida cuando ella levantó cuidadosamente el brazo herido de Ellen y colocó su mano sobre su estómago. La doncella se apresuró delante de él, instando a otros sirvientes conmocionados a apartarse de su camino y manteniendo las puertas abiertas de par en par, retirando las sábanas de la cama de Ellen mientras Thomas se preparaba para acostarla.

—Gracias —dijo Thomas mientras Susan le quitaba los zapatos a Ellen. Supuso que debería irse, particularmente cuando el ama de llaves entró apresuradamente entonces con varias doncellas más, pero no podía soportar perder de vista a Ellen.

—Lo que sea por la señorita Bentley, mi señor. Ha sido muy amable conmigo —Susan sorbió ligeramente, pero Thomas no comentó sobre las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Estará bien —dijo con firmeza, tanto para sí mismo como para Susan—. Es fuerte. Y la cuidaremos bien, ¿verdad?

—Lo mejor, mi señor —dijo Susan fervientemente—. Lo mejor de lo mejor.



Capítulo Catorce

EL MÉDICO PARECÍA TARDAR UNA ETERNIDAD EN LLEGAR. El ama de llaves intentó echar a Thomas, pero él se negó a separarse de Ellen, temiendo que pudiera morir si apartaba los ojos del débil ascenso y descenso de su pecho aunque fuera por un momento. El vendaje blanco hecho con el delantal, envuelto firmemente alrededor de su brazo, se iba tiñendo lentamente de carmesí con la sangre. ¿Cuánta había perdido ya? ¿Cuánta *podía* perder una persona y seguir con vida? ¿Podría el médico cerrar las heridas adecuadamente? Sentado junto a Ellen en su cama, con la mano de ella entre las suyas, Thomas inclinó la cabeza y rezó para que Ellen se recuperara.

—El médico está aquí, mi señor —dijo el señor Henry desde la puerta, y Thomas levantó la cabeza para ver a un hombre pequeño, de cabello gris, que vestía un traje ligeramente raído y gruesas gafas.

—Doctor Smithee, a su servicio, mi señor.

Thomas agradeció que el doctor no perdiera el tiempo con reverencias y zalamerías, sino que se acercara rápidamente, deteniéndose junto a la cama y mirándole.

—Probablemente sea mejor que salga de la habitación, mi señor. Sin duda su personal puede asistirme adecuadamente.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo Thomas con firmeza—. La señorita Bentley está bajo mi tutela y es mi responsabilidad. —Y la culpa también era suya, reconoció en privado; siempre se culparía por no haber presionado antes a Clarice, por no haber descubierto la predilección de Louisa por la violencia. Había confiado ciegamente y había puesto a Ellen en peligro por ello.

El doctor Smithee pareció aceptar su declaración y se movió hacia el otro lado de la cama, desplazando a Susan, quien se quedó retorciéndose las manos mientras el médico examinaba el

cuello de Ellen, murmurando en voz baja. Era evidente que alguien le había informado de la situación antes de llevarlo a la habitación, por lo que Thomas estaba agradecido.

—Desagradable —dijo finalmente Smithee—, pero los moretones no son tan graves como para poner en riesgo su vida, creo. Las compresas frías de agua y hamamelis serán beneficiosas.

El ama de llaves envió a una criada corriendo fuera de la habitación de inmediato, y el médico dirigió su atención al brazo de Ellen.

—Fue rápido pensar en vendarlo tan apretadamente —dijo con aprobación—. ¿Fue obra suya, mi señor?

—No puedo atribuirme el mérito; fue la doncella de la señorita Bentley, Susan, quien sugirió que detuviéramos el sangrado y usó su delantal como vendaje —Thomas asintió hacia Susan, quien se sonrojó y bajó la cabeza.

—Buen trabajo, muchacha. ¿No estarías interesada en un cambio de carrera? Es difícil encontrar buenas enfermeras con sentido común como el tuyo.

Susan pareció bastante sorprendida, pero negó enfáticamente con la cabeza.

—Estoy feliz siendo doncella, señor —dijo tímidamente—. Además, no querría dejar a la señorita Bentley.

—Sin duda ella agradecerá tu servicio. Ahora, veamos esto. Una hoja estrecha, ¿hm? —El doctor examinó de cerca la herida en la parte superior del brazo de Ellen mientras la descubría.

—Creo que fue un abrecartas —dijo Thomas sombríamente, pensando incluso mientras hablaba que Louisa debía haber afilado secretamente la hoja, asegurándose de tener siempre un arma letal a mano. ¿Qué iba a hacer con ella? Quizás debería pedir consejo al buen doctor, después de que Ellen hubiera sido atendida.

Para cuando el doctor Smithee terminó de poner varios puntos en cada lado del brazo de Ellen, la otra criada había regresado con una palangana de agua limpia mezclada con hamamelis. El doctor tomó uno de los paños limpios que la criada le ofreció y lo empapó en el agua, escurriéndolo antes de colocarlo cuidadosamente sobre los moretones en la garganta de Ellen.

—Cambien el paño cada media hora —instruyó el doctor a Susan—. Ahora, veamos si podemos hacer que la señorita Bentley vuelva en sí, ¿hm? —Sacando un pequeño frasco de su bolsa, lo destapó y lo sostuvo bajo la nariz de Ellen.

El fuerte olor del amoníaco hizo que los ojos de Thomas se humedecieran, y pareció funcionar incluso en Ellen en su estado inconsciente, porque sus párpados se agitaron y tosió.

—Ellen —dijo Thomas con urgencia, apretando su mano—. ¡Ellen! Abre los ojos, querida.

Sus párpados volvieron a agitarse, y se dio cuenta, de manera incongruente, de que nunca había notado lo largas y oscuras que eran sus pestañas, un espeso abanico rozando la palidez de su mejilla.

—¿Tho-Thomas? —susurró con dificultad, antes de toser de nuevo—. Uh. —Intentó levantar la mano hacia su garganta, pero él le apretó suavemente los dedos.

—No intentes hablar, querida. Tu garganta está muy magullada. —Mirándola, trató de sonreír tranquilizadamente mientras ella abría completamente los ojos por fin, mirándolo directamente, aunque su color marrón parecía opaco, empañado por el dolor.

—Me siento tan cansada —susurró Ellen, y sus pestañas volvieron a caer. Entrando en pánico, Thomas miró al doctor, quien asintió tranquilizadamente.

—Después de una pérdida de sangre como esa, estará cansada durante algún tiempo. El caldo de carne todos los días pronto la repondrá, aunque por supuesto deben vigilar cuidadosamente cualquier signo de infección.

Thomas escuchó atentamente mientras el doctor hablaba, explicando lo que debía hacerse para el cuidado de Ellen. También prometió venir todos los días para revisarla hasta que se recuperara completamente de su calvario.

—Me pregunto si podría hablar con usted sobre la, eh, perpetradora —dijo Thomas en voz baja mientras el doctor Smithee empezaba a guardar sus cosas en su bolsa de nuevo. No deseaba dejar a Ellen, pero suavemente dejó su mano y se levantó de la cama, moviéndose hacia la ventana y haciendo un gesto al doctor para que se uniera a él.

—Supongo que alguien le dijo quién atacó a Ellen —preguntó Thomas en voz baja.

—En efecto. —El doctor lo miró por encima de sus gafas—. Perdóneme por decirlo, mi señor, pero parece que Lady Louisa puede estar algo, eh, *perturbada*.

—¿Puedo confiar en su discreción en este asunto? Me aseguraré de que valga la pena.

El doctor Smithee pareció apropiadamente horrorizado.

—¡Por supuesto, mi señor! ¡La confidencialidad de mis pacientes es de suma importancia!

De lo contrario, no sería médico de la aristocracia, supuso Thomas. Pronto se correría la voz de su incapacidad para guardar secretos.

—Eso es bueno —dijo en voz alta—. Mi tía me ha informado que este no es el primer episodio de violencia de Lady Louisa. Hoy estuvo atterradoramente cerca de matar a la señorita Bentley, y es obvio para mí que debe ser retirada de la sociedad y tratada por su enfermedad. Me preguntaba si tenía alguna recomendación.

Smithee entrecerró un poco los ojos y se chupó los dientes.

—Entiendo que usted es estadounidense, mi señor... ¿quizás ha oído hablar del Hospital Bethlem?

—¿Te refieres a Bedlam? Lo conozco, pero seguramente tal remedio es completamente inadecuado para una joven dama como mi prima, ¡por muy perturbada que esté su mente! — Thomas había leído sobre el infame hospital para dementes en los periódicos, e incluso se le había sugerido hacer un recorrido por las instalaciones, aunque no podía pensar en nada más grotesco.

—En efecto, nunca recomendaría un lugar así. Bethlem es el más famoso, pero hay varios centros de tratamiento para personas con trastornos mentales, tanto en Londres como en el campo. Un amigo mío con quien estudié medicina es el médico residente principal en un pequeño centro en la Isla de Wight. Aceptan solo unos pocos pacientes de las clases altas a la vez, que por supuesto son atendidos muy bien. Tal vez debería escribirle una carta y preguntar si tienen alguna vacante.

—Gracias —dijo Thomas agradecido—. Nos iremos de Londres tan pronto como Ellen... es decir, la señorita Bentley, esté en condiciones de viajar, y espero tener un lugar adonde llevar a Lady Louisa antes de eso.

Ellen tosió desde la cama, y Thomas se apartó del médico inmediatamente, ansioso por volver a su lado. Aunque sabía que tendría que ocuparse de Louisa —y también tendría que hablar seriamente con Clarice—, en ese momento no podía soportar estar lejos del lado de Ellen.

Sin embargo, Susan parecía tener otras ideas. Interceptándolo antes de que llegara a la cama, la doncella hizo una reverencia deferente antes de decir:

—Con su permiso, mi señor, necesitamos acomodar a la señorita Bentley.

Thomas frunció el ceño, mirando a Ellen recostada contra sus almohadas. A él le parecía perfectamente cómoda.

—Hay que quitarle ese vestido y acomodarla en la cama —dijo Susan más directamente, y él asintió, finalmente entendiendo. El vestido de Ellen estaba salpicado de sangre y manchado, y seguramente se angustiaría si despertara y se encontrara aún con él puesto.

—Debería ir a ver a mi tía y asegurarme de que Lady Louisa esté confinada de forma segura — sugirió Thomas, y Susan le dio un asentimiento de aprobación y otra reverencia antes de dirigir toda su atención a atender las necesidades de Ellen.



Ellen despertó con un dolor palpitante en el brazo y una sed desesperada. Toser dolía mucho, hasta que un brazo fuerte detrás de sus hombros la empujó a una posición sentada y se le acercó un vaso a los labios.

El agua goteó en su boca, suave y fresca, con un ligero sabor a miel y limón. Tragó, tosió, bebió un poco más.

—Tranquila —dijo la voz de Thomas suavemente en su oído—. Bebe despacio.

—¿Thomas? —Agotada por el esfuerzo de beber, susurró su nombre mientras su cabeza se recostaba contra su hombro. Una mano invisible se llevó el vaso, y Thomas la guió suavemente para que se acostara de nuevo—. ¿Qué pasó? —Su voz era un hilo delgado, cada palabra un enorme esfuerzo por pronunciar.

—Louisa te atacó.

De repente, Ellen lo recordó todo. Todo su cuerpo se tensó, sus ojos se abrieron de par en par mientras se sacudía, intentando sentarse.

—Está bien —la calmó Thomas, empujándola suavemente hacia abajo—. No puede hacerte daño. Estás completamente a salvo.

Realmente dolía demasiado hablar, pero Ellen levantó el brazo para mirar el vendaje que le envolvía. No se lo había imaginado, entonces, el terrible dolor cuando el cuchillo de Louisa se clavó en su carne.

—Ellen —dijo Thomas, y ella levantó los ojos para mirarlo. Estaba sentado cerca de la cama en una silla, con el abrigo a un lado, las mangas de la camisa arremangadas revelando fuertes antebrazos. Se veía demacrado y, por primera vez que ella pudiera recordar, no había una sonrisa en su apuesto rostro para ella—. Oh Ellen, lo siento tanto.

Ella negó con la cabeza, forzándose a pronunciar unas pocas palabras.

—No es tu culpa.

—Clarice confesó que Louisa ha sido violenta antes. Una vez atacó a una doncella; la apuñaló con un par de tijeras por supuestamente hacer ojitos a uno de sus pretendientes. Parece que necesita ser el centro de atención, y una vez que Clarice admitió eso, me di cuenta de que sus celos hacia ti podrían haberse vuelto más siniestros.

¿Cómo podría él haber sabido que Louisa podría estallar así? Ellen negó con la cabeza de nuevo, extendiendo la mano para tocar su mejilla mientras él bajaba la cabeza, aunque hizo una mueca de dolor al mover el brazo.

—No es tu culpa —susurró de nuevo.

—Nunca tendrás que verla de nuevo. Te lo prometo. El señor Gallagher está buscando un hospital para personas con trastornos mentales, que sugirió el médico que te atendió.

—¡No Bedlam! —Los ojos de Ellen se abrieron de nuevo, pensando con horror en todo lo que había leído sobre ese lugar. No habría ayuda para Louisa allí, solo abuso y un mayor descenso a la locura, y a pesar de lo que Louisa había hecho, Ellen no le deseaba eso.

—No, no Bedlam. Un lugar en la Isla de Wight, tengo entendido. Una casa de campo, un lugar donde Louisa pueda descansar y ser tratada por cualquier enfermedad mental que la haga actuar así.

En silencio, Ellen observó a Thomas. *Debe estar devastado*, pensó.

—¿Y cuando esté mejor? —susurró finalmente—. ¿Te casarás con ella?

La cabeza de Thomas se levantó de golpe, su expresión de puro shock.

—¿Casarme con Louisa? —exclamó—. ¡Dios mío, no! ¿Cómo se le podría permitir a Louisa casarse con *alguien*? ¿Y si tuviera *hijos*, Ellen?

—¿Crees que la locura podría transmitirse?

—Eso, o ella misma podría ser un peligro para ellos. Nunca me perdonaría si ella lastimara a un niño, sabiendo que estaba en mi poder asegurarme de que nunca tuviera la oportunidad. No — Thomas sacudió la cabeza—. Si algún hombre pidiera casarse con Louisa, me vería obligado a decirle la verdad.

Ningún hombre se casaría con Louisa entonces, Ellen lo sabía. O si lo hiciera, sería únicamente por su dote, y probablemente haría algo terrible como encerrarla en Bedlam. Al menos al negarle la oportunidad de casarse, Thomas la protegía de eso.

—Lo siento mucho —susurró—. Debes estar devastado. Sé que la amabas.



Capítulo Quince

THOMAS PARPADEÓ SORPRENDIDO CUANDO ELLEN SUSURRÓ SUS PALABRAS de simpatía, extendiendo su delicada mano para tocar ligeramente su muñeca.

—Crees que estoy enamorado de *Louisa* —dijo él, cayendo en la cuenta—. Te aseguro que no es así, Ellen.

La mirada de soslayo de ella expresaba cierto escepticismo ante su negativa.

—¡De verdad! Sí, al principio me cegó un poco su belleza, pero no tardé en darme cuenta de que no tenemos absolutamente nada en común. Cada vez que intentamos hablar, terminamos en un silencio incómodo porque se me agotan las cosas que decirle.

Los labios de Ellen se crisparon. No creía haber visto nunca a Thomas reducido a un silencio incómodo; jamás parecía tener problemas para hablar con *ella*.

Al ver su diversión, Thomas llevó la mano de Ellen a sus labios, presionando un beso suavemente en el dorso. —Sin embargo, me ha llevado un tiempo imperdonablemente largo darme cuenta de que ya he conocido a la única mujer con la que *puedo* imaginarme pasar el resto de mi vida en perfecta armonía y satisfacción.

Ellen frunció el ceño, obviamente preguntándose a quién se refería, lo que hizo que Thomas negara con la cabeza y riera. Era demasiado modesta.

—Tú, Ellen —dijo él con dulzura—. Me refiero a ti.

Los ojos de ella se agrandaron y sus labios se entreabrieron por la sorpresa. Sin embargo, no intentó hablar, así que él continuó valientemente, esperando desesperadamente que ella no lo rechazara sin al menos pensarlo.

—Desde nuestro primer encuentro, me impresionaron tu amabilidad y tu buen carácter; la forma en que tratas a los demás, especialmente a los sirvientes, es un ejemplo que desearía que más personas siguieran. Me avergüenza no haber comprendido hasta ahora, cuando otros dos

hombres vieron a primera vista tus eminentes cualidades y desearon inmediatamente cortejarte, lo vacía que sería mi vida si te casaras con otro. Te amo, Ellen. No puedo imaginar vivir mi vida sin verte todos los días, sin hablar contigo sobre los problemas que me preocupan, compartiendo contigo mis triunfos y tragedias.

Los ojos de Ellen se llenaron de lágrimas mientras lo miraba, pero aún no hablaba. Thomas continuó titubeante.

—Cuando te vi tirada en el suelo con sangre por todas partes, mi corazón se detuvo. Habría hecho cualquier cosa en ese momento, incluso dar mi propia vida, solo para que me miraras y sonrieras.

Ella le sonrió mientras una lágrima rodaba por su mejilla. Alcanzando a secarla suavemente, él suplicó: —Perdóname por tardar tanto en comprender que no hay nadie más a quien pudiera amar. —Dudando brevemente, se lanzó—. Puede que este sea el momento más inoportuno que podría haber elegido, pero... Te amo desesperadamente, ¿sabes?, y si no te pido que te cases conmigo ahora, puede que nunca reúna el valor.



Ellen apenas podía creer lo que Thomas estaba diciendo. Era cada fantasía anhelante que alguna vez había tenido, haciéndose realidad de golpe. El único problema era que apenas podía emitir sonido alguno.

—Pregúntamelo de nuevo cuando pueda hablar —susurró entre lágrimas de felicidad—, para que pueda expresar plenamente toda la alegría que siento en este momento.

De inmediato, la expresión de Thomas pasó de la inquietud a la pura alegría, y volvió a levantar la mano de ella hasta su boca para cubrirla de besos. —Amor mío —repetía una y otra vez—, ¡mi querida y adorada Ellen!

Ella aún se preguntaba si estaba en algún tipo de sueño febril, pero si realmente era un sueño, estaría muy feliz de no despertar nunca. Thomas sacó su pañuelo y le secó el rostro húmedo antes de inclinarse para presionar un respetuoso beso en su mejilla. Lo cual hizo más que cualquier otra cosa para convencerla de que era real; seguramente si fuera un sueño, él habría sido un poco menos respetuoso y se habría dirigido a sus labios, como ella había soñado tantas veces.

Fue solo entonces, cuando Thomas se puso de pie y dijo que debía descansar, que tenía que hablar con Clarice, que Ellen se dio cuenta de que nunca habían estado solos. Susan había estado

sentada en un taburete al pie de la cama todo el tiempo.

—¿Tiene hambre, señorita? El doctor recomendó caldo de res para usted y tengo un poco caliente aquí, si cree que podría tomar un poco —dijo Susan, cuando Thomas salió de la habitación.

Sonrojándose intensamente, Ellen asintió.

Susan le sonrió tímidamente mientras se acercaba a su lado. —No me corresponde decirlo, realmente, señorita, pero felicidades —dijo la doncella, sonriendo ampliamente—. Usted y el señor serán muy felices juntos, estoy segura. ¡Todo el personal estará encantado de saber que usted será su nueva señora!

Eso era algo en lo que ni siquiera había pensado; al casarse con Thomas, se convertiría en la nueva Condesa de Havers, lo cual era una proposición bastante inquietante. Sin embargo, se tranquilizó al pensar que Thomas no querría que imitara a Clarice, con sus modales altivos y su desprecio hacia quienes no compartían su rango exaltado.

Susan ayudó a Ellen a sorber caldo de res caliente de una pequeña taza con pico, hasta que finalmente negó con la cabeza, indicando que no podía beber más.

—El doctor dejó algo de láudano para usted —dijo Susan—, dijo que debería tomar una gota esta noche para ayudarla a dormir, con el dolor en el brazo.

A Ellen no le gustaba mucho el láudano, ya que había visto los efectos de su abuso más de una vez en su trabajo asistiendo a su madre en las tareas parroquiales. Sin embargo, considerando el dolor en su brazo y su garganta, asintió aceptando. El olvido inducido por la amapola sería bienvenido en este momento.

El sabor amargo persistió en su lengua, pero pronto se encontró quedándose dormida, con el entumecimiento abrumándola y llevándose el dolor. Estaba al borde del sueño cuando Thomas se sentó de nuevo junto a la cama.

—Thomas —susurró su nombre, buscando a tientas su mano. Unos dedos cálidos y fuertes se envolvieron alrededor de los suyos.

—Estoy aquí. Duerme, Ellen. Estás a salvo, te lo prometo.

Ella quería permanecer despierta, contemplar su querido y amado rostro, pero la adormidera la tenía profundamente bajo su hechizo. Sus párpados estaban tan pesados. Se cerraron al sonido de Thomas tarareando una suave y reconfortante nana.



Ellen despertó gritando, o intentándolo, con roncosp graznidos siendo todo lo que emitía su magullada garganta. Thomas estuvo allí al instante, rodeándola con sus fuertes brazos mientras hablaba, asegurándole que estaba a salvo.

Apoyada contra el fuerte pecho de Thomas, Ellen recordó la otra razón por la que no le gustaba el láudano. Su madre se lo había dado cuando tenía unos diez años y una muela infectada. Las pesadillas la habían despertado gritando cinco veces aquella horrible noche. Lo que había soñado, no podía decirlo; horrores sin nombre con dientes afilados y garras desgarradoras rozaban los bordes de su consciencia.

—Está bien —susurraba Thomas, acariciando su cabello, y ella se dio cuenta de que se había movido para sentarse al borde de la cama, para poder consolarla mejor. Con atrevimiento, ella le rodeó la cintura con el brazo y se acercó más, sintiendo con asombro cómo él depositaba tiernos besos en su cabello y frente.

La habitación estaba bastante oscura, iluminada solo por el tenue resplandor del fuego amortiguado y un solo candelabro en su tocador.

—¿Qué hora es? —susurró finalmente.

—Algo después de medianoche. Mandé a Susan a dormir un poco; ¿necesitas algo?

Ella negó con la cabeza contra su pecho.

—Solo fue una pesadilla —sus párpados ya empezaban a caer de nuevo.

—Duerme —le dijo Thomas suavemente—. Estás completamente a salvo, te lo prometo —volvió a besar su cabello y la recostó suavemente entre las almohadas. Reconfortada por su calor, Ellen se acurrucó junto a él y se dejó llevar por el sueño de nuevo.

—Mi señor, el doctor está aquí.

La voz de Susan despertó a Ellen de su sueño; estaba cálida y cómoda, y bastante reacia a moverse. Desafortunadamente, su cama parecía tener otras ideas, ya que se movía debajo de ella.

—¿Qué...? Oh —al abrir los ojos, descubrió que no era su cama la que se movía, sino Thomas, sobre cuyo pecho estaba recostada en ese momento. Él le dirigió una sonrisa tímida mientras la recostaba suavemente contra las almohadas, y ella miró alrededor de la habitación, con el rostro ardiendo. Sin embargo, solo Susan parecía ser testigo de su muy comprometedor situación, y la doncella estaba de pie con la cara apartada, firmemente sin mirarlos.

—Iré a arreglarme un poco —le dijo Thomas a Susan en voz baja mientras pasaba—. Esperaré afuera; por favor, llámame cuando el doctor haya terminado su examen.

Ellen estaba, por primera vez, agradecida por su dolor de garganta, porque significaba que tenía una excelente excusa para no intentar explicar lo inexplicable. Susan parecía bastante feliz de

fingir que no había visto nada impropio, en cualquier caso, mientras se afanaba en ordenar la habitación y ayudaba a Ellen a sentarse, cepillándole de nuevo el cabello y recogidoselo en una trenza suelta.

—Ya está, señorita —Susan le dedicó una cálida sonrisa, dándole unas palmaditas suaves en la mano—. ¿Hago pasar al doctor ahora?

Ellen no recordaba haber conocido al Doctor Smithee la noche anterior, pero sus modales tranquilos le inspiraron confianza, y se recostó para permitirle inspeccionar su garganta con dedos gentiles. No desenvolvió el vendaje de su brazo, pero le preguntó cómo lo sentía y escuchó con seriedad su respuesta susurrada.

—A menos que empiece a sentir calor en él, o comience a tener fiebre, creo que lo dejaremos así por unos días más —dijo finalmente—. Las compresas de hamamelis están haciendo su trabajo para minimizar los moretones en su garganta, que francamente era mi preocupación más inmediata. Una hinchazón severa allí podría restringir su respiración. Continúen con ellas por al menos dos días más —le indicó a Susan, quien asintió rápidamente aceptando la orden.

—¿Mi voz? —susurró Ellen. Apenas podía emitir un sonido; incluso intentar gritar no producía más que un débil graznido, y uno doloroso además.

—Paciencia, querida —el Doctor Smithee le guiñó un ojo—. Los moretones feos tardan unos días en sanar, ¿no es así? Bueno, en unos días creo que notará que su voz comienza a volver. Beba mucho té relajante y coma sopa hasta que se sienta capaz de tomar algo más sólido. Creo que usted debería ser su mejor guía en cuanto a su recuperación; no tengo duda de que Lord Havers estará vigilando de cerca para asegurarse de que no haga demasiado, en cualquier caso. Ellen sonrió tímidamente y bajó la cabeza al mencionar el nombre de Thomas, y el doctor asintió, dando un paso atrás.

—De hecho, no tengo duda de que su Señoría está esperando fuera de la puerta en este mismo momento, agitado por que lo dejen entrar para interrogarme sobre el progreso de su recuperación. Hágalo pasar, si es tan amable, buena mujer —se dirigió a Susan, quien se apresuró a la puerta para cumplir su orden.



Capítulo Dieciséis

UNA VEZ QUE EL DOCTOR SMITHEE SE MARCHÓ, Thomas no perdió tiempo en volver a acomodarse en la cama junto a Ellen, atrayéndola a sus brazos. Con una mirada tímida a Susan, quien los ignoró deliberadamente, Ellen apoyó la cabeza en el pecho de Thomas. Tenía preguntas que hacer, pero por ahora, se sentía tan bien simplemente estar abrazada y segura en los brazos de Thomas.

Finalmente, susurró:

—¿Qué pasará ahora?

—¿Con nosotros? —preguntó Thomas, dándole un suave beso en la frente.

—Con Louisa y Clarice también —aunque había exprimido su cerebro, Ellen no podía ver ninguna salida a la situación actual sin que algún tipo de escándalo envolviera a la familia, algo que Thomas no merecía.

—Ah. Sí. Bueno, he enviado una consulta al hospital que el buen doctor me mencionó en la Isla de Wight, y espero recibir una respuesta en unos días. Si pueden aceptar a Louisa para su tratamiento, tendré que escoltarla allí. Clarice ha expresado su deseo de permanecer cerca de su hija, así que nos acompañará y le encontraré una casa, la instalaré con algunos sirvientes y demás.

Ellen le apretó la mano, agradecida por su consideración, pero aún quedaban preguntas. ¿Qué diría la gente si Louisa y Clarice simplemente desaparecieran en medio de la Pequeña Temporada?

—En cuanto a qué historia deberíamos contar, tuve una idea sobre ese tema que quería comentar contigo —dijo Thomas, casi como si le hubiera leído la mente—. Obviamente, dar a conocer que Louisa está peligrosamente loca es... poco ideal.

Ella resopló ante el eufemismo, aunque la hizo toser.

—Así que pensé que podríamos decirle a la gente que se fugó con un lacayo.

Ellen se atragantó. Con los ojos muy abiertos, miró fijamente a Thomas, quien se rio de su reacción. Se dio cuenta de que hablaba completamente en serio cuando volvió a hablar.

—Clarice, obviamente, elegirá retirarse de la sociedad por vergüenza. De todos modos, tiene la intención de vivir recluida en la Isla de Wight, y cualquiera que pudiera reconocerla a ella o a Louisa mientras visita a sus propios parientes en el asilo es poco probable que hable, por razones de su propio secreto.

Aunque la idea parecía descabellada al principio, Ellen pronto vio el sentido de la misma. Sin embargo, se tocó la garganta y miró a Thomas con ojos inquisitivos.

—Sí, tendremos que permanecer recluidos hasta que tu garganta se cure —asintió Thomas—, aunque un caso de influenza explicaría tanto las visitas del médico como nuestra ausencia de la sociedad por al menos unos días. Será fácil hacer que el señor Henry le diga a cualquiera que llame que tú, Clarice y yo estamos enfermos, y que Louisa "aprovechó" nuestras enfermedades para "fugarse" con su amante.

Era en realidad un plan muy inteligente, pensó Ellen mientras repasaba algunos de los problemas en su mente. Aunque ciertamente sería un escándalo, Louisa difícilmente sería la primera heredera en deshonorarse con un amante de la clase servil, y que Clarice se retirara de la sociedad sería una reacción perfectamente natural ante la caída en desgracia de su hija.

—¿Los sirvientes? —preguntó con voz ronca, mirando hacia donde Susan estaba ahora sentada junto a la ventana cosiendo silenciosamente.

—No desean ver a toda la familia Havers deshonorada por la locura de un miembro. Te has ganado su cariño enormemente, Ellen; deberías haber escuchado la celebración en el piso de abajo cuando Susan les dio la noticia. Creo que casi todos los miembros del personal me han felicitado por mi excelente elección de novia.

Ella se sonrojó ante el cumplido y bajó la mirada tímidamente. Thomas esperó pacientemente a que volviera a mirarlo, momento que aprovechó para robarle un beso.

Ellen estaba aún más roja cuando él se apartó, y Thomas rio cálidamente.

—De todos modos, ahora tienes que casarte conmigo. Estás irremediablemente comprometida, aunque nadie que lo sepa respiraría una palabra al respecto.

Ella expresó su opinión sobre su pobre humor con una ligera palmada en su brazo. Thomas sonrió antes de continuar.

—Y tenemos la aliada perfecta para ayudarnos a vender la historia. Tu nueva amiga, Lady Jersey.

Ellen le dirigió una mirada de pavor con los ojos muy abiertos. La reputación de Lady Jersey como chismosa no tenía parangón; si no se creía la historia, estaban condenados. Sin duda, investigaría hasta descubrir la verdad, y tenía los recursos y los contactos para desentrañarla.

Por otro lado, Lady Jersey no había mostrado ningún aprecio particular por Louisa o Clarice. Si Ellen y Thomas le ofrecían un jugoso chisme —entregado con el debido pesar, por supuesto, por una situación que no se podía evitar y un escándalo que no se podía ocultar—, ¿por qué buscaría más allá?

—Parece que lo has pensado todo muy bien —susurró Ellen al fin.

—Es solo el esqueleto de un plan, Ellen, y uno que ni siquiera pensaría en ejecutar sin hablarlo primero contigo. Sabes bien que desde el principio he valorado tu consejo por encima de todos los demás. Hacer esto sin tu aprobación es impensable.

Ellen alzó la mano para tocar su rostro con suave asombro. Obviamente, se había hecho afeitar por su ayuda de cámara mientras el médico la atendía, pues su mejilla estaba suave, sus dedos deslizándose ligeramente sobre su piel.

—Te amo, Thomas —susurró.

La expresión en el rostro de Thomas era de pura alegría y adoración mientras la acercaba más y la besaba de nuevo, esta vez hasta que ella pensó que podría desmayarse de puro deleite.

—Ejem —dijo Susan finalmente, y Thomas dejó ir a Ellen con una suave risa.

—No temas, Susan, no tengo intención de seducir a Ellen antes de que hayamos dicho nuestros votos en una iglesia.

—Nunca lo dudaría, mi señor —respondió Susan, con un hilo de risa en su voz.

—Excelente, Susan. Excelente. Creo que mereces un ascenso por tu leal servicio, de hecho; ¿qué te parece ser la doncella personal de la Condesa de Havers?

—Mientras sea la futura condesa y no la actual, estaré encantada y honrada, mi señor —dijo Susan con seriedad.

Reír dolía demasiado, así que Ellen se lo tragó y apoyó la cabeza en el hombro de Thomas nuevamente. Sus párpados se sentían pesados, y se dio cuenta de que el sueño se acercaba una vez más.

—Duerme —susurró Thomas, besando su mejilla con ternura—. Tendré más noticias cuando despiertes de nuevo. Por ahora, necesito que descanses y recuperes tus fuerzas. Necesitaré tu sabio consejo cuando despiertes, si vamos a lograr esto.



El plan para trasladar a Louisa y Clarice a la Isla de Wight se llevó a cabo sin problemas. Thomas hizo que su secretario escribiera corteses rechazos a todas las invitaciones que recibieron, explicando que la influenza los había dejado a todos postrados, y el personal le dijo lo mismo a cualquiera que preguntara. Las visitas regulares del doctor Smithee a la casa solo confirmaron el hecho en la mente de todos.

Clarice fue a ver a Ellen una vez antes de su partida. —Lo siento —fue todo lo que logró decir, con lágrimas corriendo por sus mejillas—. Espero que tú y Thomas sean felices juntos, de verdad. —No pudo mirar a Ellen directamente mientras hablaba.

—Espero que Louisa encuentre paz —fue todo lo que Ellen pudo pensar en decir. Sentía una profunda compasión por Clarice, pero las decisiones que la mujer mayor había tomado para proteger a su hija casi habían causado la muerte de Ellen, y aun con la naturaleza indulgente de Ellen, no podía encontrar en sí misma la fuerza para absolver completamente a Clarice de culpa.

Thomas, por supuesto, tuvo que escoltar a Clarice y Louisa a su destino. Salieron de Londres en un carruaje cerrado, uno sin el escudo de la familia grabado, tarde una noche. Aún débil y fácilmente agotado, Thomas hizo que Ellen prometiera permanecer en cama hasta que él regresara, encargando a los sirvientes su bienestar. Odiaba dejarla, pero no había otra opción; ella no estaba lo suficientemente bien para viajar y él tenía que ver a Clarice y Louisa instaladas. Las cartas enviadas con anticipación para organizar la residencia de Louisa en el hospital psiquiátrico y tener una casa dispuesta para Clarice, esperaba, minimizarían la cantidad de tiempo que necesitaría pasar en la isla.

El doctor Smithee había recetado hierbas y tés que habían estado usando para mantener a Louisa tranquila desde su ataque a Ellen, y ella pasó el viaje en un tranquilo estado de ensoñación. Una o dos veces murmuró algo sobre "una luna de miel junto al mar" y Thomas se dio cuenta de que ella pensaba que estaban casados, o pronto lo estarían. No queriendo perturbar su estado de calma mental, no dijo nada para contradecirla, pero se aseguró de mantener su distancia, cabalgando junto al carruaje en lugar de en él durante la mayor parte del viaje.

El hospital estaba en una gran casa de campo elegantemente equipada cerca del centro de la isla. Considerando las tarifas que cobraban para internar a los pacientes, la propiedad *debería* estar bien mantenida, consideró Thomas, y se alegró de notar la excepcional limpieza de cada habitación. Aunque se permitía a los residentes mezclarse entre sí, lo hacían solo bajo

supervisión, y a ningún residente se le permitía deambular solo por el exterior o abandonar los terrenos de la propiedad bajo ninguna circunstancia.

—Deberías irte —le dijo Clarice a Thomas en voz baja mientras Louisa inspeccionaba la gran y bien equipada suite reservada para su uso personal. Su "doncella" era una enfermera especialmente entrenada, una mujer robusta y práctica del campo con un fuerte acento de Hampshire que estaba bien consciente de las ocasionales tendencias violentas de Louisa y, le aseguró a Thomas en privado, bien equipada para manejarlas.

—Aún no has visto tu casa —protestó Thomas, volviéndose para mirar a su tía.

—No dejaré a Louisa aquí sola todavía. Su rabia cuando te vayas será fea de presenciar; puede que yo pueda calmarla un poco. Una vez que esté instalada aquí, haré que el carruaje me lleve a la casa. Has sido más que amable, Thomas, dándome mi propio carruaje y comprando una casa y organizando todo... esto.

Clarice parecía una mujer diferente, pensó Thomas. Sin embargo, ¿qué habría hecho para ocultar el terrible secreto de Louisa, si hubiera podido? Su silencio casi le costó la vida a Ellen, y él no podía, no confiaría en ella. Ya había asignado a un hombre para asegurarse de que ni ella ni Louisa encontraran nunca pasaje de regreso al continente sin su expresa autorización.

Con una última mirada a Louisa, que examinaba un delicado escritorio completamente equipado para ella con papeles, plumas y tinta —aunque cualquier carta que enviara nunca llegaría a su destino, a menos que fuera para él—, Thomas asintió.

—Cuídate, Clarice. Si alguna vez necesitas algo, lo que sea, te ruego que me lo hagas saber de inmediato.

Ella no ofreció un abrazo, solo inclinó la cabeza con aire regio y dijo una sola palabra.

—Adiós.



Capítulo Diecisiete

THOMAS NO OCULTÓ SU REGRESO A LONDRES. SUPUESTAMENTE, estaba volviendo después de un frenético intento de interceptar a Louisa antes de que llegara a Escocia con su amante de clase baja, después de todo. Más tarde ese día, un carruaje cerrado partiría de la casa, y él le diría a cualquiera que preguntara que Clarice iba en él, partiendo para estar con su hija mientras se instalaban en un lugar no revelado.

Por ahora, todo en lo que podía pensar era en Ellen, mientras entregaba las riendas de su cansado caballo a un mozo de cuadra que le deseaba un buen día. Subiendo los escalones de la casa de dos en dos, pasó rápidamente junto al sonriente Sr. Henry y se dirigió a las escaleras interiores.

—¡No por ahí, mi señor! —le gritó el Sr. Henry.

—¿Cómo dice? —Thomas se detuvo, con un pie en el primer escalón.

—En el salón, mi señor —indicó el Sr. Henry—. Supongo que no necesita que lo anuncie, ¿verdad?

El mayordomo estaba hablando al aire.



Ellen levantó la vista de su libro cuando se abrió la puerta del salón. Un segundo después, el libro cayó al suelo olvidado mientras ella se ponía de pie de un salto, y un segundo después se lanzaba a los brazos de Thomas, sin importarle quién pudiera observarlos.

—Ellen —repetía mientras la cubría de besos en el rostro—, mi Ellen, ¡cuánto te he echado de menos!

Ellen no podía encontrar palabras, demasiado ahogada por la emoción para hablar. Se aferraba con fuerza a Thomas y cerraba los ojos, deleitándose en la sólida fuerza de él mientras la

abrazaba.

—No deberías estar fuera de la cama —dijo Thomas finalmente, apartándose para sostenerla a la distancia de un brazo, con las palmas sobre sus hombros.

Ellen se rio. El sonido aún era ronco, pero podía hablar y hacerse oír. Aunque los moretones en su garganta todavía eran de un color intenso, eran verdes y amarillos en lugar de negros y morados, claramente envejeciendo y desvaneciéndose.

—He sido mimada y atendida en todo momento desde que te fuiste, Thomas. Hoy es el primer día que Susan me ha permitido siquiera salir de mi habitación, y eso solo porque protesté que me volvería loca si no veía algo más que esas cuatro paredes.

Al oírla hablar, sonando casi como su antiguo yo, Thomas sonrió aliviado. Aun así, la condujo de vuelta al cómodo sillón junto a la chimenea que había estado ocupando, sentándola en él y tomando asiento en el taburete, manteniendo sus manos entre las suyas.

—Obviamente te estás recuperando. ¿Ha sido atento el Doctor Smithee?

—Aquí todos los días al menos una vez, a veces dos —Ellen le sonrió, liberando una de sus manos para tocarle la mejilla—. ¿Cómo estás tú, Thomas?

—Yo no soy el que resultó herido.

—No, pero aun así has tenido un largo viaje, y no dudo que resolver la situación con Louisa y Clarice no fue del todo fácil. Así que te pregunto de nuevo: ¿cómo estás?

Él la miró a los ojos durante un largo momento antes de inclinar la cabeza y apoyarla en su regazo.

—¿Hice lo correcto, Ellen?

—Era lo único que podías hacer —respondió ella de inmediato, acariciándole el cabello con ternura—. He pensado mucho en ello desde que te fuiste; he tenido poco más que hacer aparte de pensar, y no importa cuántas posibilidades diferentes considere, ninguna de ellas terminaba mejor que el camino que elegiste.

Thomas suspiró profundamente, asintiendo lentamente contra su regazo.

—Lo sé. Yo también he tenido mucho tiempo para pensar, y tampoco pude pensar en nada más. A menos que enviáramos a Louisa a algún lugar aún más remoto y la encerráramos en una cabaña en las Tierras Altas o algo así, donde no hubiera posibilidad de que alguien que pudiera reconocerla la viera jamás...

—Lo cual sería un destino demasiado cruel, incluso para ella —dijo Ellen en voz baja cuando él se interrumpió.

—Aunque no lo fuera, creo que Clarice habría insistido en ir con ella, y eso definitivamente habría sido injusto —Thomas levantó la cabeza para mirarla—. Sé que fue poco amable contigo, Ellen, pero después de todo, es familia.

—Y ni tú ni yo tenemos tantos familiares como para estar dispuestos a dejar que alguno de ellos sufra innecesariamente.

—Exactamente —tomando su mano, le besó los dedos—. A decir verdad, mi alegría por amarte es tan completa que no puedo considerar nada que pueda hacer que alguien se sienta lo más mínimamente angustiado.

Durante un largo momento se quedaron perdidos en los ojos del otro, tan felices de estar reunidos que todas las preocupaciones mundanas se desvanecieron. Finalmente, sin embargo, Thomas se sacudió y abordó el tema más apremiante en su mente.

—Le encargué a Gallagher que obtuviera una licencia especial cuando lo envié de vuelta a la ciudad, y si es la mitad de eficiente de lo que creo que es, ahora mismo estará sobre mi escritorio. Perdóname si es tu sueño tener una magnífica boda en Haverford con la mitad del condado presente, pero creo que lo mejor para nosotros es casarnos lo más rápida y silenciosamente posible, y luego partir de Londres inmediatamente.

—No tengo tales anhelos, y estoy completamente de acuerdo en que ese es el mejor plan —dijo Ellen de inmediato—. Mientras tú seas el novio, me doy cuenta de que no me importan los demás detalles sobre cuándo y dónde.

Thomas pareció encantado con su sentimiento y le besó las manos de nuevo.

—¿Tienes un vestido con cuello alto que pueda ocultar tus moretones? Si es así, podríamos invitar a algunos amigos cercanos para que sean testigos de la boda.

Ellen lo consideró. Aunque no había estado en Londres el tiempo suficiente para hacer muchos amigos, pensó que le gustaría invitar a Lady Creighton, que había sido tan amable con ella, y a las tres damas mayores que deseaban tomarla bajo su protección. Estaba bastante segura de que todas estarían complacidas de que se casara con Thomas, a quien parecían mirar con cierto favor a pesar de su nacimiento americano.

Thomas la dejó brevemente para ir a su estudio, donde encontró tanto a su administrador como la licencia especial que el fiel hombre había obtenido eficientemente. Gallagher estaba más que feliz de salir de inmediato y encontrar un párroco dispuesto a realizar la ceremonia lo antes posible.

—He estado pensando —le dijo Ellen a Thomas mientras cenaban juntos esa noche, sentados en el saloncito de Ellen con Susan cosiendo silenciosamente en un rincón—, que debería hacerle

una visita a Lady Jersey.

Thomas se detuvo con la cuchara de sopa suspendida en el aire y la miró con incertidumbre.

—¿No sería mejor escribirle una vez que hayamos dejado Londres?

—Excepto que me gustaría invitarla a asistir a la boda —La ceremonia estaba programada para dentro de tres días, en una pequeña iglesia cercana.

Thomas dejó la cuchara con un suspiro.

—Bueno. Siempre fue parte del plan contarle la versión pública de los eventos para que la difundiera, ¿no es así? Me atrevo a decir que si lo hacemos en persona, seremos mucho más creíbles.

Ellen asintió en acuerdo.

—Me gustaría visitar a Lady Creighton también —dijo—. Fue muy amable conmigo y, de hecho, sin su intervención quizás ni siquiera estaríamos sentados aquí ahora. Fue su insistencia en que no fuera una flor de pared lo que me llevó a bailar con Lord Bellmere y el Mayor Trevithick, después de todo.

Thomas entrecerró los ojos hacia ella.

—Lo que me hizo darme cuenta de mi propia idiotez al no notar tu absoluta perfección desde el primer momento. De hecho, tu reproche es válido.

Ella se rio de él en respuesta.

—No te atrevas a estar celoso, Thomas. Ninguno de ellos tenía posibilidad alguna de ganar mi corazón, te lo prometo. Ha sido tuyo desde hace mucho tiempo.

Se miraron el uno al otro hasta que Susan tosió desde la esquina.

—Esa sopa sabrá mucho mejor mientras esté caliente, milord, señorita Bentley —dijo en suave reproche.

—Ya ves, estoy bien cuidada —Ellen sonrió a su doncella y volvió a tomar su cuchara—. Susan me ha mimado como una gallina con un solo pollito en tu ausencia.

—Bien —dijo Thomas enfáticamente.

Optando por cambiar de tema, y dado uno nuevo por el suave recordatorio de Susan, Ellen comentó sobre los chismes que ya empezaban a circular.

—Los sirvientes han comenzado a difundir la historia solicitada, susurrando sobre la partida y la desgracia de Louisa con un miembro ficticio de su número —Sacudiendo la cabeza, Ellen dijo—: Es una triste acusación de su comportamiento hacia ellos, que estén tan ansiosos por empezar a alardear de su caída.

—Déjalos disfrutar su venganza, Ellen. ¿Quién sabe a cuántos sirvientes Louisa había despedido, o incluso herido más seriamente, como esa doncella de la que me habló Clarice? Francamente, creo que deberíamos estar agradecidos de que no estén pregonando la verdad de su locura por todo Londres.

—No lo harían —negó Ellen firmemente.

—Estoy de acuerdo, principalmente porque te has ganado su cariño en gran medida, ¡tanto aquí como en Haverford Hall!



Hicieron una visita a Lady Jersey la mañana siguiente, con la garganta aún magullada de Ellen bien cubierta por un chal de encaje envuelto alto, la ronquera de su voz explicada por los efectos persistentes de la gripe.

La condesa hizo algunas preguntas inquisitivas sobre Louisa, y Thomas y Ellen respondieron cuidadosamente, su historia bien ensayada. Ambos expresaron pesar por la desgracia de su prima, shock por su abrupta partida.

—No tenía la más mínima idea de que planeaba algo así, se lo aseguro —le dijo Ellen a la condesa—. Sé que Lady Havers estaba presionando a Louisa para que se decidiera por uno de sus pretendientes; quizás eso la impulsó a aprovechar su oportunidad cuando todos estábamos enfermos en cama con gripe.

—Tonta muchacha —Lady Jersey sacudió la cabeza—. Bueno, ciertamente es un escándalo, pero no creo que los afecte particularmente a ustedes. Especialmente porque planean casarse tan pronto. ¡Usted, astuta señorita Bentley, no dio ninguna pista de eso en absoluto! —Dio un golpecito en la mano de Ellen con su abanico, riendo para sí misma.

Ellen se sonrojó, miró de reojo a Thomas, quien le sonrió en respuesta.

—En mi defensa, mi lady, no tenía idea de que Thomas correspondía mis sentimientos hasta después de que saliera a la luz la desgracia de Louisa. Las emociones estaban a flor de piel en ese momento.

—Sin duda, sin duda —Lady Jersey parecía muy divertida—. Bueno, es ciertamente un desenlace encantador para ustedes dos, aunque entiendo perfectamente por qué sienten que es necesario casarse rápidamente y volver al campo —Agitando una mano lánguida, declaró—: Me aseguraré de que la nueva Condesa de Havers pueda moverse en sociedad sin ningún indicio de escándalo que se le pegue por la tontería de su prima. Déjenme eso a *mí*.

—Nos remitimos a su experiencia, por supuesto, Lady Jersey —dijo Thomas, divertido.

—Sabía que eras un joven inteligente, Havers, a pesar de provenir de las colonias. Te irá lo suficientemente bien, me atrevo a decir.

Ellen reprimió una risita mientras Lady Jersey aceptaba el cumplido imperiosamente. Solo podía considerarse afortunada de que la formidable dama estuviera dispuesta a creer su historia.

—¿Vendrá a la boda, verdad, Lady Jersey? —preguntó esperanzada.

—No me la perdería, querida niña, y traeré a Eliza Sale y Charlotte Peabody conmigo, y a quien más pueda reunir.

—Oh, gracias —dijo Ellen agradecida—. No tendremos tiempo de visitar a todos los que me hubiera gustado invitar, aunque de aquí vamos a la casa de los Creighton en la ciudad. Me gustaría mucho invitar a Lady Creighton a asistir.

—Buena suerte con eso; su marido no le permite aceptar muchas invitaciones. Solo aquellos eventos a los que él desea asistir —Lady Jersey favoreció a Ellen con una sonrisa—. Ella merece una amiga, sin embargo, así que espero que persistas. Halaga la vanidad de Creighton y con suerte te permitirá alguna pequeña amistad con su esposa.

—Haré todo lo posible —prometió Ellen.

—Yo también. Espero conocer a esta amiga tuya —señaló Thomas mientras salían de la palacial casa de los Jersey en la ciudad—. Es la que te presentó a Lady Jersey y sus amigas, ¿no es así?

—En efecto, pero debes prometerme que no te quedarás pasmado por su belleza cuando la conozcas. Me lo tomaría muy mal, pero te prometo que su marido se lo tomaría peor, y descarga su mal humor en la pobre Marianne. En su lugar, dirige tu encanto hacia él, Thomas, ¿quieres?

—Cualquier cosa por ti, mi amor.

A pesar de sus palabras en broma, Ellen realmente se sentía un poco nerviosa por cómo reaccionaría Thomas al conocer a Marianne. Sin embargo, más allá de un único parpadeo sorprendido, no mostró reacción alguna ante el aspecto de la impresionante pelirroja, solo le dijo lo complacido que estaba de conocerla y le agradeció su amabilidad con Ellen, antes de disculparse para buscar a Lord Creighton.

—Te ves tan feliz, Ellen —Marianne fue directamente al grano mientras servía té a Ellen en una delicada taza de Sèvres—. Sospeché desde el principio que tenías un tendre por Lord Havers, y me alegro mucho de que tenga el buen sentido de verte como el tesoro que eres.

—Gracias.

—Aunque lamento mucho oír sobre la desgracia de tu prima.

Ellen parpadeó, sobresaltada por el comentario.

—¿Dónde oíste sobre Louisa? —preguntó, ganando tiempo.

—Los sirvientes hablan —Marianne le dio una pequeña sonrisa—. No puedo decir que Lady Louisa y yo fuéramos alguna vez amigas... pero espero que sea feliz con su lacayo.

—¿De verdad? —Sorprendida de nuevo, Ellen dejó su taza—. Esa no es una reacción que esperara de nadie en la sociedad.

—Hace mucho tiempo, hubo alguien... —Marianne bajó la voz—. Un soldado. Si me hubiera pedido que huyera con él, lo habría hecho sin pensarlo dos veces, y habría considerado que todo lo que dejaba atrás era un precio justo por el amor. Así que sí, espero que tu prima sea feliz con su elección.

—Está a salvo y bien, eso lo sé. Y Thomas nunca permitiría que le pasara nada malo, ni que pasara hambre o fuera maltratada —Ellen se atuvo a medias verdades, y Marianne pareció aceptarlas sin problemas. Era tentador confiar plenamente en Marianne, pero Ellen no se atrevía. Ella y Thomas habían acordado que era un secreto que los dos debían guardar celosamente, para siempre.



Capítulo Dieciocho

EL DÍA DE LA BODA AMANECIÓ GRIS Y lluvioso, aunque Susan aseguraba que mejoraría más tarde. Negándose a dejar que el clima amargara su estado de ánimo, Ellen sonrió e insistió en que no importaría si llovía todo el día. No tenía duda de que el señor Henry habría organizado todo para que ni una sola gota de lluvia tocara el cabello o la ropa de ningún invitado.

—Tal vez, pero sus zapatos se llenarían de barro, señorita —murmuró Susan sombríamente—. Venga, entre en su baño y lavemos su cabello para que se seque frente al fuego. Betty traerá su desayuno en un momento.

Sonriendo mientras su doncella tomaba el control, Ellen se deslizó en el baño preparado y se relajó en el agua tibia mientras Susan masajeaba copos de jabón de Castilla en su cabello antes de enjuagarlo con vinagre de sidra de manzana y un aclarado de romero y lavanda.

—Me pregunto si Thomas estará siendo tan mimado como yo —murmuró mientras Susan la ayudaba a secarse y ponerse una bata.

—No me cabe duda de que está tomando un baño, señorita. Esta mañana había muchas jarras de agua calentándose en las chimeneas por toda la casa —Susan exprimió el agua del cabello de Ellen con un paño de lino antes de tomar un peine y comenzar cuidadosamente a separar los mechones, usando un poco de aceite de lavanda en sus dedos para desenredar los nudos—. ¡Aunque seguramente a Kenneth le llevará menos tiempo secar su cabello!

Por alguna razón, Ellen encontró esto ridículamente gracioso. Riendo, tomó la taza de chocolate que Betty había traído con su bandeja de desayuno para dar un sorbo.

—Es bueno oírla reír en el día de su boda, señorita —dijo Susan—. ¡Y mire, la lluvia ha parado!

—Es cierto —confirmó Ellen, mirando por la ventana.

—Dichosa la novia a quien el sol ilumina —citó Susan el viejo dicho.

—Quizás, pero mis padres fueron la pareja más feliz que conozco y mamá siempre decía que nevó el día de su boda. Y ciertamente llovió a cántaros el día que Demelza y John se casaron, y son muy felices también, así que no voy a creer que los días de boda miserables tengan algo que ver con matrimonios infelices —declaró Ellen con firmeza.

—Muy sabia, sin duda —concordó Susan—. ¿No va a comer algo, señorita?

Ellen sonrió irónicamente. Por supuesto que su perspicaz doncella había notado que Ellen no había elegido nada del tentador surtido en la bandeja. —Mi estómago está hecho un nudo, por los nervios —confesó.

—Solo piense en ello como en cualquier otra boda que su padre, que en paz descansa, ofició a lo largo de los años —sugirió Susan—. ¡Me atrevo a decir que ha visto más bodas que cualquier otra persona en esta casa!

Eso era muy cierto, reflexionó Ellen mientras permitía que Susan la persuadiera para comer una rebanada de pan tostado untada con mantequilla y miel. Su padre siempre decía que no había nada que le gustara más que celebrar una boda, ver a una pareja enamorada unirse en matrimonio en la casa de Dios... a menos que fueran los bautizos que a menudo seguían, a veces un poco menos de nueve meses después, aunque su padre nunca comentaba nada sin importar cuán corto fuera el tiempo entre la boda y el nacimiento.

Sus padres habrían apreciado mucho a Thomas, pensó. Podía imaginarlos a él y a su padre teniendo largos debates sobre lo que leían en los periódicos, a su madre reclutando a Thomas para ayudar en uno de sus proyectos para mejorar la situación de los aldeanos más pobres.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, y la secó. —Solo estoy pensando en mamá y papá —respondió a la pregunta preocupada de Susan—. Desearía que estuvieran aquí.

—Por supuesto que sí, señorita. Sin duda la estarán observando desde el cielo —dijo Susan con firmeza, y Ellen asintió.

—Sin duda —concordó en voz baja. Sin duda el viejo Conde se estaría revolviendo en su tumba, también, si pudiera ver a su heredero advenedizo americano casándose con la hija empobrecida del párroco a quien nunca se había dignado reconocer como su pariente, pero no expresó ese pensamiento en voz alta.



Los sirvientes habían llenado la pequeña iglesia con follaje, comprando todas las flores de invernadero que pudieron encontrar con la bolsa de Thomas abierta para tal propósito, y

añadiendo hermosas coronas de vegetación. El dulce aroma de las flores llenó la nariz de Ellen mientras tomaba una profunda respiración antes de cruzar el umbral de la iglesia.

Rostros sonrientes la recibieron, los sirvientes en la parte trasera de la iglesia y un sorprendente número de miembros de la alta sociedad en la parte delantera mientras caminaba por el pasillo. Lady Jersey, en una posición de honor en la primera fila, estaba radiante, Lady Sale y la señora Peabody a su lado parecían igual de complacidas de ver a Ellen casarse. Marianne Creighton estaba justo detrás de ellas, su marido mayor a su lado parecía menos que complacido con la ocasión, pero la sonrisa de Marianne era brillante. Ellen pensó que se aseguraría de escribir a Marianne muy a menudo. Lady Creighton parecía necesitar mucho una amiga.

Por fin, llegó al final del aparentemente interminable camino donde Thomas la esperaba ante el altar, con una amplia sonrisa en su rostro. Ver lo jubiloso que se veía calmó las mariposas en el estómago de Ellen y ella le devolvió la sonrisa felizmente, desvaneciéndose sus últimas preocupaciones.

Juntos, pensó mientras colocaba su mano en la de Thomas y el cura comenzaba a entonar las palabras de la ceremonia de matrimonio, enfrentarían cualquier prueba y tribulación que pudiera presentarse en su camino. Bien podrían escandalizar a la alta sociedad con sus ideas modernas y su determinación de que la gente común debería ser tratada igual que la aristocracia, pero Ellen descubrió que no le importaba en lo más mínimo lo que los mimados vástagos de la clase alta pudieran pensar de ellos, y sabía que a Thomas tampoco.

—Te amo —articuló Thomas sin emitir sonido mientras el cura seguía con su monótono discurso.

—Yo también te amo —respondió Ellen de la misma manera.

—Si algún hombre presente conoce alguna razón por la que esta pareja no deba unirse en santo matrimonio —dijo el cura, frunciendo el ceño a ambos—, que hable ahora o calle para siempre.

Por un momento salvaje, Ellen esperó a medias que Louisa saltara de detrás de uno de los bancos, con un cuchillo en la mano, y se estremeció ligeramente. Thomas apretó su agarre en su mano, con preocupación en su expresión, pero ella negó con la cabeza y le sonrió de nuevo.

La iglesia estaba completamente en silencio. Thomas le devolvió una sonrisa tranquilizadora a Ellen, tal vez adivinando algo de lo que estaba pensando, y el cura comenzó la ceremonia de nuevo, esta vez preparándolos para pronunciar sus votos.

—Os declaro marido y mujer ante los ojos de Dios —concluyó finalmente el cura—. Milores, damas y caballeros, el Conde y la Condesa de Havers.

—Mi señora —dijo Thomas con una sonrisa, y Ellen rió encantada.

—¡Tu señora, en efecto, mi lord!

Sin importarles en lo más mínimo si escandalizaban a su audiencia, Thomas la atrajo hacia sí para darle un beso prolongado en los labios. Se escucharon algunos chasquidos de lengua de los más tradicionales, pero casi toda la congregación sonreía a la feliz pareja, contentos de ver a Ellen encontrar la felicidad con su Conde al fin.

Fin

Espero que hayáis disfrutado leyendo la historia de Ellen y Thomas. No olvidéis buscar *Un Marqués para Marianne*, el Libro 2 de la serie... no pensasteis que iba a dejar a la pobre Marianne Creighton sufriendo con ese horrible marido para siempre, ¿verdad? ¡Continuad leyendo para una breve muestra!



Un Marqués para Marianne - Capítulo de muestra

La residencia del Conde de Havers, Londres, noviembre de 1818

—ESTÁ MUERTO

Marianne miró con incredulidad.

—¿Lady Creighton?

Detrás de ella, los murmullos comenzaron: «*Pobrecita*». «*Está en shock*». «*Tan repentino*».

—Lady Creighton, creo que sería mejor que se sentara.

Una mano firme le tocó el codo, guiándola lejos del cuerpo de su esposo. Fuera de la habitación por completo, hacia un salón más pequeño y vacío, y un sofá donde la instaron a sentarse.

—Marianne —dijo su amiga Ellen, sentándose a su lado, con aspecto y tono desesperadamente preocupados—. ¿Estás bien? Por favor, di algo. ¿Deberíamos llamar a un médico?

—Creo que es demasiado tarde para eso —dijo Marianne, y luego tuvo que reprimir una risita totalmente inapropiada—. Mi esposo está muerto.

—Thomas —dijo Ellen, y su marido de menos de un día se movió inmediatamente a su lado—. ¿Crees que necesita una bebida?

—Brandy —acordó el Conde de Havers. En cuestión de segundos, se arrodilló junto al sofá, poniendo un vaso en la mano de Marianne, que solo entonces se dio cuenta de que estaba temblando—. Béballo, Lady Creighton. Ha sufrido un terrible shock.

—Lo siento tanto —dijo ella—. En vuestra fiesta de bodas...

—¡Ni se te ocurra disculparte! —Ellen casi empujó el vaso a sus labios, obligándola a dar un sorbo. El brandy le quemó toda la garganta.

—Lady Creighton —dijo Thomas, y ella no pudo evitar un sobresalto. Él hizo una pausa y comenzó de nuevo—: Perdona mi familiaridad... Marianne. ¿Me permitiría encargarme de los asuntos relacionados con la disposición del cuerpo de su espo... quiero decir, de Lord Creighton? Supongo que debería ser llevado a su finca.

—Sí.

Debería decir más, Marianne se dio cuenta cuando ambos simplemente la miraron fijamente. Thomas era estadounidense, recién llegado a Inglaterra cuando había heredado su título. Aunque Ellen era posiblemente la única persona a quien podía llamar verdaderamente amiga, su amiga era la hija de un párroco rural, sin conocimiento de la sociedad.

—Está cerca de Durham —logró decir—. Yo... quizás el ayuda de cámara de Lord Creighton podría proporcionarle información útil.

—Sí —acordó Thomas con cierto alivio—. Sí, por supuesto. Estoy seguro de que podrá. Me ocuparé de ello de inmediato. —Intercambió una mirada con Ellen que de alguna manera transmitió mucho, antes de salir de la habitación y cerrar la puerta tras él con un suave clic.

—Bebe el resto de esto —dijo Ellen en voz baja, acercando de nuevo el vaso a los labios de Marianne—, y luego llamaré a mi doncella. ¿Recuerdas a Susan? Es terriblemente eficiente. Te llevaremos a tu habitación y podrás descansar. Has sufrido un terrible shock.

Sí, pensó Marianne, dejando que Ellen la convenciera de beber el resto del brandy. *Es ciertamente impactante cuando tu esposo sufre un ataque apoplético mientras te reprende por sonreír al hombre con quien tu amiga se casó ayer, cayendo muerto a tus pies.*

Debía mantener la compostura, para que Ellen no pensara que se había vuelto loca. Así que recurrió a años de entrenamiento, años de controlar hasta la más mínima expresión, para contener sus emociones. No fue hasta horas más tarde, cuando finalmente había convencido a Ellen y a su terriblemente eficiente doncella de que estaba perfectamente bien y solo deseaba estar sola, que pudo permitir que sus sentimientos se manifestaran.

De pie frente a la ventana de su dormitorio, en la magnífica suite que le habían asignado como una de las invitadas de honor en la boda de Ellen, observó cómo el carruaje que llevaba un ataúd apresuradamente conseguido, que contenía los restos mortales de su difunto esposo, se alejaba de la casa y bajaba por la larga avenida de alerces, ahora desnudos de hojas. Tendría que seguirlo, por supuesto, y permanecer en Creighton Hall en el futuro previsible, al menos hasta que terminara su período de luto.

Pero ahora, por primera vez en más años de los que quería recordar, Marianne era *libre*.

Pensó que se reiría en este momento.

Las lágrimas la sorprendieron; había creído que ya no le quedaban más lágrimas por derramar. Años de dolor y sufrimiento, soledad y miedo, las habían secado todas. Sin embargo, la vista del carruaje alejándose se volvió borrosa, gruesas gotas corrieron por sus mejillas, y Marianne Creighton cayó de rodillas y lloró de puro y absoluto alivio.



Otros libros de la autora Catherine Bilson

LA SERIES Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen

Un Marqués para Marianne

Un Duque para Diana

Un Capitán para Clarissa